

DAD A
CIÓN C



W. W. W.

P. P. P.

B. B. B.



PR5320

ONOM

v. 1

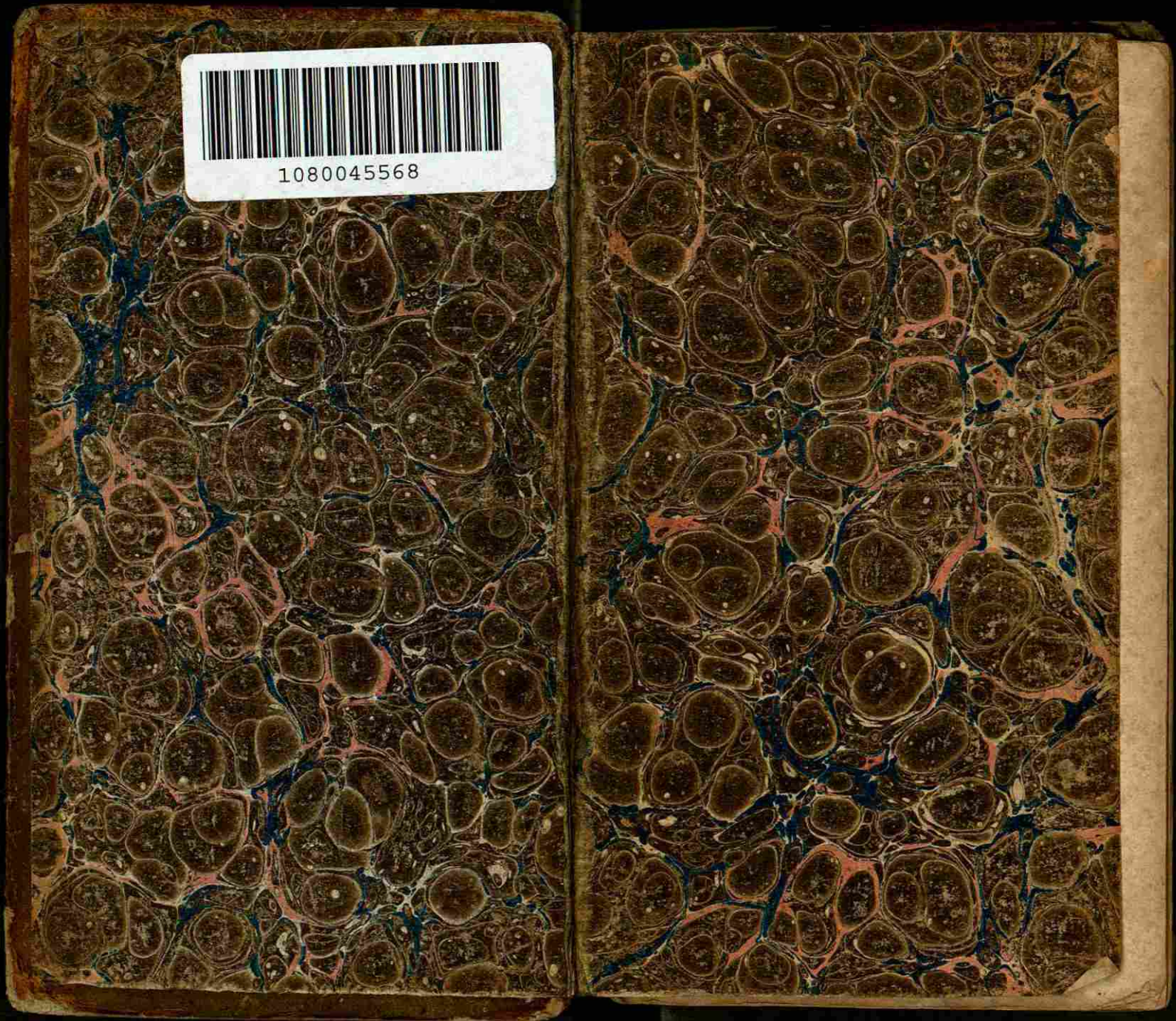
c. 1

ERALD





1080045568





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

84684140

82-3-6

PEVERIL DEL PICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3-24-83 MICROFILMADO R-52

P. 25320

PL



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE N. LEON

135886


EPISTOLA,

QUE PODRA SERVIR DE INTROITO.

Al Reverendo Doctor Ariasdust, de York,

AL CAPITAN CLUTTERBUCK, EN FAIRY-LODGE*,
JUNTO A KENNAQUAIR.

Muy señor mio y de mi mayor apre-
cio :

Hubiera podido contestar á la última
suya con el poeta clásico, *Haud equidem* 

* Morada de las Hadas. — Ed.



*invido, miror magis**; porque si cierto es que desde mi niñez me ocupé constantemente en contemplar los restos de la antigüedad, sin embargo no me gusta tomen á su cargo hacer el papel de comentaradores los espectros y visiones, y en verdad el relato de la conversacion que tuvo vm. con nuestro ilustre padre en la bóveda ó gabinete mas reservado de los editores de Edimburgo, produjo en mi casi el mismo efecto que la aparicion de la sombra de Hector en el heroe de la Eneida.

Obstupui steterunt que comia.*

Pero le repito me sorprendió esta vision, sin que le haya envidiado el placer

No, por cierto; no tengo envidia, sino mas bien me advierto sorprendido. — Ed.

** Asombréme, y se me levantaron los cabellos.

de haber visto á nuestro ilustre padre. Parece que al presente tiene el permiso de presentarse á su familia con mas libertad que en otro tiempo, ó que el buen viejo se ha vuelto algo hablador en estos últimos dias. En una palabra, para no impacientarle con vanas conjeturas, tambien he tenido ya una vision del autor de Waverley. No pretendo engañarme yo mismo, al hacerle observar se distinguió esta entrevista por atenciones mas notables aun, que las mismas dispensadas á vm. por él en la conferencia que tuvo en casa de nuestro digno editor; porque parecia ella efecto de un encuentro casual, al paso que precedió á la mia la comunicacion de un voluminoso manuscrito, que contenia una historia nueva titulada: PEVERIL DEL PICO.



No bien hube notado era una historia de cerca de trescientas treinta páginas por volumen, cuando al punto sospeché á quien debia este presente, y habiéndome dedicado á examinarle, comencé á felicitarle con seriedad de que tal vez podria ver muy pronto á su mismo autor.

No puedo menos de advertirle que si se habia considerado como lugar bastante digno un aposento interior de la tienda de M. Constable, para dar á vin. audiencia, nuestro venerable padre ha tenido á bien acordarme la mia en mi propia habitacion, *intra parietes*, puedo decirlo, y sin riesgo de que nos interrumpen. Debo tambien hacerle saber que me parecieron mas marcadas de lo que se le permitió ver, las facciones, forma y traje del

Eidolon, como, con justicia, llama vin. á la aparicion de nuestro padre. Volveré á tocar esta materia; pero no permita Dios me llene de orgullo por estas señales de preferencia tan manifiestas, ó que me inspiren pretensiones á la superioridad sobre los demas descendientes de nuestro comun padre. *Laus propria sordet**. Estoy convencido de que hizo él este honor, no á mi persona, sino á mi vestido, y que el objeto de esta preferencia fué, no el dar la superioridad á Jonas Driasdust sobre Clutterbuck, sino al doctor en teología sobre el capitan.

Cedant arma togæ; máxima que en ningún tiempo debe olvidarse, y sobre todo recordarla cuando el militar está á me-

* La alabanza propia envilece.

dia paga. Mas me parece detengo á vm. mucho tiempo en la portada, y le molesto con tantos preámbulos, en tanto que desearia verme *properare in mediam rem*. Enhorabuena, como vm. guste; porque como acostumbra su merced decir de mí con agudeza: — Ninguno cuenta una historia tan bien como el doctor Driasdust, luego que halla la primera palabra. — *Jocosè hoc*. Mas continuemos.

Me habia saboreado con todos los encantos de la obra, que habia recibido ocho dias antes lo que hice con trabajo, porque la letra de nuestro padre se ha vuelto tan pequeña y mala, que me ví obligado á servirme de un microscopio; sintiéndome un poco fatigado de la vista al fin del segundo volumen, me recliné sobre el respaldo del sillón, y

principié á examinar si podrian ser aun mas aplicables al manuscrito que acababa de leer, algunas de las objeciones que con particularidad han presentado á nuestro padre. Se encuentran, dije entre mí, bastantes ficciones para hacer confusa la marcha de toda una historia, y bastantes anacronismos para trastornar todos los sistemas cronológicos. El viejo ha traspasado todos los limites. *Abiit — evasit — erupit.*

Como se sucedian en mi imaginacion estas ideas, cai en un acceso de sueño, que me es muy frecuente despues de comer, cuando estoy solo, ó cuando solo me acompaña mi vicario. Sin embargo estaba despierto, porque me acuerdo que veia en las brasas, la figura de una mitra, con las torres de una catedral en el

tro á las cinco pasan de puntillas por la calle. Mi gabinete es el verdadero templo de Morfeo. Es muy cierto que me incomoda un miserable escobero que grita, *quem ego*; — pero dejaremos este asunto para la sesion del trimestre.

Me encontraba de aquel humor filosófico, recostada la cabeza en el respaldo del sillón, y los ojos comenzaban á cerrarse, sin duda para que se abrieran mejor los del entendimiento, cuando me estremeci sintiendo llamar á la puerta con mayor ruido del que se permitian hacer las personas, que conociendo mis costumbres, venian á visitarme á esta hora. Me incorporé en el sillón y distinguí los pasos de mi criado en el corredor, seguido de uno que pisaba mas fuerte y á compas, estremeciendo todo el piso de

madera. — Señor; un extranjero que viene de Edimburgo por la diligencia quiere hablar á Vuestra Reverencia.


Tales fueron las palabras que Jacobo pronunció al abrir la puerta empujándola hasta la pared; aunque este anuncio no tenia nada de nuevo, el tono con que le hizo, me dispuso á recibir una visita extraordinaria.

Entró el autor de *Waverley*, hombre alto y grueso, con un sobretodo de camino encima de una casaca color de tabaco, hecho á la moda del que usaba el gran *Rodeur*. Tenia el sombrero alicaído, porque despreciaba la lijereza moderna de una gorra de camino, atado con un gran pañuelo á la cabeza, dispuesto de modo que preservara las orejas del frio y de las habladurias de los compañeros

que iban en la diligencia de que se habia apeado. Sus cejas canas le daban un aire de finura burlona, que indicaban hombre de sano juicio. Sus facciones eran ademas muy marcadas, y formaban mas bien una fisonomia pesada que de hombre de talento; pero lo largo de la nariz era notable, y recordaba el verso latino.

Immodicum surgit pro cuspide rostrum.

Se apoyaba en un grueso baston; — llevaba al cuello un pañuelo de Barcelona doble, le sobresalia el vientre lo bastante; los calzones de paño basto. — Por último un par de botas de campana caidas hasta los tobillos para que no le apretaran las pantorillas gruesas, descubrian

unas excelentes medias de añinos para el camino, no tejidas, sino de punto de aguja, á la moda antigua y respetada, se conocen en Escocia con el nombre de medias rayadas. Parecia como de cincuenta á sesenta años, lo que noté con gusto, prometiéndome que podria aun publicar un buen número de obras tanto mas que su traza de saludable, la fuerza y eco de su voz, su andar firme, sus abultadas pantorillas y el *jem!* sonoro y enfático de su modo de toser, descubrian una constitucion robusta. Al primer golpe de vista me pareció ver en este hombre de bella talla al robusto individuo que facilitó un tema tan variado de suposiciones á nuestro divertido y elegante viajero del reino de Utopia, M. Geoffrey Crayon* 

* Washington Irving, á quien llaman los criticos ingleses el

en su número 44. En verdad, que sin un rasguillo de la conducta del hombre de quien habla M. Geoffrey Crayon, quiero decir la galanteria con su huespeda, cosa que hubiera sido muy depresiva del caracter de nuestro padre, habria creido que el señor Crayon en esta memorable ocasion habia pasado realmente su tiempo en el vecindario del autor de Waverley. Pero nuestro digno patriarca, digase á honra suya, lejos de apetecer la sociedad del bello sexo, parece mas bien dispuesto á evitar todo comercio con las mugeres, y á imitar en esta parte á nuestro pariente y amigo Jonathan Oldbuck*. Me movió á formar este concepto una

Addison americano, publicó con el nombre supuesto de Geoffrey-Crayon, *The sketch Book* y *Bracebridge-Hall*. La primera de estas obras la dedicó á Walter Scott. — Ed.

* El anticuario de la novela de este nombre. — Ed.

circunstancia que ocurrió á poco de su llegada.

Felicitándome de su visita y despues de darle por ello las gracias, me resolví á ofrecerle el tomar un refrigerio que me parecia el mas conveniente á la hora en que nos hallábamos, y le propuse que llamaria á mi prima miss Catalina Witherose, mi ama de gobierno para darle orden de preparar el té, pero desechó la propuesta con un desden digno del laird de Monkbarns. — Nada de caldo escandaloso, exclamó; nada de insipidas charlatanerías de muger en mi obsequio; un pote de cerveza espumosa, una tajada de vaca; ni mas compañía que la de vm., ni mas refrigerios que los que proporcionan el barril y las parvillas.

El Beefsteak, la tostada y el pote de

cerveza no tardaron en presentarse, y mi viajero, aparicion en espíritu ó en persona, manifestó un apetito capaz de dar envidia al cazador que hubiera corrido cuarenta millas persiguiendo una zorra. No dejó por eso de hacer sus visitas largas y solemnes, no solo al pote de cerveza, sino tambien á dos frascos de cristal llenos de vino añejo excelente de Madera y Oporto venidos de Londres, y que habia yo sacado, el primero de una bodega donde se podia sentir el calor benigno del horno que le maduraba, y el segundo de un subteraneo profundo situado en mi antigua cueva, que tal vez ha conservado en otro tiempo vinos para el consumo de los vencedores del mundo, pues que su bóveda está hecha con ladrillos romanos. No pude menos de admi-

rar el grande apetito de que daba pruebas; y el gusto que manifestaba por los manjares y licores generosos de la Inglaterra vieja, por lo que le di el parabien.

— Señor mio : me contestó, es preciso que coma á lo Inglés para hacerme digno de tomar asiento en una de las tertulias mas selectas de ingenios verdaderamente ingleses, que jamas se hayan sentado al rededor de una mesa para trinchar un lomo de vaca montesa y atacar á un generoso plumpuding.

Le pregunté, pero con urbanidad y modestia cual era el objeto de su viaje y á qué tertulia distinguida aplicaba una definicion tan general. Imitando con humildad el ejemplo, procederé á presentar el dialogo siguiente en forma dramática,

no siendo en los casos en que sea necesario servirse de la descripción.

EL AUTOR DEL WAVERLEY. ¿A quién podría yo aplicar tal definición sino á la única sociedad á que puede aplicarse; á estos jueces infalibles de libros viejos y vinos añejos; la tertulia de Roxburgh de Londres? * ¿No ha oido vm. decir que me han elegido miembro de esta sociedad de bibliomaniacos escogidos?

DRIASDUST (con la mano en la faltriquera) El capitán Clutterbuck me ha dicho algo en una carta que me escribió — sí, aquí está. Me dice que corría esta voz entre los anticuarios escoceses, que temían no se dejase vm. seducir por la heregia de preferir la vaca de Inglaterra al carnero

* Así nombrada del duque de Roxburgh, famoso bibliógrafo de Escocia. — Ed.

de cabeza negra * de siete años, el marasquino al Whisky y la sopa de tortuga á la de puerros, en cuyo caso valdria mas se le mirase á vm. como hombre perdido — Mas, añade nuestro amigo, cuya mano huele del todo á militar, y está mas acostumbrado á manejar la espada que la pluma, nuestro amigo guarda tanta... tanta *reserva*.... — Sí, es reserva, segun creo — que se necesitará muy grande tentacion para determinarle á dejar el disfraz.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Sin duda tiene razon; mas no es una pequeña tentacion el poder echar brindis con los lores de los tesoros literarios de Althorpe y de Hod-

* La cabeza de carnero está considerada en Inglaterra como un plato vulgar y displicente, al paso que en Escocia es el mas apreciado del pueblo. — Ed.

net, bebiendo el negus con el madera preparado por mano del clásico Dibdin *; el tomar parte en los profundos debates que señalan á cada tomito encuadernado á lo antiguo, con su filete y cantero dorado y deslucido, el exacto rango que debe ocupar; el beber á la memoria inmortal de Caxton, Valdarar, Pinson ** y otros padres de este gran arte que nos ha hecho á todos en general y á cada uno lo que somos, tales son, mi querido hijo, las tentaciones en cuya virtud me ve vm. en este momento en camino, dejando el tranquilo rincón de mi hogar donde me habia propuesto pasar el resto de mi vejez, desconocido ú ignorado, excepto de la numerosa familia que me debe el ser.

* El reverendo doctor Dibdin, verdadero Don Quijote de la bibliomanía.

** Antiguos impresores. — Ed.

Expresándose así nuestro venerable amigo echó mano otra vez al pote de cerveza, como si lo que acababa de decir le hubiese sugerido el beber este específico preservativo contra los males de la vida, recomendado por Johnson en la célebre respuesta del anacoreta .

Acércate, hijo mío, bebe un poco de cerveza.

Cuando volvió á poner en la mesa el pote de plata dió como un suspiro para tomar el aliento, interrumpido por la acción de beber á grandes tragos. No pude menos de imitarle con un acento tan patético, que fijó la vista en mí como sorprendido.

—¿Qué quiere decir esto? me dijo en tono algo encolerizado; ¿siendo vm. hechura mía, sería capaz de envidiar mi pro-

moción? ¿te he consagrado yo á ti y á tus camaradas las horas mas preciosas de mis siete últimos años, para que tengais todos la presuncion de entregaros á los sentimientos y quejas cuando trato de proporcionarme en los siguientes algunos placeres en una compañía tan de mi gusto?

Humilléme ante el anciano ofendido protestando de mi inocencia en cuanto pudiese haberle disgustado. Parecióme algun tanto aplacado; pero me miraba con aire sospechoso sirviéndose para hacerme una pregunta de las palabras con que se explicó el anciano Norton en la balada por titulo *La insurreccion del Norte.*

EL AUTOR DE WAVERLEY.

Dimelo, Paco Norton.
El mas mozo de tu raza.

Cuanto quieras por ti haga:
Abreme tu corazon.

DRIASDUST. Diré á vm. implorando su perdon paternal por mi presuntuosa temeridad, que no he podido menos de suspirar al pensar era muy factible que vm. se aventurase entrando en una sociedad de críticos, porque como anticuarios, es para ellos un deber especial averiguar la verdad, y por consecuencia pueden censurar con tanta mayor severidad estas digresiones que con frecuencia suele vm. hacer sin venir al caso para la historia ó la verdad.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Lo comprendo. quiere vm. decir que estos sabios no sufrirán una novela cuya base es la historia.

DRIASDUST. Señor mio, para no callarle nada, me temo que tengan tanto respeto

á esta base, que puedan intentar oponerse á la exactitud de principios sobre que se habrá levantado el edificio sostenido en ella, como el viajero instruido no puede contener la expresion de su desagrado é indignacion, cuando al pasar por la Grecia, se halla con un kiosko turco sobre las ruinas de un antiguo templo.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Pero un kiosko puede tener su mérito, pues que no es posible reedificar el templo. ¿Qué piensa vm.? Si la arquitectura no se ha reformado del todo, á pesar de las criticas hechas, segun principios clásicos y severos, presenta por lo menos alguna cosa no comun, y ofrece á la imaginacion un no sé qué de fantástico, que el observador contempla con el mismo placer que leyendo un cuento oriental.

DRIASDUST. No estoy en el caso de luchar contra vm. por metáforas, señor mio; pero para descargo de mi conciencia debo decirle, que le critican mucho el que corrompa los manantiales puros de los conocimientos históricos: dicen se acerca vm. á ellos como el embriagado, que en otro tiempo enturbió el cristalino liquido destinado á mitigar la sed de su familia, echándole una veintena de pilones de azucar y un tonel de ron, resultando, de un brebaje simple y saludable, una bebida narcótica y que embriaga, aunque sin duda mas agradable al paladar que el primitivo fluido, y por esto mismo mas pérfido y dañoso.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Doctor, convengo en que es muy justa su metáfora; mas aunque no puede el mejor ponche

suplir cuando falta el agua, sin embargo tomado con moderacion no debe considerarse como *malum in se*; y si el cura que fué á visitar al honrado bebedor, despues de haberle ayudado á vaciar la bota emborrachándose el sábado por la noche, hubiera predicado el domingo por la mañana contra el modo que tuvo de recibirle, yo le hubiera reprendido su poca delicadeza. Le hubiera dicho, que el sabor del licor debia haberle contenido al momento, y que si bebiera una gota de mas, debia condenar su imprudencia, mas bien que la hospitalidad del que le convidaba.

DRIASDUST. Confieso, que no comprendo bien á que puede aludir esto.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Porque vm. es uno de aquellos disputadores, que no

quieren seguir la metáfora mas allá de lo que les conviene. Ademas voy á explicarme. Un pobre diablo como yo, cansado de poner en contribucion su talento estéril y limitado, busca algun tema general en el dilatado campo de la historia tan abundante en todo género de ejemplos; se detiene en algun personage, en alguna combinacion de circunstancias, ó en algun rasgo de costumbres, que le llama la atencion; se persuade será suficiente para formar con provecho la base de una ficcion; le aplica el colorido que le acomoda, la adorna de incidentes fabulosos para realzar el efecto general, é introduce personages que puedan reunidos contrastar mejor, y se imagina tal vez haber hecho al público algun servicio, si puede presentarle un agradable cuadro

de imaginacion, para el que no le ha servido mas que de bosquejo la anécdota ó circunstancia que eligió. Ahora bien : no puedo advertir en esto el menor mal. Los tesoros de la historia son accesibles á todos : y no se agotan por lo que de ellos se toma, como ni la fuente se apura por el que coje agua de ella para su uso diario ; y para contestar á la modesta acusacion de falsedad, contra una ficcion anunciada como tal positivamente, no se necesita mas que repetir la exclamacion de Prior.

¿Se ha de jurar, ¡Vive Dios!
Ser verdad una cancion?

DRIASDUST. Eso puede muy bien ser; pero me temo que su respuesta sea evasiva. No le acusan á vm. de falsificador

de la historia con formalidad, sin embargo que le puedo asegurar he leído algunos tratados muy importantes en que se creia necesario contradecir sus asertos.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Esto era sin duda lo mismo que apuntar con un cañon al vapor de la mañana.

DRIASDUST. Pero ademas, se dice sobre todo que vm. puede exponerse á causar el abandono de la historia, contentándose los lectores con los conocimientos superficiales que adquieren leyendo sus obras que los inducen á dejar los libros mas serios y exactos.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Niego la consecuencia : al contrario, creo poderme gloriar de haber dirigido la atencion del público acerca de diferentes puntos aclarados por las indagaciones que han hecho

leyendo autores mas sabios, porque mis novelas habian inspirado algun interés para ello. Podria citar pruebas; pero detesto la vanidad, si, aborrezco la vanidad. Se conoce la historia de la varita de virtudes. Es una rama de arbol sin valor en si misma; pero indica con sus movimientos el parage donde están escondidas bajo de tierra las venas de los metales preciosos, y que despues enriquecen á los aventureros, sus descubridores. No reclamo un gran mérito por mis instrucciones históricas; pero no dejan de serlo.

DRIADUST. Nosotros los anticuarios, menos indulgentes, señor mio, podremos convenir con vm. en este punto; es decir que sus obras han puesto algunas veces á los hombres de un sano juicio, en el caso de hacer averiguaciones, á que sin este

motivo tal vez no se hubieran dedicado. Pero no por eso se libra vm. de una grande responsabilidad, por haber dado una mala direccion al genio de los jóvenes, los indolentes y gentes de poco juicio, presentándoles obras cuya instruccion aparente acalla los gritos de su conciencia por el tiempo que emplean en leerlas; y que sin embargo no les llena la cabeza sino de hechos mal concebidos é inciertos, y aun con frecuencia inverosimiles.

EL AUTOR DE WAVERLEY. No me atreveria yo, reverendo doctor, á criticar á un hombre de su ropa que usa el lenguaje del hipócrita*; pero suplico á vm. me diga: ¿ese *pathos* con que apoya ese peligro, ®

no se le parece un poco? Sostengo al contrario que presentando á la juventud altiva la verdad adornada con los atavios de la ficcion, hago un servicio real á los que tienen mas aptitud y genio, porque el gusto por las ciencias solo necesita un agente que excite. Cuando está bien dispuesto un rastro de pólvora, la menor chispa basta para inflamarle. Por lo mismo cuando se ha tomado interés por aventuras ficticias atribuidas á una época y á personajes históricos, se comienza á sentir el deseo de saber cuales son los hechos ciertos y si el autor de la novela los ha representado bien.

Mas suponiendo tambien que el ingenio del lector mas indolente se contente con la frivola lectura de una nada histórica, no dejará el libro sin haber adqui-

rido algunos conocimientos, que tal vez, no serán los mas exactos, pero que sin ella no hubiera llegado á tener. No hablo aquí solo de los ingenios ordinarios y poco curiosos, me refiero al contrario á las personas dotadas de grandes talentos; pero que por faltarles el tiempo ú la perseverancia están dispuestas á contentarse con los conocimientos superficiales que pueden adquirir por este medio. Por ejemplo, habiendo citado con poca exactitud el duque de Malborough en su conversacion no sé qué rasgo de la historia de Inglaterra, se le preguntó donde lo habia leído. — En las piezas históricas de Shakspeare, contestó el vencedor de Blenheim, la única historia de Inglaterra que en mi vida he leído. No es necesario mas que un momento de reflexion para con-

vencernos todos de que las partes de la historia, que mejor conocemos, son las puestas por aquel poeta inmortal en la escena inglesa.

DRIASDUST. ¿Y tiene, mi apreciable señor, un deseo tan eficaz de prestar igual servicio á la posteridad?

EL AUTOR DE WAVERLEY. ¡Libreme Dios y todos los santos de incurrir en pecado de vanidad tan mal fundada! Me limitó á mencionar lo que ha sucedido cuando habia gigantes en el pais. Y sin embargo, todavía los pigmeos como yo de la época actual pueden hacer alguna cosa; y aun cuando un modelo sea inimitable, siempre convendrá mucho tenerle á la vista, pues al fin es un modelo.

DRIASDUST. Muy bien, señor mio, vm.

puede decirme á mi cuanto se le antoje; porque hay motivos suficientes y sabidos que me impiden replicar á sus argumentos. Pero dudo sean capaces todos sus discursos de hacer tolerables al público los anacronismos que hay en estos volúmenes.

Vea vm. aquí una condesa de Derby, á quien resucita para atribuirle no sé cuantas aventuras, veinte años despues de su muerte.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Puede pedirme esa señora le pague daños, perjuicios y las costas, como Dido contra Virgilio.

DRIASDUST. El mayor defecto está en que se representan las costumbres del tiempo de un modo mas incorrecto aun de lo que se acostumbra. Su Puritano es

nada mas que un debil bosquejo comparado con su Cameroniano *.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Estamos conformes; mas aunque insisto en sostener que la hipocresia y el fanatismo deben ponerse en ridiculo y que merecen la satira, conozco la dificultad de convertirlos en objetos de risa ú horror sin emplear un colorido que ofendiese á los que con sinceridad son virtuosos y religiosos. No todo lo permitido legalmente es por lo mismo conveniente; y hay algunos sentimientos demasiado dignos de nuestro respeto para merecer nuestra censura severa, aunque no los tengamos enteramente.

DRIASDUST. Por no decir, estimado

* Balfour de Burley, *Cuentos de mi huésped.*—Ed.

señor mio, que acaso encuentra vm. el asunto como apurado.

EL AUTOR DE WAVERLEY. ¡Vaya con mil diablos la generacion presente, siempre interpreta mal la conducta de las otras!

Al decir esto abrió la puerta y haciéndome un ligero besa manos bajó corriendo la escalera. Levanteme al momento y toqué la campanilla llamando al criado, que vino al instante. Habiéndole preguntado donde estaba el forastero, me respondió que no le habia visto, y sostuvo no haber entrado alma viviente en mi cuarto. Hicele ver las botellas vacías, y el grandísimo tunante tuvo la desvergüenza de contestarme que otras veces habia él visto las botellas vacías aun cuando estaba yo solo. No me es facil decidir un asunto tan dudoso; pero imitaré sin duda

xxxvij

EPISTOLA.

el ejemplo de vm., colocando este diálogo
y esta mi carta al frente de *Pevenil del
Pico* y disponga vm. de

Su mas humilde y obediente
servidor.

JOHN DRIASDUST.

York, día de San Miguel de 1822.

PEVERIL DEL PIGO.

CAPITULO I.

Fué cuando, alzado su pendón, Discordia
De la guerra civil lanzó la tea;
Cuando el odio, altivez, venganza, envidia,
Sembraron su zizaña por do quiera.

Guillermo-el-conquistador fué, ó al me-
nos creia ser el padre de un tal William Peve-
ril, que combatió bajo sus órdenes en la bata-
lla de Hastings, donde se distinguió. No pare-
cia probable se opusiese la ilegitimidad de su
hijo á los favores de un monarca, que, despre-

xxxvij

EPISTOLA.

el ejemplo de vm., colocando este diálogo
y esta mi carta al frente de *Pevenil del
Pico* y disponga vm. de

Su mas humilde y obediente
servidor.

JOHN DRIASDUST.

York, día de San Miguel de 1822.

PEVERIL DEL PIGO.

CAPITULO I.

Fué cuando, alzado su pendón, Discordia
De la guerra civil lanzó la tea;
Cuando el odio, altivez, venganza, envidia,
Sembraron su zizaña por do quiera.

Guillermo-el-conquistador fué, ó al me-
nos creia ser el padre de un tal William Peve-
ril, que combatió bajo sus órdenes en la bata-
lla de Hastings, donde se distinguió. No pare-
cia probable se opusiese la ilegitimidad de su
hijo á los favores de un monarca, que, despre-

ciando las preocupaciones, tomaba en sus cartas el título *Gulielmus Bastardus*. Cuando el conquistador normando dió la ley en Inglaterra, y pudo disponer á su arbitrio de los dominios sajones, William Peveril logró la concesion de muchos y hermosos señoríos en el condado de Derby, y llegó á ser el fundador de la fortaleza que está suspendida, al parecer, en la entrada de la *Caverna del Diablo*, tan conocida de cuantos han viajado por este país, y que da el nombre de Castleton * al pueblo inmediato.

Habia edificado su habitacion este baron feudal casi bajo los mismos principios que el águila escoge un lugar para hacer su nido, y la habia fabricado, segun dice un Irlandés de las torres de Martello, como si no hubiese tenido mas designio que dejar á la posteridad la dificultad de adivinar los motivos : de este descendia, ó por lo menos queria descender (porque la tal genealogia era un poco hipotética) una familia opulenta que moraba en el mismo condado de Derby, cuyo gefe tenia el título de caba-

* El village del Castillo. — Ed.

llero. Habian confiscado, en el reinado tumultuoso del rey Juan, el gran feudo de Castleton con las selvas y bosques que de él hacian parte, junto con las demas maravillas, y entonces se habia otorgado una nueva concesion en favor del lor Ferrers. Sin embargo los descendientes del William que acabamos de citar, aunque ya no poseian el dominio que decian haber pertenecido en otro tiempo á su familia, no conservaban con menor orgullo el título de Peveril del Pico, como un vestigio de su antiguo linage y elevadas pretensiones.

Sir Geoffrey Peveril, en el reinado de Carlos II, representaba esta familia. Era hombre que, con casi todas las calidades propias de un gentilhombre de aldea, habia conservado las antiguas costumbres, y á quien pocos rasgos particulares podrian distinguirle del tipo general de aquella digna clase de ciudadanos. Las ventajas de poca monta le hacian orgulloso, y se irritaba por fútiles reveses. No sabia ni formarse una opinion, ni tomar una resolucion, que no se resintiese de sus preocupaciones. Hacia vanidad de su nacimiento,

era pródigo en su modo de vivir y hospitalario con los parientes y conocidos que se dignaban reconocer la superioridad de su rango: mostrábase quisquilloso y ofendido con cuantos contradecían sus pretensiones; de buen corazón para con los pobres como no fueran cazadores furtivos; realista bien pronunciado en sus opiniones políticas, y detestaba igualmente una Cabeza-Moronda *, un cazador furtivo y un Presbiteriano. Profesaba sir Geoffrey los principios religiosos de los episcopales, y estaba por ellos con tanto carácter, que muchas personas eran de parecer seguía en secreto los dogmas de la Iglesia católica, sin embargo que los desconoció su familia desde el tiempo de su padre; se decía también que había conseguido una dispensa que le permitía conformarse en lo exterior á todas las prácticas de la religion protestante. A lo menos corrían estas voces calumniosas entre los Puritanos, y la influencia que ciertamente pa-

* Nombre que se dió á los partidaros de Cromwell porque llevaban el pelo muy corto.—Ep.

recia tener sir Geoffrey Peveril entre los señores católicos de los condados de Derby y Chester las hacían en la apariencia mas verosímiles.

Tal era sir Geoffrey Peveril, y hubiera podido pasar al otro mundo sin otro distintivo que la inscripción de la piedra sepulcral, como no hubiese vivido en un tiempo capaz de poner en acción los espíritus mas pacíficos, al modo que una tempestad alborota las aguas del lago mas tranquilo. Cuando estallaron las guerras civiles, Peveril del Pico, orgulloso con su descendencia y bravo por carácter, levantó un regimiento en favor del rey, y en diferentes ocasiones dió á conocer tenía mejores talentos para el mando de lo que se había pensado hasta entonces.

En medio de las discordias civiles, se prendió de una señorita joven, bella y amable, de la casa del noble Stanley, con quien se desposó. Desde esta época, contrajo tanto mayor mérito en persistir en su lealtad * cuanto que

Lealtad. realista : fidelidad al rey de derecho.—Ep.

se vió precisado á separarse con frecuencia de su joven esposa, no pudiendo gozar de su compañía mas que por intervalos, cuando sus deberes le permitían venir á pasar en su castillo un tiempo siempre muy limitado. No permitiendo Peveril del Pico que le separasen de sus deberes militares los atractivos de la vida doméstica, combatió durante muchos años de guerra civil, y se portó con valor hasta que Poyntz, general tan afortunado como intrépido, que mandaba la caballería de Cromwell, sorprendió y derrotó completamente su regimiento. El Caballero * escapó de la derrota, y como verdadero descendiente de Guillermo-el-Conquistador, desdeñando someterse, se metió en su castillo, y sostuvo uno de aquellos sitios que causaron la destruccion de tantos castillos en el curso de años tan desgraciados. El de Martindale no se rindió, sino al último

* Nombre que se daban los que tomaban las armas en favor del rey, para oponerse á los republicanos. *Caballero* significa en inglés un alegre gentilhomme; se emplea tambien esta palabra como adjetivo por los autores antiguos, en el sentido de *alegre*. A los partidarios de Carlos I se les dió este título, que vino á ser sinónimo de realista. — Eo.

extremo, despues de haber sufrido mucho por la artillería que Cromwell, en persona, dirigió contra él. Sir Geoffrey quedó prisionero, y cuando se le concedió la libertad bajo su promesa de permanecer en adelante fiel á la república, se castigaron sus culpas pasadas, segun se expresaba el partido victorioso, con severidad, imponiéndole una multa y el secuestro de sus bienes.

Ni el cumplimiento de esta promesa forzada, ni el temor de las consecuencias fatales que contra su persona y propiedades pudieran resultar, bastaron á impedir que Peveril del Pico se reuniera con el conde de Derby la noche anterior á la funesta batalla de Wiggan-Lane, en que acabaron con las fuerzas del conde. Sir Geoffrey tomó parte en esta accion, y habiéndose retirado con los restos de las tropas realistas, marchó á reunirse á Carlos II. Se halló tambien en la batalla de Worcester, donde quedó exterminado el partido realista, y volvió á caer prisionero. Como, segun la opinion de Cromwell, y el lenguaje de aquel tiempo era un relapso, se halló en el caso de

sufrir la suerte del conde de Derby, decapitado en Boolton-the-Moor, pues que le habia seguido en los peligros de las dos acciones. Pero debió su vida á la intercesion de un amigo y consejero íntimo de Olivier Cromwell. Era este un tal M. Bridgenorth, hombre de la clase mediana, cuyo padre hizo excelentes negocios de comercio durante el pacífico reinado de Jacobo I, y habia dejado á su hijo considerables riquezas, ademas de su dominio patrimonial. Se levantaba en esta posesion una casa de mampostería y de hermosa perspectiva, pero no era muy grande, y se la conocia con el nombre Multrassie - Hall, situada como una dos millas del castillo de Martindale. El joven Bridgenorth habia estudiado en la misma escuela que el heredero de Peveril, y se formó entre los dos una especie de amistad, que sin llegar jamas á ser íntima, se conservó durante la juventud, tanto mas que Bridgenorth, sin echar de ver las pretensiones de sir Geoffrey á la superioridad, mostraba una razonable indiferencia con tanta humildad como su amigo pudiera desear para con el represen-

tante de una familia mas antigua y distinguida que la suya, y no pensaba degradarse obrando de este modo.

M. Bridgenorth sin embargo no quiso complacer á sir Geoffrey hasta tomar el mismo partido durante las guerras civiles. Siendo juez de paz, manifestó la mayor actividad en levantar la milicia por cuenta del parlamento, y sirvió él mismo algun tiempo en el ejército. Le inspiraron esta conducta en parte sus principios religiosos, porque era presbiteriano zeloso, y en parte sus opiniones políticas, que sin ser del todo democráticas, se inclinaban por el partido popular de la gran cuestion que se intentaba decidir. Por otra parte, era dueño de considerables capitales, y estaba muy distante de cerrar los ojos á sus intereses. Supo aprovechar las ocasiones que le ofrecia la guerra civil para aumentar sus riquezas, empleando con prudencia su dinero efectivo, y no pasó mucho tiempo sin comprender que el medio mas seguro de lograrlo era decidirse por el partido del parlamento, al paso que la causa del rey, por el modo con que la seguían, no

presentaba para los ricos sino exacciones y empréstitos forzosos. Por todos los dichos motivos, Bridgenorth vino á ser Cabeza-Moronda decidido, y de repente cesaron las relaciones entre él y su vecino. Sin embargo resultó de esto tanta menos acrimonia entre los dos, que mientras duró la guerra civil estuvo sir Geoffrey casi siempre en campaña, fielmente identificado con la fortuna vacilante de su desgraciado amo, y el mayor Bridgenorth muy luego dejó el servicio militar activo, morando por lo general en Londres, sin venir á Moultrassie-Hall sino de vez en cuando para ver á su mujer y familia.

Supo en el intermedio de estas visitas, y no sin grande satisfaccion, que lady Peveril habia mostrado en todo tiempo muchas atenciones á mistress Bridgenorth, y que á ella y á su familia les habia proporcionado asilo en el castillo de Martindale, cuando un cuerpo de caballeria indisciplinada del principe Ruperto, amenazó saquear Moultrassie-Hall. De aquí provino aquel conocimiento, que cambió en amistad con motivo de los frecuentes paseos

que se les proporcionaba dar juntas por ser vecinas, y mistress Bridgenorth se creia muy honrada con ser admitida en la sociedad de una dama tan distinguida.

El mayor por su lado vió esta intimididad con mucha satisfaccion y resolvió probar su reconocimiento, en cuanto pudiese, sin perjuicio propio, empleando todo su crédito en favor de su desgraciado vecino. Consiguió por su intercesion la gracia de la vida á sir Geoffrey despues de la batalla de Worcester. Obtuvo tambien en su favor el permiso de volver á la posesion de sus dominios secuestrados, bajo condiciones todavia mas favorables que las acordadas aun á realistas menos declarados. Por último: cuando el caballero, para procurarse la suma que debia pagar, se vió en precision de vender una gran porcion de su patrimonio, el mayor Bridgenorth vino á ser su comprador, dándole un precio mas considerable, y cual ningun Caballero habia recibido en iguales circunstancias por sus bienes, de alguno de los miembros que formaban la comision de secuestros. Es cierto que el prudente

mayor no perdió enteramente de vista sus intereses en este negocio, porque el precio fué muy moderado, y los bienes que compró estaban situados al rededor de Moultrassie-Hall, cuyo valor á lo menos se triplicó por medio de esta adquisicion. Pero es preciso confesar tambien, que el infeliz propietario se hubiera visto forzado á someterse á condiciones menos favorables, si el mayor hubiese querido aprovecharse de todas las ventajas que le proporcionaba el empleo de su cargo en la comision citada, y como cuidaban de hacerlo sus compañeros. Bridgenorth se hizo un honor en haber sacrificado, en esta circunstancia su interés á la generosidad, y se le quedó agradecido.

El mismo sir Geoffrey seguía esta opinion, con tanto mas gusto quanto que Bridgenorth parecia no envanecerse con la nueva consideracion de que gozaba, y al parecer le manifestaba, en medio de la elevacion de su fortuna, la misma condescendencia de que le habia dado pruebas al principio de su amistad. Haciendo justicia al mayor, es preciso confesar que, manejándose de este modo, respetaba las desgra-

cias de su noble vecino, tanto como sus pretensiones, y que con la generosidad de un Inglés franco, cedia sobre algunos puntos del ceremonial que le eran indiferentes, tan solo porque conocía se pagaba sir Geoffrey de esta complacencia.

Resultó de esta delicadeza que Peveril pasase por bastantes agravios de poca entidad. Olvidó que el mayor Bridgenorth estaba ya en posesion de una buena tercera parte de sus dominios por via de adquisicion, y que tenia sobre el resto, en razon de diferentes préstamos de dinero, derechos reales que absorbían muy bien otro tercio. Trató tambien de olvidar, aun siéndole mas difícil, la diferencia de sus posiciones respectivas y del estado de sus casas.

Antes de la guerra civil, los muros orgullosos y las torres del castillo de Martindale, situado sobre una colina muy elevada, parecían, al lado de la casa de ladrillo, que apenas se atrevía á presentarse en medio de las enramadas de la selva que la cercaban, lo que una encina del bosque de Martindale hubiera parecido al lado de uno de los álamos con que Bridgenorth

habia embellecido el paseo que conducia á Multrassie-Hall. Mas, despues del sitio de que ya hemos hablado, se habia aumentado y hermosado este último edificio, y era tan superior á las ruinas del antiguo castillo ennegrecido por el tiempo, y del que solo un costado estaba habitable, como un solo álamo nuevo en toda la fuerza de su vegetacion lo hubiera sido, comparado con una encina vieja y pedrada, cuyo tronco, maltratado por el rayo, no tuviese mas que algunas ramas medio secas. Sir Geoffrey no podia menos de conocer que la respectiva situacion de los dos vecinos habia experimentado un cambio tan desventajoso para él como el que se notaba en lo exterior de sus habitaciones, y que aun cuando el hombre colocado por el parlamento y miembro de la comision de secuestros no hubiese empleado su crédito sino para proteger al Caballero y al Malintencionado*, le hubiera sido muy facil servirse de él para su ruina; por último que habia llegado á ser un protegido, y el mayor un protector.

* Es la traduccion mas exacta de la palabra *malignant*, sinónimo de realista en el estilo republicano de aquel tiempo.—ED.

Tenia Peveril del Pico, dos consideraciones, prescindiendo de la necesidad y de los consejos continuos de su esposa, que le ponian en estado de sobrellevar esta degradacion. Era la primera, que las opiniones políticas del mayor Bridgenorth comenzaban á conformarse sobre ciertos puntos con las de su noble vecino. Como Presbiteriano, no era enemigo declarado de la monarquia y le habia disgustado mucho ver al rey puesto de repente en juicio, condenado y ejecutado. Como propietario tenia miedo del gobierno militar; y aun cuando no desease ver á Carlos en el trono por la fuerza de las armas, sin embargo habia venido á concluir de esto, que si se podia, por medio de una transaccion, dar garantías al pueblo de las exenciones y privilegios, por los que el parlamento habia desde luego combatido, seria esto el medio de terminar del modo mas seguro y mas apetecible todas las revoluciones de la Gran Bretaña. Sin duda las ideas del mayor acerca de este punto se aproximaban de tal suerte á las de sir Geoffrey, incapaz de no tomar parte en las conspiraciones realistas, que casi se dejó arrastrar

por su vecino á tomarla en aquella desgraciada insurreccion de Penruddock y de Grover en el Oeste, cuando el partido presbiteriano se reunió al de los Caballeros. Y aunque su prudencia habitual le hubiese preservado de los fatales resultados de este movimiento, como de otros muchos peligros; en la última época de la dominacion de Cromwell, y por el tiempo del interregno que le sucedió, se consideró al mayor Bridgenorth como un hombre mal dispuesto en favor de la república y como partidario de Carlos Estuardo.

Ademas de esta coincidencia de opiniones políticas, otro nudo de intimidad unía las dos familias. El mayor, feliz en todo lo respectivo á la fortuna, no lo fué tanto en lo que penetraba su corazón de mas cerca. La suerte le dió de repente muchos golpes bien crueles, y llegó á ser en cuanto á esto un objeto de compasion para con su vecino, aunque tan abatido como se veia de su antiguo esplendor. Durante el intervalo que se pasó entre el principio de la guerra civil y la restauracion de Carlos II, perdió sucesivamente seis hijos: todos

muriéron de la misma enfermedad, que se atribuyó á debilidad de constitucion, precisamente en la edad en que estas inocentes criaturas venian á ser mas interesantes para sus padres.

Al principio de 1658 ya no le quedaba ningun hijo al mayor Bridgenorth; hácia el fin del mismo año tuvo una niña; pero su nacimiento costó la vida á una esposa querida, cuyas fuerzas se debilitaron por el temor maternal y la penosa y amarga reflexion de que sus hijos adquirian de ella esta extremada delicadeza de complexion que hacia tan precaria su existencia. La misma voz, la voz dulce y amistosa de lady Peveril, que anunció al mayor era padre de una hija, le participó al mismo tiempo la fatal noticia de que ya no era marido. Las emociones de Bridgenorth fueron mas bien fuertes y profundas, que vivas y violentas, y su afliccion tomó la forma de un lúgubre espanto, del que no pudieron sacarle ni las amistosas amonestaciones de sir Geoffrey, quien no faltó á presentarse en casa de su vecino cuando todo era en ella pena y dolor aunque debió encontrar alli al pastor presbiteriano, ni por las exhor-

taciones evangélicas de este último personaje. Lady Peveril, conmovida al fin de su penar, recurrió por compasión á una de aquellas fiernas inspiraciones de su sexo, que cambian con frecuencia en llanto la sequedad de la desesperacion. Poniendo en sus brazos la hija, cuyo nacimiento acababa de costarle tan caro, le conjuro para que se recordase no le habian arrebatado enteramente á su Adelaida pues que sobrevivía en la niña que delegaba á sus cuidados paternos.

— ¡Quitela, quitela vm. de aquí! exclamó el desventurado: no quiero verla: este es un nuevo pimpollo que ha florecido para marchitarse luego; y el arbol que le ha producido no florecerá ya jamas.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció. Mas bien arrojó que puso la niña en los brazos de lady Peveril y cubriéndose el rostro con las dos manos, derramó abundantes lágrimas. Lady Peveril se abstuvo de decirle: consuelese vm.; pero se aventuró á prometerle que el pimpollo se abriría y daría frutos.

— ¡Nunca, nunca! exclamó Bridgenorth,

aleje vm. de mi esa desgraciada niña, ¡y dígame solo cuando deberé ponerme de luto! ¡de luto! repitió interrumpiéndose; ¿no le llevaré yo toda mi vida?

— Me encargaré de esta niña por cierto tiempo, dijo lady Peveril, puesto que su vista le es á vm. tan dolorosa. La niña Adelaida estará tan cuidada en todo como nuestro Julian, hasta que su presencia sea para vm. un motivo de placer como ahora de afliccion.

— Nunca lo será, jamas, contestó el desgraciado padre: su destino está prescrito: llevará el camino que los otros; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Lo agradezco mucho, milady. La encargo á vuestros cuidados, y doy gracias al cielo por haberse dignado excusarme el dolor de verla morir.

No tratando de detener por mas tiempo la atencion del lector sobre este punto tan penoso, bastará saber como lady Peveril se encargó de cumplir los deberes de madre con la huerfanita, y puede que tal vez haya debido, á los juiciosos cuidados que se tomó, la conservacion de su vida, que á la ver-

dad parecia como pendiente de un hilo; porque probablemente se hubiera apagado la chispa que aun brillaba, si como habia sucedido con respecto á los demas niños del mayor, la hubiesen sofocado con precauciones excesivas, ó superfluas atenciones que la inquietud habria inspirado á su madre, despues de haber perdido ya tantos gajes de la ternura conyugal. Lady Peveril se hallaba en estado de tomarse los cuidados que se imponia, por quanto habia perdido tambien sus dos primeros niños, atribuyendo la buena salud del tercero, que se criaba robusto, hermoso y de tres años, al método que habia seguido en criarle, muy distinto en todo del usado hasta entonces. Trató de guardar el mismo régimen con la huerfanita y no le salió menos bien; dándole menos medicinas, exponiéndola mas al aire y, por último, con atencion constante y juiciosa en secundar la naturaleza, lejos de forzarla, esta niña endeble, puesta en manos de una excelente nodriza, adquirió de dia en dia mas fuerza y vivacidad.

Sir Geoffrey, lo mismo que la mayor parte

de los hombres dotados de un caracter franco y generoso, naturalmente gustaba de niños, y experimentó tal compasion á vista de los temores de su vecino, que olvidó del todo era el mayor presbiteriano, hasta el momento en que fué necesario bautizar la niña por un ministro de la dicha secta.

Este momento fué crítico. El padre no se hallaba en estado de proponer medio alguno y el ver violado el umbral de la puerta del castillo de Martindale por la entrada de un hereje cual era el ministro protestante, causaba horror al ortodoxo propietario de la morada. Habia visto, cuando la rendicion de Martindale, entrar en triunfo por el patio de su castillo al famoso Hugo Peters con la biblia en una mano y la pistola en la otra, y esta hora de amargura estaba profundamente grabada en su corazon. Sin embargo tal era la influencia de lady Peveril en su ánimo, que á pesar de sus preocupaciones le decidió á disimular. Se hizo esta ceremonia en un naranjal, que situado al cabo del jardin, hablando con propiedad, no hacia parte del castillo. Asistió tambien ella misma

y bautizó á la huerfanita el reverendo M. Sols-grace, que tuvo el honor de predicar una vez á la cámara de los comunes un sermón de tres horas en acción de gracias por la libertad de Exeter. En cuanto á sir Geoffrey, tuvo buen cuidado en ausentarse del castillo, y no volver en todo el día, sin que pueda dudarse sabia él la escena del naranjal, atendido el particular cuidado que se tomó al día siguiente en hacerle lavar y perfumar, procurando purificarle todo lo posible. Mas por grande que fuese la preocupación del buen caballero contra la creencia religiosa de su vecino, no tenía influjo alguno sobre la compasión con que le miraba por sus pesadumbres pasadas. El medio de que se valia para darle pruebas era un poco particular, pero convenia en todo con el carácter de ambos, y con la naturaleza de su amistad nueva.

Todas las mañanas concluía su paseo, á caballo ú á pie, pasando á Moultrassie-Hall, y saludando á su vecino. Entraba de vez en cuando en el oscuro salón, donde su propietario cada vez mas triste, y en soledad, se daba todo á sus pesares; pero lo mas comun era pararse

en el terraplen, y arrimado á la ventana, decir en voz alta:—¿Cómo lo pasa el señor Bridgenorth?—lo uno porque no hacia vanidad de saber seguir una conversacion, y lo otro porque, con esta fórmula, seguía su tema de jamas concederle los honores militares llamándole mayor.—Vengo solo para decirle á vm. que se anime; Julian está bueno, la pequeñita Adelaide sigue bien, todos estamos sin novedad en el castillo.

Un profundo suspiro, acompañaba tal vez á las palabras..... — Muchas gracias, sir Geoffrey; déselas vm. de mi parte á lady Peveril, y mis finas expresiones.—Esta era por lo regular la respuesta de Bridgenorth. Recibia sin embargo esta noticia con el mismo placer que la daba el caballero portador, llegando poco á poco á serle menos penoso el oír hablar de su hija; y jamas se cerraba la ventana, ni el sillón de badana que estaba al lado se vió vacío cuando llegaba la hora en que hacia el barón su corta y cotidiana visita.

Por último la espera del instante en que debia presentarse sir Geoffrey absorbió bien pron-

to todos los pensamientos de Bridgenorth. Muchos han experimentado la influencia de iguales placeres en algunas horas de su vida. El momento que un amante pasa en la ventana de su querida, el del epicureo, cuando oye tocar la campana que anuncia la hora de comer, son placeres en que ponen todo el interés del día, las horas anteriores se les pasan con impaciencia, las posteriores en reflexiones sobre lo pasado; y deteniéndose la imaginación en cada circunstancia pasagera, cada segundo se les hace un minuto, y cada minuto una hora. Esto mismo sucedía con Bridgenorth, sentado en su sillón solitario, podía descubrir á lo lejos la llegada de sir Geoffrey avanzando por el paseo de árboles con paso majestuoso, ú haciendo trotar ligero á su caballo de batalla, Black Hastings, compañero suyo en algunas acciones. Erale muy fácil oírle, cuando venia cantando á media voz:

Tomará el rey otra vez
La corona que perdió.

Y silbando esta:

Cabezas morontías
De pescuezo erguido
Que haelen á horca.

la que se bajaba ó enmudecía según que iba llegando á la estancia del dolor, donde tomaba el tono franco del soldado y del cazador para saludar á su antiguo vecino.

Se prolongó la conversacion por grados y á medida que la pena del mayor, siguiendo el curso de los pesares todos, perdió su violencia, y permitió fijar su atención hasta cierto punto, en lo que tenia de su cargo, haciéndole reconocer las diferentes obligaciones que debía llenar en la posición de su país, devastado por las facciones opuestas, cuyas disensiones no podían acabar sino con la restauracion. Aunque Bridgenorth se repuso algun tanto del golpe que acababa de sufrir, se consideraba sin embargo incapaz de contenerse á vista de su hija; y aunque una corta distancia le separaba del ser, cuya existencia debía interesarle mas que cuanto le podia ofrecer el mundo entero, con todo, no le pareció convenirle saber mas que el sitio donde caían las venta-

nas del aposento en que moraba su pequeña Adelaida, y se entretenía muchas veces en mirarlas atento desde su terrado, cuando al ponerse el sol reflejaban en ellas sus luces. Con efecto, aunque estaba por otra parte dotado de una superioridad de ánimo, le era imposible desterrar de sí el doloroso pensamiento, que al parecer le confirmaba en la opinión de que este único gaje de ternura conyugal iría dentro de poco á la tumba, donde yacía todo lo que después de él amaba más en el mundo; y esperaba con una penosa inquietud el instante en que le anunciarían los primeros síntomas de una enfermedad inevitable. No obstante continuaba consolado al oír la voz de Peveril; mas en el mes de abril 1660 tomó este de repente un tono nuevo, y en todo muy diferente. Lejos de suspenderse la canción *tomará el rey otra vez, la corona que perdió*, cuando entraba Black Hastings en la calle de árboles, siguió con los pasos de sir Geoffrey hasta el patio, donde apeándose de su caballo, en cuya silla venían dos pistolas de dos pies de largo cada una, entró precipitadamente en el salón,

armado de pies á cabeza, el baston de comandante en la mano, los ojos centelleantes, las mejillas encendidas y exclamó: — ¡ arriba, vecino, arriba! acabóse ya el tiempo del rincón del fuego. ¡Dónde esta el perpunte de piel de búfalo y el sable grande! Muéstrese vm. alguna vez de un partido bueno. El rey es todo bondad é indulgencia; y yo le alcanzaré á vm. el perdon por entero.

— ¿Qué significa eso? preguntó Bridgenorth, sir Geoffrey, pienso que no tiene vm. novedad. ¿En el castillo están todos buenos?

— Tan perfectamente como se puede apeteecer. Adelaida, Julian, lady Peveril, todo el mundo; pero traigo noticias que valen veinte veces mas. Monk se ha declarado en Londres contra los picaros de la Nalga *. Fairfax ha tomado las armas en el condado de York: — ¡ Por el rey, por el rey, por el rey! y se lo digo yo, Presbiterianos y Episcopales, todos toman la bandolera por el rey Carlos. Acabo de recibir

* *The Rump-parliament*. Mo'e que hablan dado los realistas al parlamento, por desprecio. — Ed.

una carta de Fairfax en la que me encarga ocupar los condados de Derby y Chester con toda la gente que pueda levantar. ¡Es un demonio recibir yo órdenes tuyas! pero no importa. Al presente como amigos, y nosotros dos, mi buen vecino, haremos frente, como deben hacerlo quienes de ello se precian. Vea vm., amigo, lea vm., lea, y despues ponerse las botas y á caballo.

¡A las armas! caballeros.
Caiga Belzebut, rendido
A vuestros golpes tan fieros.
Gojed laureles, os pido,
Tales, y tantos en suma,
Que Olivier * tiemble en su tumba.

Despues de haber dado curso en alta voz á este acceso de fiel entusiasmo, se sintió el caballero con el corazon oprimido, y dejándose caer sobre una silla exclamó:

— ¿Pudiera yo haber esperado jamas vivir y ver este dia tan feliz? comenzó á llorar con tanta sorpresa suya, como de Bridgenorth.

Reflexionando sobre la crisis del pais, pen-

* Olivier Cromwel. — Ed.

só el mayor Bridgenorth, como Fairfax y otros gefes del partido presbiteriano, que la medida mas acertada y patriótica que le convenia adoptar, era decidirse francamente en favor de la causa del rey, cuando todas las clases de ciudadanos buscaban abrigo y proteccion contra los actos frecuentes de opresion, á que daban motivo las altercaciones renovadas á cada paso entre las facciones de Westminster-Hall y de Wallingford-House. Unióse pues á sir Geoffrey, con menos entusiasmo á la verdad pero con tanta sinceridad, y de concierto tomaron todas las medidas que consideraron necesarias para restablecer la autoridad real en estos dos condados, lo que se realizó tan fácilmente como en el resto de la Inglaterra. Estaban ambos en Chesterfield, cuando se supo que Carlos II acababa de desembarcar en su reino, y sir Geoffrey manifestó su intencion al punto de presentar el homenaje debido á Su Majestad, antes de volver al Castillo de Martindale *.

* Así está marcada la transición de la novela de *Woodstock* á la de *Peveril del Pico*. — Ed.

— ¿Quién sabe, vecino, dijo él al mayor, si sir Geoffrey Peveril volverá otra vez á Martindale? Sin duda se harán promociones en la corte, y yo merezco algo tambien como los demas. Sonaria muy bien esto de... Lor Peyeril. Poco á poco: ó aquello de conde de Martindale. No, no nada de Martindale; — Conde del Pico. Con respecto á vm., fiese en mí. Fijaré la vista en sus intereses. Es lástima, porque eso de presbiteriano, vecino...; pero, ¿qué importa? ¿Por qué no le harian á vm. caballero, es decir caballero bachiller, no caballero baronete*; esto debia convenirle bien.

— Yo dejo esos honores á los que tienen categoría superior, sir Geoffrey, respondió el mayor; no apetezco mas que saber á mi vuelta que no hay novedad en el castillo.

— No hay novedad repuso el baronete; yo respondo de que todos están buenos, Julian, Adelaida, lady Peveril y los demas. Deles vm. mis expresiones, vecino, deles un abrazo en mi nom-

* Hay entre los Ingleses un grado de caballero *knight*, ó caballero *baronete* como ellos dicen. El título de baronete es transmisible á los hijos. — Ed.

bre tanto á lady Peveril como á los otros. Puede ser que á mi vuelta abrace vm. á una condesa. Todo irá bien para vm. ahora que ya se ha hecho *hombre de bien*.

— Siempre conservo el deseo de serlo, sir Geoffrey, respondió Bridgenorth con serenidad.

— Muy bien, muy bien, dijo el caballero; no he tenido intencion de agraviar á vm.; solo debo decir que todo va bien al presente. Con que, parta vm. para Moultrassie-Hall, y yo voy á Whitehall. ¿No está bien dicho? Vamos, antes de montar á caballo, beberemos un vaso de vino de Canarias á la salud del rey. Pero se me olvidaba, vecino, que los presbiterianos no brindan.

— Yo deseo al rey salud cumplida, con la misma sinceridad que si bebiese á su salud una cuartilla entera, respondió el mayor, y á vm. sir Geoffrey, todo el éxito mas feliz y posible de su viaje, y que vuelva pronto.



CAPITULO II.

Horadaremos cubas y mas cubas ;
Correrá sangre como antaño á rios,
Sangre empero de vacas y cordero,
Sin echar los licores en olvido.
Comedia antigua.

Cualquier recompensa que Carlos se hubiese dignado conceder á Peveril del Pico, como reconocimiento de su lealtad, y para indemnizarle de sus pérdidas y padecimientos, no podia disponer de algo equivalente al placer que la Providencia reservaba á Bridgenorth cuan-

do diese la vuelta á su casa. Los trabajos militares á que se le acababa de llamar, habian vuelto á su alma una parte de su fuerza y energia, y conoció que seria indigno de él recaer en el estado de letargo melancólico de que acababa de salir. El tiempo habia producido tambien su efecto acostumbrado mitigando sus pesares; y despues de pasado un dia en Moultrassie-Hall, incomodado porque la ausencia de sir Geoffrey le privaba de las noticias que diariamente le llevaba de su hija, pensó seria lo mejor en todo concepto ir él mismo al castillo de Martindale, para dar á lady Peveril noticias de su marido, asegurarla de que le habia dejado en buena salud, y librarse por sí mismo de la inquietud en que se hallaba por el cuidado de su hija. Armóse pues de resolucion para sufrir con valor la mayor desgracia que podia temer. Tenia muy en memoria las mejillas hundidas, ojos amortiguados, labios pálidos y manecitas flacas de los otros hijos suyos, poco tiempo antes de arrebatárselos la muerte.

—Voy á ver, decia para sí, aquellas señales de

muerte próxima que ya tengo vistas. Veré otra vez á mi querida hija á quien di el ser, vuelta á la tierra que debiera haberme sepultado antes que á ella. Nada importa, es indigno de un hombre no poder sufrir lo inevitable. Hágase la voluntad de Dios. Fuése pues á la mañana siguiente al castillo de Martindale, dió á lady Peveril noticias satisfactorias de la salud de su marido, hablándola de las esperanzas que tenia el caballero acerca de nuevos honores.

—Doy gracias á Dios por la primera noticia que vm. me da, dijo lady Peveril; con respecto á la segunda, será lo que guste nuestro soberano. Tenemos bastantes honores para nuestra fortuna, y bastante fortuna para estar contentos, sino para brillar. Los esfuerzos reiterados de sir Geoffrey en favor de los Estuardos le han producido nuevas desgracias, tantas veces, que la última que le ví vestirse la fatal armadura, y he oido el sonido prolongado de la trompeta, me ha parecido ver su mortaja, y que oía clamorear por él. Si le hablo á vm. de este modo, mi estimado vecino, es porque re-

celo no nos entreguemos á tristes presentimientos, que puede querer Dios desmentir como ha desmentido los de mi corazón, y he aquí lo que debe servir á vm. de prueba.

Abrióse la puerta del cuarto, cuando todavía estaba ella hablando, y entraron los dos chicos. El mayor, Julian Peveril, hermoso muchacho de cuatro á cinco años, traía por la mano, con tanta dignidad como afecto, á una niña bonita de diez y ocho meses, cuyos pasos aun vacilantes se sostenían y guiaban por el niño mas robusto.

Bridgenorth echó una mirada rápida y temerosa sobre su hija, y este primer golpe de vista bastó para manifestarle, con un gozo inexplicable, que sus temores eran infundados. Tómola en los brazos, la estrechó contra su pecho, y la niña, aunque al principio asombrada de lo violento de tales caricias, correspondió muy luego con una sonrisa, como si hubiera oído la voz de la naturaleza. Púsole después á cierta distancia de sí, la examinó con mas atención, y se convenció que el angelito presente á sus ojos, no manifestaba sintoma nin-

guno de la enfermedad que le privó de los otros hijos, que sus mejillas brillaban con los colores de la robustez, y que si delicada, tenía una frescura que no indicaba estado valetudinario.

— No creía posible este milagro, dijo Bridgenorth volviendo la vista hácia lady Peveril, testigo de esta escena, y debo dar infinitas gracias á Dios lo primero, y después á vm., milady, que ha sido su instrumento.

— Presumo que Julian perderá su compañerita, dijo lady Peveril enagenada de gozo; pero Moultrassie-Hall no está muy lejos de aquí, y creo veré muy á menudo á mi querida Adelaida. La señora Marta, su ama de llaves, tiene buen juicio, es muy cuidadosa, yo le explicaré como he tratado á la niña, y espero...

— ¡No quiera Dios que venga mi hija á Moultrassie-Hall! exclamó con viveza el mayor. Esta casa fué la tumba de todos los otros hijos míos. La tierra baja no les conviene ó tal vez hay en ella mala ventura. Pensaré ponerla en otra parte.

— Perdóneme vm., mayor, no hará vm. tal, re-

plicó lady Peveril. Si vm. lo hiciese, seria lo mismo que decirme no era yo capaz de acabar lo comenzado. Si no ha de vivir Adelaida en casa de su padre, no saldrá de la mia jamas. La conservaré para cuidar de su salud y dar una prueba de mi ciencia; y pues que recela vm. de la humedad de las tierras bajas, me lisonjeo que vendrá vm. á verla con frecuencia.

Esta proposicion llegó al corazon del mayor Bridgenorth. Hubiera dado quanto hay en el mundo por lograr este favor, pero no se atrevia á prometérselo.

Demasiado sabido es que las familias atacadas de una enfermedad tan fatal como la que había sacrificado á los hijos del mayor, vienen á ser, por decirlo así, supersticiosas en esta parte, atribuyendo á los lugares, circunstancias y cuidados individuales mucho mas poder de lo que se debe para neutralizar los efectos perjudiciales. No ignoraba lady Peveril que su vecino estaba particularmente dominado de tal sugestion; que el abatimiento, afliccion, temor, y el retiro en que vivia, todo estaba efectivamente calculado para produ-

cir el mal que temia mas que otro qualquiera. La sensibilidad franqueaba su corazon á la compasion que debia excitar el estado de un hombre, que le había hecho en otro tiempo servicios aun no echados en olvido. Por otra parte la niña misma, inspiró en su corazon un tierno interés. ¿Cual es la mujer que no se aficiona con intencion á una criatura endeble que recibe de ella los primeros oficios de madre? Finalmente tenia su poco de vanidad, y como era una especie de lady Bountiful* á su modo, porque no estaba reservado todavía en este tiempo el hacer este papel á las que se llaman hoy viejas locas, estaba sumamente contenta con su ciencia por haber desterrado los ataques de una enfermedad hereditaria é inveterada en la familia de Bridgenorth. En otro tiempo no hubiera sido necesario buscar tantos motivos para un acto de beneficencia en favor de su vecino; pero la guerra civil que

* Señora bondadosa, la generosa castellana de una novela inglesa imitada por Laplace con el título de *la Huerfanita*. Lady Bountiful cuida los pobres y da gratis á los ricos remedios de la farmacia de su familia. — ED.

devastaba el país, había roto de tal modo los vínculos de vecindario y amistad, que se tenía por extraordinario ver subsistir tales relaciones entre personas de principios políticos tan diferentes. Conociólo perfectamente el mayor mismo, y el saltársele las lágrimas al oír la oferta de lady Peveril, manifestaba el gozo con que la recibía; sin embargo no pudo menos de representar los inconvenientes positivos que de aquí podían resultar.

— Milady, la dijo él, esta bondad me hace el más feliz y agradecido de los hombres, ¿pero puede realizarse de un modo conveniente este proyecto? Sir Geoffrey tiene acerca de varios puntos opiniones que han diferido y que probablemente difieren aun de las mías. Él es de un nacimiento elevado y yo de la *clase media*, él adopta el catecismo de los prelados de la Iglesia anglicana, y yo no conozco otro que el de los siervos de Dios reunidos en Westminster...

Lady Peveril le interrumpió: — Me persuado que vm. no hallará en ninguno de estos catecismos una prohibición que me impida servir de madre á una niña que perdió la suya. Me lison-

jeo, señor Bridgenorth, que la feliz restauración de Su Magestad, obra de la Providencia, es capaz de curar y cerrar todas las heridas causadas por la guerra civil y las disensiones religiosas, y que en lugar de perseguir á los que piensan de diferente modo que nosotros, para probar la mayor pureza de nuestra respectiva creencia, nos mostraremos á porfía verdaderos cristianos, practicando la caridad con nuestros prójimos; el mejor testimonio sin disputa que podemos dar de nuestro amor á Dios.

— Habla vm., milady, según la inspira su buen corazón, respondió Bridgenorth, que era de talento no menos limitado que la mayor parte de los de su secta; y estoy seguro de que si todos los que se llaman caballeros, vasallos fieles, pensaran como vm., y sir Geoffrey, mi amigo, añadió él, después de haberse detenido un instante, siendo esta parte de su período más bien un cumplimiento que la expresión fiel de lo que pensaba, los que mirábamos en otro tiempo como un deber el tomar las armas para defender la libertad de concien-

cia, podriamos disfrutar ahora de paz y felicidad. ¿Pero quién sabe lo que puede suceder? Hay entre los del partido de vm. cabezas alborotadas, genios exasperados; no diré que nosotros hayamos hecho siempre uso del poder con moderacion, pues que la venganza es gustosa para los hijos de Adan.

—Vamos, señor Bridgenorth, dijo lady Peveril muy alegre, esos funestos presentimientos no pueden menos de traer consecuencias, que sin ellos, no sucederian probablemente jamas. Ya sabe vm. lo que dice Shakspeare:

Si huyes del jabali,
Cuando no piensa seguirte,
Teme que á ello se excite,
Y se lance sobre tí.

Pero perdone vm.; hace ya mucho tiempo que no nos hemos visto, y se me olvidaba que no le gustan las piezas de teatro.

—Diré á vm. con todo el debido respeto, mi lady, respondió Bridgenorth, que me creeria muy culpable, si tuviese necesidad de rimas

fútiles, parto de un histrion vagabundo del condado de Warwick, para reconocer los deberes que me impone la gratitud, y tener presente que debo dejarme guiar por vm. en todo lo que no sea contra mi conciencia.

—Pues que me permite vm. ejercer tal influencia, dijo lady Peveril, lo haré con moderacion, para darle á lo menos una idea favorable del nuevo orden de cosas en el hecho de obrar asi. Voy á convidar por orden de mi marido á toda la vecindad para una fiesta solemne que se ha de celebrar en el castillo el jueves próximo; y le pido á vm. no solo que asista personalmente, sino que convide tambien á su digno pastor y amigos, para que acudan á tomar parte en el gozo que nos cabe por la restauracion del rey, y probar de este modo que todos somos vasallos bien unidos.

Esta proposicion turbó mucho al mayor, levantó los ojos al techo de encina, bajólos al pavimento, mirando despues al rededor del aposento, fijándolos al fin en su hija, cuya vista le sugirió mejores reflexiones que le habia podido prestar el maderaje y el piso.

—Milady, respondió él, hace ya mucho tiempo que yo no concurre á fiestas, tal vez en consecuencia de un genio melancólico ó de pesadumbres muy dignas de perdon á quien, como yo, ha padecido tantas desgracias. El sonido bullicioso del júbilo hace en mis oídos el efecto de un tono agradable producido por un instrumento destemplado. Pero por poco dispuesto que me sienta para la diversion tanto por sistema como por mi debil salud, debo mostrar al cielo mi gratitud en razon de los favores con que me ha colmado, por medio de vuestra señoría. David, hombre segun el corazón de Dios, comió pan cuando le robaron su hijo querido. Se me ha vuelto mi hija; ¿puedo yo dejar de mostrarme agradecido, cuando David dió pruebas de resignacion en la adversidad? Aceptaré pues su bondadoso convite, milady, y los amigos con quienes puedo contar me aprecian, me acompañarán como vm. lo desea, para que no forme Israel mas que un solo pueblo. Habiendo pronunciado estas palabras, como lo haria un martir mas bien que un convidado á una fiesta, y des-

pues de haber dado á su hija un beso y una bendicion solemne, se retiró el mayor Bridgenorth para Moultrassie-Hall.



CAPITULO III.

; Ojalá , como tenemos
Buena boca y apetito,
De paz plena en el distrito
Con abundancia gocemos.

Comedia antigua.

No era por la época de que hablamos , un beneficio simple esto de dirigir un convite, ni aun en las ocasiones ordinarias y teniendo todo lo necesario para verificarlo ; ciertamente no sucedia como en nuestros dias , que el ama de casa no hace mas que indicar à sus criados el



CAPITULO III.

; Ojalá , como tenemos
Buena boca y apetito,
De paz plena en el distrito
Con abundancia gocemos.

Comedia antigua.

No era por la época de que hablamos , un beneficio simple esto de dirigir un convite, ni aun en las ocasiones ordinarias y teniendo todo lo necesario para verificarlo ; ciertamente no sucedia como en nuestros dias , que el ama de casa no hace mas que indicar à sus criados el

día y la hora; era preciso que ella misma se encargase de las provisiones precisas entrando en pormenores y detalles de los comestibles; desde lo alto de un corredor que comunicaba con el cuarto de lady Peveril, y que daba vista á la cocina, sobresalía su voz, al ruido de las cacerolas, asadores, cuchillas, los gritos de los cocineros, y sobre todo el estrépito que forma el acompañamiento de un gran festin, como la voz del espíritu que dirige á los marineros en una tempestad.

Pero todos estos cuidados y apuros triplicaron al acercarse el día de la fiesta de Martindale, donde el genio que presidía estaba escaso de medios para ejecutar su proyecto hospitalario. Lo tiránico de la conducta marital es casi comun, y no sé si podré citar un marido entre mis conocidos que no haya dicho de repente á su querida mitad haber convidado en el momento mas crítico

A algun odioso mayor
Para comer á las seis.

con riesgo evidente de aturdir á la señora y

desacreditar sus excelentes calidades de muger de gobierno.

Peveril del Pico era todavía mas inconsiderado, porque habia dicho á su esposa convidase á todo el vecindario para que viniese al castillo de Martindale á comer bien, y celebrar la feliz restauracion de su sacratísima magestad, sin instruirla en el modo de procurarse la vitualla indispensable. Los gamos eran raros en el parque desde el sitio que sufrió el castillo, el palomar no presentaba gran recurso para un festin como este, el estanque estaba sin duda muy poblado de peces, lo que miraban los presbiterianos de la vecindad como circunstancia sospechosa, y la caza no costaba mas que el trabajo de perseguirla y matarla en los montes, y entre los inmensos zarzales del condado de Derby; pero estos dos artículos eran muy accesorios con respecto al banquete; el mayordomo y el administrador, únicos coadjutores y consejeros de lady Peveril, no estaban conformes en los medios de proveer lo principal, como vaca y carnero; el mayordomo amenazaba sacrificar una yunta de novillos, protegida por

el administrador que representaba ser necesarios para la cultura del campo; y á pesar del genio condescendiente y apacible de lady Peveril, no dejaba de hacer por lo bajo ciertas reflexiones sobre la falta de prevision de su marido ausente que la ponía sin miramiento en una posicion tan difícil.

Estaban bien hechas tales reflexiones cayendo en un hombre responsable de sus acciones, porque es dueño de sí mismo. La lealtad de sir Geoffrey, como la de otros muchos que se hallaban en su caso, habia tomado el caracter de un entusiasmo vehemente y apasionado á fuerza de temores, victorias, derrotas, luchas y padecimientos que partian de un mismo principio y giraban, en cierto modo, sobre un mismo eje; y así este cambio de su fortuna tan singular como sorprendente que habia excedido sus mas grandes deseos, le ocasionó por algun tiempo una especie de éxtasis, que á la verdad parecia difundirse por todo el reino. Sir Geoffrey habia visto á Carlos y á sus hermanos; este festivo monarca le habia recibido con la urbanidad franca y afec-

tuosa, que le ganaba los corazones de cuantos se le acercaban; habianse reconocido plenamente sus servicios; se le dió á entender que no quedarian sin premio, ya que no se le habia prometido expresamente uno. ¿Cómo era posible se acordase Peveril del Pico en medio de todo esto del buey ni del carnero que necesitaba su muger para festejar á sus vecinos?

Por fortuna de la señora tan apurada, habia uno que tenia bastante serenidad para prevenir estas dificultades. En el instante mismo que se decidia ella, bien que contra su voluntad, á pedir prestado al mayor Bridgenorth la suma necesaria para cumplir las órdenes de su marido, y cuando se lastimaba con bastante sentimiento de la necesidad en que se hallaba de separarse en esta ocasion, de sus principios habituales de economia, su mayordomo, quien, para decirlo como de paso, no habia dejado de ponerse entre dos vinos desde que supo habia desembarcado el rey en Duvres, entró con precipitacion en el cuarto de su ama, chascando los dedos, y con un trasporte de ale-

gría nada conforme á la dignidad de la sala de su señora.

—¿Qué significa eso, Whitaker? dijo lady Peveril algo incomodada, porque se halló distraída cuando estaba á la mitad de una carta para su vecino sobre el negocio poco grato del préstamo que queria pedirle. ¿Has de ser siempre el mismo? ¿Sueñas?

—Y un sueño excelente, me alabo de ello, milady, respondió el mayordomo en tono de triunfo, un sueño mejor que el de Faraon, porque, como el suyo, me ha hecho ver vacas gordas.

—Explicate mas claro, dijo lady Peveril, ó enviame uno que hable con juicio.

—Por mi vida, milady, repuso el mayordomo, lo que tengo que decir á vm. se explica por si mismo. ¿No las oye vm. mugir? ¿No los oye vm. balar? ¡el mejor par de vacas gordas! ¡los diez mejores carneros! El castillo tiene por ahora vituallas, podemos esperar con sosiego á los que deben venir á sitiarse, y Gatheril no se privará de su yunta para la labor de los malditos barbechos. La señora, trasportada de júbilo, sin hacer mas preguntas á su

mayordomo, se levantó y se puso á una ventana por donde vió efectivamente las reses que habian causado el arrebato de Whitaker.

—¿De dónde viene este ganado? le preguntó ella algo sorprendida.

—Responda el que pueda, milady, replicó el mayordomo. El tunante que le ha traído aquí era un ganapan, y dice proviene de un amigo, para ayudar á vuestra señoria en la solemnidad de la fiesta; no ha querido detenerse un instante para echar un trago. Siento mucho que no lo haya querido: suplico á vuestra señoria me perdone. Hubiera debido detenerle por una oreja y obligarle á beber, pero para decir verdad no es culpa mia.

—Yo lo juraria, Whitaker.

—Tendria vm. razon, milady, y aseguro, por el santo nombre de Dios, que, por honor del castillo he bebido á su salud una azumbre de cerveza doble, aunque habia ya echado mi trago por la mañana. Es la pura verdad, milady; si, ¡por Dios! es la verdad.

—Creo que no has tenido necesidad para eso de hacer un esfuerzo muy grande, Whita-

ker, pero si en iguales ocasiones mostraras tu alegría, bebiendo y jurando un poco menos, ¿no sería mucho mejor? ¿Qué te parece?

— Perdone vm., milady, respondió Whitaker en tono respetuoso, creo que sé ponerme en mi lugar. No soy mas que un pobre criado de vuestra señoría, y sé que no me conviene beber y jurar como vuestra señoría..... quiero decir como su merced sir Geoffrey; pero, si no se me viera beber y jurar segun mi condicion, ¿cómo se conocería entonces al mayordomo de Peveril del Pico? y aun podría yo decir tambien al cantinero, pues que yo mismo he tenido las llaves de la cueva desde el dia en que mataron al viejo Spiggots de un arcabuzazo en la torre noroeste, cuando tenia un cántaro en la mano. Vuelvo á preguntar á vm., milady, ¿en qué se distinguiría un Caballero antiguo como yo, de esos pícaros Cabezas Morondas, que no saben mas que ayunar y orar, si no bebiese y jurase con arreglo á mi estado?

Calló lady Peveril, porque sabia muy bien serian inútiles sus reprensiones. Un poco despues, dió orden á su mayordomo de que man-

dase convidar al banquete las personas contenidas en la lista que le dió.

Whitaker, en lugar de tomarla con la deferencia de un mayordomo moderno, se acercó al umbral de la ventana, se puso los anteojos, y comenzó á leer. Habiendo visto los primeros nombres que eran de algunas familias distinguidas de la vecindad, pronunció por lo bajo ciertas palabras de aprobacion. Paróse y refunfuñó, al leer el de Bridgenorth; sin embargo añadió al momento; — pero, sobre todo es un buen vecino; puede pasar por esta vez, pero cuando hubo leído el nombre y apellido de Nehemiah Solsgrace, pastor presbiteriano, se le apuró enteramente la paciencia y exclamó, que querria mas arrojarse al rio, que enviar una esuela de convite á un viejo puritano, que habia usurpado la silla de un ministro ortodoxo, y verle atravesar las puertas del castillo de Martindale. — Esos condenados hipócritas, añadió él jurando con toda su alma, han tenido ya bastante tiempo el sol hácia ellos: ahora nos toca á nosotros, y les ajustaremos nuestras antiguas

cuentas, tan seguro como me llamo yo Ricardo Whitaker.

— Tú te fias en tus dilatados servicios, y en la ausencia de tu amo, Whitaker, dijo lady Peveril, pues de lo contrario no tendrías atrevimiento para hablar de este modo en mi presencia.

— La agitacion poco acostumbrada de la voz de lady Peveril hizo impresion en el mayordomo refractario, á pesar de la poca claridad que habia en sus ideas; apenas vió los ojos brillantes y las mejillas encendidas de su ama, cuando su obstinacion cedió de repente.

— ¡Mala peste me mate! exclamó él, creo que yo hice enfadar á milady por un momento, y esto no me gusta de modo alguno. Perdon, Milady, perdon. No es el pobre Whitaker el que debe discutir sus órdenes, y yo no lo hubiera intentado si no fuera por el jarro de cerveza. Hemos puesto en ella doble madre como no lo ignora vuestra señoría desde la feliz restauracion. Defesto ciertamente un fanático tanto como la pata torcida y con garrones de Satanás, pero vuestra señoría tiene derecho

de convidar al castillo de Martindale, al mismo Diablo en persona con sus patas tuertas, cola y cuernos, y el de enviarme á la puerta del infierno con una esquila de convite. Se hará su voluntad.

Enviáronse pues las invitaciones en buena y debida forma, y se dió orden para que se asase uno de los dos bueyes todo entero en la plaza del mercado de un pueblecito llamado Martindale Moultrassie, situado al este y á distancia igual del castillo como tambien de la casa de donde tomaba su nombre, suponiendo que una línea tirada desde el castillo de Martindale al de Moultrassie-Hall fuese la base de un triángulo, el pueblo caeria en el ángulo saliente. Como este pueblo, desde la adquisicion hecha por el viejo Presbiteriano sobre una parte de la propiedad de Sir Geoffrey Peveril, les pertenecia casi por partes iguales, lady Peveril no juzgó debia contestarle el derecho que pensaba tener el mayor para dar algunos toneles de cerveza y contribuir por ello á la fiesta. Sin embargo, no podía menos de sospechar que Bridgenorth fuese el amigo desconocido

que la sacó del apuro por falta de provisiones, y se contemplaba como feliz cuando en una visita que la hizo él la víspera de la fiesta, se le presentó la ocasion de darle las gracias, que pensaba serle debidas por su parte.

CAPITULO IV.

No ; por esa salud brindar no intento ;
 Mas, no beber tampoco es mi designio.
 ¿ Pruebas quereis ? Pues, venga, venga el vaso,
 Ras con ras , si gustais, que yo no digo
 Basta ; jamas, ni soy de los que piensan
 Que no ha menester ramo el que es buen vino.

Comedia antigua;

Habia cierta gravedad en el modo con que respondió el mayor Bridgenorth á las expresiones de agradecimiento manifestadas por lady Peveril con motivo de la llegada tan oportuna de las reses al castillo. Al principio se hizo el desentendido, y luego que se explicó

que la sacó del apuro por falta de provisiones, y se contemplaba como feliz cuando en una visita que la hizo él la víspera de la fiesta, se le presentó la ocasion de darle las gracias, que pensaba serle debidas por su parte.

CAPITULO IV.

No ; por esa salud brindar no intento ;
 Mas, no beber tampoco es mi designio.
 ¿ Pruebas quereis ? Pues, venga, venga el vaso,
 Ras con ras , si gustais, que yo no digo
 Basta ; jamas, ni soy de los que piensan
 Que no ha menester ramo el que es buen vino.

Comedia antigua:

Habia cierta gravedad en el modo con que respondió el mayor Bridgenorth á las expresiones de agradecimiento manifestadas por lady Peveril con motivo de la llegada tan oportuna de las reses al castillo. Al principio se hizo el desentendido, y luego que se explicó

mejor, declaró tan positivamente no había él tenido parte en el tal envío, que ella se vió forzada á creerlo, y mas aun, porque le reconocia de un genio franco y sincero, que no era capaz de afectar nunca una delicadeza extremada, y amante como un cuakero de la verdad, hubiera sido en él un hecho repugnante á la naturaleza haber negado lo positivo y cierto.

—Sin embargo, es verdad que mi visita tiene alguna relacion con la fiesta de mañana.

Escuchábale lady Peveril con atencion; pero como, al parecer, le era difícil fijar los términos en que debía responder, le suplicó se explicara mas claro.

—No ignora vm. enteramente, milady, que ciertos sectarios de entre nosotros los Presbiterianos, cuya conciencia se alarma fácilmente, forman escrúpulo en conformarse con ciertos usos tan generalmente adoptados entre vms. para tales fiestas, usos que, por decirlo así, se miran por vms. como artículos de fe, ó que á lo menos les causarían desagrado el omitirlos.

—Yo creo, señor Bridgenorth, replicó lady Peveril no sabiendo donde iba él á parar, que

quienes recibimos á vm. y á los suyos sabremos abstenernos con todo cuidado de cualquier alusion y crítica fundada en nuestras desavenencias pasadas.

—No esperamos menos, milady, de su candor y cortesía; pero advierto que vm. no me comprende. Diré pues, para explicarme, que yo quiero decir aquello de brindar, segun costumbre, á la salud de unos y otros, cosa que miramos nosotros como una provocacion superflua y criminal inductiva á la destemplanza y al abuso de licores espirituosos. Pensamos ademas que si esta costumbre se origina, como lo han supuesto algunos teólogos sabios, de la que tenían los paganos haciendo libaciones á sus ídolos, se puede decir es un resto del paganismo, y que tiene conexion con el culto del demonio.

Lady Peveril habia inquirido entre si con toda prisa, qué motivos eran los que podrian ocasionar la discordia en la fiesta próxima; pero se habia olvidado enteramente de la diferencia tan ridícula como fatal que habia entre los hábitos de los dos partidos. Creyó de-

bia cuidar de inspirar un poco mas confianza al mayor, cuya frente y entrecejo manifestaban al hombre inseparable de su opinion.

—Convengo, mi estimado vecino, le dijo ella, en que esta costumbre es á lo menos pueril, y que puede venir á ser perjudicial, si conduce á beber con exceso; pero creo que quando no tiene tales consecuencias, es una cosa indiferente en sí misma. Por otra parte, pone en ocasion de expresar á la comunidad nuestros deseos para nuestros amigos, y nuestros votos por nuestro soberano; y sin tratar de forzar la opinion de los contrarios, no veo yo como podré rehusar á mis amigos, á mis convidados, el privilegio de beber á la salud del rey, ó á la de mi marido, segun el uso antiguo de la Inglaterra.

—Si bastase, milady, que fuese antigua una costumbre para que fuese recomendable, no hay alguna, que yo sepa, cuya antigüedad suba mas alto en la Inglaterra que el catolicismo. La Providencia permitió que no nos abismáramos en las mismas tinieblas que nuestros padres, y por consecuencia debemos obrar se-

gun la luz que tenemos en nosotros, y no como ellos, errantes en las tinieblas. Yo tenia el honor de pertenecer á la comitiva del lor Whitelocke, quando estando á la mesa del camarero-mayor del reino de Suecia, rehusó positivamente brindar por la reina Cristina, con riesgo de ofender á todos los convidados, y exponer el buen éxito de la negociacion á su cargo. ¿ Cree vm. que un hombre tan sabio hubiera obrado así, si hubiese creído que semejante accion era indiferente en sí misma? ¿ si no la hubiese mirado como un crimen vergonzoso y que merece el Infierno?

—Sin faltar al respeto que debo á Whitelocke, vecino mio, yo no me separo de mi opinion, aunque, bien lo sabe Dios, no estoy de modo alguno dispuesta á justificar los excesos que alguna vez se cometen en la mesa; quisiera ceder á sus escrúpulos. Procuraré limitar el número de los brindis; pero de cierto se permitirán los del Rey y de Peveril del Pico.

—No me atreveria, milady, á quemar la nonagésima nona parte de un grano de incienso sobre un altar en honor de Satanás.

— ¡Cómo! Caballero, ¿osa vm. poner á Satanás en comparacion de nuestro señor el rey Carlos, y mi noble esposo?

— Perdone vm., milady, no he pensado en semejante cosa; no me convendría pensarlo. Deseo de todo corazon una salud perfecta al rey Carlos y á sir Geoffrey, pediré por ambos; pero no veo qué bien haré yo á su salud, si arriesgase perjudicar la mia, bebiendo mas de lo que tenga necesidad.

— Supuesto que no podemos ponernos de acuerdo en este punto, mayor, es preciso buscar algun otro medio para no agraviar á ninguno de los dos partidos. ¿No podria vm. hacer la vista gorda con nuestros amigos entre tanto que brindan? No harán atencion en que vm. no toma parte en el caso.

No pudo Bridgenorth adoptar esta proposicion, quien decia como lo pensaba, que seria esto encender una vela á Belzebut. En efecto, su genio, naturalmente porfiado, habia venido á serlo aun mas en aquel caso, en razon de una conferencia que antes habia tenido con su predicador, quien, aunque excelente hombre

en el fondo, no hubiera renunciado de la mas ridícula de sus preocupaciones, ni de un dogma el mas insignificante, adoptado por su secta. Pensando con mucha inquietud en el aumento del poder que la última revolucion habia dado al catolicismo, á la prelatura, y á Peveril del Pico, tomó naturalmente el cuidado mas particular en poner su rebaño alerta para impedir que se le comiera el lobo. Estaba muy disgustado de que el mayor Bridgenorth, que era sin contestacion el gefe del partido presbiteriano en aquellas cercanias, hubiera encargado á una muger cananea, como llamaba él á lady Peveril, el cuidado de educar su hija única, y le dijo en términos claros, que no gustaba del proyecto de ir á divertirse en los lugares elevados con gentes incircuncisas de corazon; y que no miraba el festin aplazado sino como una francachela en la casa de Tirzah. Esta mercurial de su pastor hizo pensar á Bridgenorth, que podia él haber hecho mal en aceptar con tanta presteza en el ardor de su gratitud, un convite que debia producir una relacion mas íntima con los habitantes de

Martindale; pero era muy altivo para confesarlo á Solsgrace, y solo despues de una discusion prolongada, se resolvió entre ellos que no irian al banquete sino con la condicion de que no se brindaria delante de ellos. Bridgenorth, como representante delegado de su partido, se vió por ello forzado á resistir contra toda solicitacion, y lady Peveril se vió en grande apuro. Sintió mucho haber hecho el convite aun con las mejores intenciones, porque preveia que si los Presbiterianos no le admitian, revivirian todos los motivos antiguos de disension, y ocasionaria tal vez nuevas violencias entre las gentes opuestas unas con otras en tiempo de la guerra civil, que poco ha se habia suscitado y sostenido. El conceder lo que pedian hubiera sido una ofensa mortal para el partido de los Caballeros, y particularmente para sir Geoffrey; porque tenían por punto de honor el brindar y obligar á que correspondiesen los otros, siendo así que los Puritanos reputaban artículo de su fe el negarse á uno y otro. En fin lady Peveril mudó de conversacion, haciéndo la recaer en

la hija del mayor; envió á buscarla, y la puso en los brazos de su padre. Salió bien esta astucia de guerra, porque, aun cuando el mayor parlamentario estaba muy serio, el padre, semejante al gobernador de Tilbury *, se dejó conmovér, y prometió hacer consintieran sus amigos en un compromiso. Era que el mayor, el reverendo pastor, los que guardaban estrictamente los dogmas de la secta de los Puritanos, formarian una sociedad separada en la sala grande, en tanto que los festivos Caballeros formarian otra; y cada sociedad consultaria para beber la moda ó su conciencia.

Bridgenorth mismo pareció muy consolado luego que se arregló este negocio importante. Escrupulizaba sostener ostinadamente su dictamen; pero se alegró de lo intimo del corazon por haber escapado de la necesidad, al parecer inevitable, de hacer una in-

(*) Sir Walter-Scott alude aquí á la pieza *el Critico*, por Sheridan, ó, á la tragedia de sir Fictful Plagiary, el gobernador de Tilbury se sirve de esta Antitesis en el sentido contrario.

The father softens, but the governor is fix'd.
El padre se enternece, el gobernador resiste.

juría á lady Peveril no admitiendo su invitacion. Quedóse mas tiempo en el castillo, habló y se sonrió mas que de ordinario. Su primer cuidado, cuando volvió, fué hacer saber al pastor y á su congregacion la transaccion que habia hecho como un punto definitivamente resuelto; y su crédito para con los oyentes era tal que, á pesar del gran deseo de Solsgrace de que se separasen los partidos, y de exclamar: *¡A vuestras tiendas, Israel!* previó tendria muy pocos votos en su favor para pedir se alterase la unanimidad con que se aceptó la proposicion del delegado. Sin embargo, poniéndose alerta cada partido, con arreglo al resultado de la embajada del mayor, se sublevaron tantas discusiones una tras otra sobre una multitud de puntos delicados y quisquillosos, que lady Peveril, tal vez la única persona que con sinceridad deseaba establecer entre ellos una verdadera reconciliacion, incurrió, en premio de sus buenas intenciones, en la censura de unos y otros, y tuvo muy poderosas razones para sentir el haber concebido el proyecto loable de reunir en una fiesta pública los

Capulets y los Montaigus del condado de Derby.

Como se habia decidido que formarian los convidados dos compañías separadas, se suscitó una discusion seria sobre cual de los dos partidos entraria primero en el castillo. Vino á ser este punto un motivo de aprension grave para lady Peveril y el mayor Bridgenorth, porque era de temer que si los Presbiterianos y los Caballeros llegasen al castillo por la misma calle de árboles para entrar por la misma puerta, se originase alguna disputa, y vinieran á las manos antes de penetrar en el local preparado para la fiesta. La señora creyó haber descubierto un expediente admirable, para prevenir la posibilidad de tal accidente, y era que los Caballeros entraran por la puerta principal y los Cabezas-Morondas por una gran brecha que se hizo en la muralla á consecuencia del sitio, y por la que salian al campo las bestias para ir á pastar. Pensó ella que tal arreglo impediria los altercados de los dos partidos con relacion á la preferencia. Arregláronse al mismo tiempo ciertos detalles de poca importancia, y, segun pareció, tan á la sa-

tisfaccion del pastor presbiteriano, que, en una larga instruccion acerca del vestido nupcial, se tomó el trabajo de explicar á sus oyentes que esta expresion de la Escritura no debia entenderse solo del vestido exterior, sino aplicarse á la situacion del espiritu que se necesitaba para poder disfrutar de una fiesta tranquila. Exhortó pues á sus hermanos para que no mostraran por cualquier falta que cometiesen, la menor señal de hostilidad contra los pobres ciegos con quienes debian, en cierto modo, comer y beber al dia siguiente, y que no se hiciese esto un caso capaz de turbar la paz en Israel.

El bueno del doctor Dummerar, rector episcopal de Martindale-Moultrassie, desposeido de su beneficio por violencia, predicó un sermón á los Caballeros en el mismo sentido. Servia este beneficio antes de la rebelion, y tenia la gracia de sir Geoffrey, no solo á causa de sus ideas ortodoxas y de su profundo saber, sino porque ninguno jugaba mejor que él á los bolos, ni tenia conversacion mas festiva cuando fumaba una pipa, y bebía una azumbre de

cerveza de octubre. Estos últimos talentos habian valido al doctor el haber sido colocado por el anciano Century White⁺ en la lista de los ministros indignos y reprobados por la Iglesia anglicana, y ser denunciado ante Dios y los hombres como criminal del pecado mortal de jugar á juegos de destreza y suerte, y asistir á las reuniones amistosas de sus parroquianos. Cuando comenzó á perder terreno el partido del rey, el doctor Dummerar dejó la casa de su curato, se fué al campo, y desempeñó las funciones de cura castrense en el regimiento de sir Geoffrey Peveril, probando muchas veces que si era robusto su temperamento, no estaba su corazon desprovisto de energia. Luego que se perdió todo, y que se vió privado de su beneficio, como sucedió á otros muchos curas realistas, salió como pudo del paso, ocultándose tan pronto en el granero de sus amigos antiguos de universidad, quienes dividian con él y

(*) La denuncia de White comprendia cien clérigos malintencionados; de donde le vino el nombre de *century* *centuria*, vease sobre estos personajes una nota de *Woodstock*, tom. I.

los del mismo partido, los cortos medios de existencia que las desgracias de los tiempos les habia dejado; y tan pronto en las casas de la nobleza oprimida en sus mismas tierras, porque respetaban su caracter y padecimientos. Despues de la restauracion, salió Dummerar de su retiro y acudió al castillo de Martindale para gozar en él del triunfo de este feliz acontecimiento.

Su llegada al castillo con vestido completo de ministro eclesiástico anglicano, y la favorable acogida que le hizo toda la nobleza de las cercanías, aumentaron mucho los temores nacientes del partido que dominaba tan poco antes. Es verdad que el doctor Dummerar, digno y excelente sugeto, no se entregaba á extravagantes deseos de promocion; pero la probabilidad de verse repuesto en el destino, de que se le habia privado bajo el mas absurdo pretexto, era un golpe mortal para el ministro presbiteriano, amenazado de no ser ya considerado sino como un intruso. Tenian ambos predicadores derechos tan opuestos como las ideas de sus rebaños; y este era otro impedimento mas contra el proyecto

de conciliacion de la buena lady Peveril.

Sin embargo, como ya lo dimos á entender, se condujo el doctor Dummerar en esta ocasion con el mismo espiritu de paz que lo habia hecho el reverendo Nehemiah Solsgrace. Es verdad que en el sermon que predicó en el portal del castillo, á presencia de muchas personas distinguidas de Caballeros de la vecindad, sin hablar de una multitud de muchachos del pueblo que vinieron á ver el espectáculo nuevo de un ministro con solana y sobrepelliz, se detuvo sobre la negra malicia de diferentes crímenes cometidos por el partido de los rebeldes en los desastrosos tiempos del reinado precedente, é insistió sobre el caracter pacífico y misericordioso de la dueña del castillo que abria su casa hospitalaria, y concedia dar una graciosa mirada sobre gentes, cuyos principios habian conducido al asesinato del rey, al de sus leales vasallos, al pillage y devastacion de la Iglesia de Dios. Pero tambien dijo en su peroracion que supuesto era la voluntad de su soberano bondadoso, cuya restauracion acababan de ver, y el deseo de la respetable lady

Pevenil, que sus fieles vasallos tolerasen por cierto tiempo á esta raza rebelde, convenia que todo el que se preciase de lealtad evitara por la presente todo motivo de disension y disputa con los hijos de Simei. Añadió á esta leccion de paciencia la seguridad consoladora de que no podrian abstenerse mucho tiempo sin recaer en sus antiguas maniobras de rebelion, en cuyo caso podian los realistas extirparlos de la faz de la tierra, sin parecer culpables á los ojos de Dios ni de los hombres.

Los que han observado de cerca los acontecimientos del tiempo, han notado en los escritos de donde tomamos esta historia, que éstos dos sermones produjeron un efecto diametralmente contrario al intento que se proponian sin duda estos dos dignos ministros, que, lejos de calmar los espíritus de las dos facciones, no sirvieron mas que para exasperarlos. Vióse llegar el día de la fiesta bajo tan funestos auspicios, y no estaba menos agitado con fatales presentimientos el espíritu de lady Pevenil.

Pusiéronse en marcha los dos partidos para el castillo de Martindale por dos caminos dife-

rentes, formando cada uno una especie de procesion, como si trataran de mostrar su respectiva fuerza, y se distinguian de tal modo por sus trages y modales, que se hubiera podido decir partian de dos opuestos puntos hácia uno mismo una boda y un entierro. Eran los Puritanos muchos menos, y para ello se pueden alegar dos poderosas causas. En primer lugar habian tenido la autoridad muchos años, y, por consecuencia, no eran estimados de la plebe, porque nunca esta se une sinceramente á los que, actualmente investidos del poder, se ven con frecuencia obligados á servirse de él para reprimir los desórdenes á que se entregan ella misma. Por otra parte, los habitantes de los lugares gustaban entonces como hoy de ciertas diversiones inocentes, y su alegría natural les hacia tolerar con tanta impaciencia el rigor del predicador fanático, como el despotismo militar de los generales de Cromwell. En segundo lugar, el pueblo era inconstante, segun su costumbre, y la vuelta del rey era una novedad que lisongeaba su gusto natural por toda especie de cambios.

Ademas de esto, el partido puritano estaba por entonces abandonado por una clase de hombres reflexivos que le habian sido fielmente adictos en tanto que la fortuna se le habia mostrado propicia. Llamábanse entonces aquellos prudentes personajes *Servidores de la Providencia*^{*}, porque hubieran creído no respetarla quedándose en un partido no favorecido por ella.

Pero aunque se veían abandonados de los espíritus inconstantes y egoístas, retenían en las filas de los Puritanos hombres todavía temibles por su carácter, sino por su número, un entusiasmo magestuoso, una persistencia incontrastable en sus principios, una confianza entera en la sencillez de sus motivos, y aquel orgullo inglés tan ostinado en amar una opinión reprobada. Semejantes al viagero de la fábula, que se ceñía más al cuerpo la capa cuando redoblaba la tempestad, estos veteranos del presbiterianismo eran por la mayor parte hombres de la clase mediana, que debían su fortuna á la industria y á felices

^{*} *Walters on Providence*, — Ed.

especulaciones en el comercio ú las minas; eran de aquellos genios á quienes hacían sombra las pretensiones de una aristocracia ambiciosa exclusiva, y que son ordinariamente los más celosos de lo que miran ellos como sus derechos. Su vestido era por lo regular de una sencillez extremada, y no se singularizaban sino por una negligencia afectada y por el desprecio de todo género de atavío. El color triste de sus vestidos, que no variaba más que de negro á lo que se llama oscuro, su sombrero de alta forma y grandes alas, sus espadas grandes pendientes de la cintura por una simple correa, sin nudo, sin hebillas, sin adorno alguno con que los Caballeros gustaban adornar sus fieles tizonas: los cabellos cortados muy al rape, hacía que sus orejas parecieran de una longitud desmesurada^{*}; en fin su exterior grave y magestuoso anunciaba que pertenecían á la clase de entusiastas que había roto con intrepidez todos los resortes del gobierno antiguo, y que veía de mal ojo al que se había sustituido en

^{*} De donde les vino el nombre de Cabezas-Morondas. — Ed.

su lugar. Se notaba en sus rostros una marca de tristeza, pero no de desaliento ni desesperación. Parecían guerreros antiguos despues de una derrota que, deteniéndolos en su carrera de gloria, ha herido su amor propio sin quitarles nada de su valor.

La melancolía habitual que se notaba en las facciones del mayor Bridgenorth le venia bien como á gefe de los Puritanos que salian del lugar. Cuando llegaron al sitio donde debian torcerse á un lado para entrar en el antiguo parque del castillo, sintieron una impresion momentanea de abatimiento, como si cedieran el camino real á sus enemigos, los Caballeros, tantas veces por ellos vencidos. En tanto que subian el sendero que daba la vuelta, paso diario de las bestias, les hizo ver una clara de árboles el foso del castillo medio obstruido con los escombros de la muralla, en la que se habia practicado una brecha, y esta misma en el ángulo de una torre alta cuadrada, en parte derribada por el cañon, y cuyo resto se hallaba en un estado muy precario, estaba como colgando encima de la

grande abertura que se veia en el muro. Recordó esto á los Puritanos sus antiguas victorias, y se miraban unos á otros con una sonrisa de satisfacción sombría.

Holdfast-Clegg, molinero de Derby, que habia mostrado grande actividad durante el sitio, señaló con el dedo la brecha á Solsgrace, diciéndole con un gesto de desagrado :

No creia yo, cuando mi propia mano ayudó á poner el cañon apuntado por Olivier contra esta torre, que nos veriamos obligados á gatear entre estos escombros, como zorras, para entrar en los muros que hemos conquistado con nuestras armas y la punta de nuestras lanzas. Me parece que esos malditos de Díos han debido saber lo bastante de que les servia haber cerrado sus puertas, y habitar en sitios elevados.

— Paciencia, hermano mio, respondió Solsgrace, paciencia, y no abras la boca para murmurar. Entramos con honor en estos sitios elevados, pues que vamos á pasar por la puerta que tiene abierta el Señor á sus escogidos.

Las palabras del pastor fueron como una

chispa que toca por su extremo á un rastro de pólvora. Las fisonomías del cortejo lúgubre se sonrosaron de gozo al momento, mirándolas como agüero favorable, y como una luz descendida del Cielo para manifestar su verdadera situación; los Puritanos entonaron de común acuerdo uno de los cánticos triunfales, por los cuales celebraban las inauditas victorias que Dios les había concedido contra los habitantes paganos de la tierra de promisión.

Levántese Dios, y caigan
Por entre el polvo esparcidos,
Sus soberbios enemigos,
Reducidos á la nada.

Cera al calor derretida,
Humo del viento impelido,
Ante tí, señor, ha sido
La mala raza abatida.

De Adónai, ángeles bravos,
Espíritus á millares,
En moradas celestiales,
Al Sinai vais guiados.

Confundió tu brazo fuerte,
Gran Dios, á malvados tales,
Que de cautiverio y males
Dieron á tu pueblo en suerte.

Oyó estos cánticos de triunfo la festiva tropa de Caballeros, que, con todo lo mejor que les quedaba de pompa despues de sus muchas desgracias, marchaban al mismo punto, aunque por diferente camino, y hacian resonar con sus gritos de alegría toda la calle de árboles. Presentaban estas tropas un contraste muy notable, porque, durante las disensiones civiles, se distinguian por sus costumbres tan bien como pudiera efectuarlo un uniforme. Si el Puritano tenia en su vestir una sencillez estudiada, y en sus modales una rudeza ridicula, el Caballero no era menos afectado en la delicadeza y lo exquisito del atavio, y el desprecio con que miraba la hipocresía de-generaba ya en licencia. Guerreros de todas edades, pero alegres y garbosos iban en filas unidas hácia el castillo conservando aquel exterior placentero que habia podido sostenerlos en tiempos adversos, segun llamaban ellos á la duracion del gobierno usurpado de Cromwell. Era tal esta alegría que casi les hacía perder el juicio. Flotaban los penachos y relucian los galones á los rayos del sol, los

caballos daban vueltas, y de vez en cuando se tiraban tiros con pistolas de pretina y arzon que disparaban algunos, persuadidos de que sus talentos naturales para meter bulla no eran suficientes para la pompa de la fiesta. Pues que, como ya hemos dicho, habiéndose decidido la plebe por el partido victorioso, una multitud de muchachos iba tras ellos diciendo á grandes gritos: — ¡Mueran los de la rabadilla! ¡ Al diablo con Olivier! — Los instrumentos músicos, de las especies conocidas entonces, sonaban todos á un tiempo, y tocando cada uno diferente sonata. El entusiasmo del momento establecía cierta fraternidad entre los nobles y pecheros que iban con ellos. Este entusiasmo se redoblaba tambien con la idea de que los ecos de su alegría ruidosa llegaba á los oídos de sus vecinos humillados, los Cabezas-Moronadas. Cuando el canto solemne del salmo resonando por las rocas y edificios arruinados llegó á sus oídos, como para advertirlos cuan poco debian contar con la humillacion de sus adversarios, les contestaron desde luego con grandes risotadas para que llegase á entender

la tropa salmista la señal de su desprecio; pero esto era un esfuerzo inútil del espíritu de partido.

Cuando se halla uno en situación dudosa, ó en estado de padecimientos, es mas natural tenga sentimiento de melancolía que de gozo; y si se llegan á juntar, rara vez deja de triunfar el primero. Si el acompañamiento de un entierro se encuentra con el de una boda, se convendrá en que la alegría del segundo desaparece bien pronto al frente de lo triste y sombrío del primero. Pero los Caballeros estaban entonces ocupados en otras cosas. El tono del salmo que resonaba en sus oídos les era demasiado conocido. Le habian oido muchas veces como alusivo á sus derrotas para que pudieran oírle sin conmocion, aun en el momento en que se hallaban triunfantes. Hubo entre ellos una especie de pausa de que, al parecer, se avergonzaban ellos mismos, hasta que rompió el silencio un caballero anciano, sir Jasper Cranbourne, cuya valentia estaba generalmente reconocida pudiendo atreverse á experimentar una impresion que hombres, de cuyo

valor se sospechara, no hubieran podido manifestar sin que se los tachara de imprudentes.

— ¡Oh! ¡oh! dijo el anciano Caballero, que jamas beba yo un vaso de vino si no es esta la misma canción que estos pícaros con sus orejas al aire entonaron cuando nos atacaron en Wiggan-Lane, donde nos tumbaron como bolos. A fe mia, vecinos, para decir la verdad y dar que rabiarse al diablo, no me gustaba el tono.

— Si yo creyera que los Cabezas Morondas cantan por mofarse de nosotros, dijo Dick Wildblood, les haria yo pasar el gusto de la salmudía con este garrote. Esta mocion, apoyada por Roger Raine, viejo borracho que tepia en el pueblo, un meson con la tablilla de las *armas de Peveril del Pico* hubiera ocasionado un combate general si no hubiese sosegado los ánimos sir Jasper.

— No queremos disputas, Dick, dijo el anciano caballero al joven franklin*; no las que-

* Se daba el nombre de franklin á los propietarios que hacian valer sus bienes cultivándolos ellos mismos.

remos, y esto por tres razones. Primera porque seria faltar al respeto á lady Peveril, despues porque seria turbar la paz del rey, y por último que si atacáramos á estos malditos salmistas, podrias tú salir con algun chichon, como ya te ha sucedido.

— ¿Quien? ¿yo? ¡sir Jasper! ¡Yo con chichon que me hicieron ellos! Condenado muera yo si tal me ha sucedido, como no fuese en aquel infame desfiladero, donde todos estábamos como sardinas en banasta.

— Pienso que para evitar esto fuiste corriendo á esconderte entre una zarza, que me ví forzado á sacudir con mi baston de comandante para hacerte salir fuera, y entonces, en lugar de cargar al frente, diste media vuelta á la izquierda y echaste á correr cuanto podias.

Este recuerdo dió que reír á costa de Dick, conocido, ó que á lo menos pasaba por mas hablador que valiente; y la burla del caballero habiendo amortiguado mucho el resentimiento de casi todos los que componian la cabalgata realista, llegó á extinguirse del todo, porque

cesó de repente el canto, que miraban como un insulto premeditado.

Dejaron de cantar los Puritanos, porque llegaron á la brecha que su cañon victorioso habia hecho en otro tiempo á las paredes del castillo. Estos escombros amontonados y los edificios medio derribados sobre que iba un sendero estrecho y escarpado, parecido á los que hay en las ruinas antiguas, trazados por la poca gente que pasa por ellos, formaban un verdadero contraste con las torres macizas y los otros edificios todavía en buen estado. Esta vista era la mas propia para recordar á los Presbiterianos la victoria que habian conseguido apoderándose de la fortaleza de sus enemigos, y el triunfo de que habian gozado echando las cadenas á los nobles y principes.

Pero penetraron al fondo de los corazones crueles de los sectarios mismos los sentimientos mas análogos al motivo que los llevaba al castillo de Martindale, cuando su dueña, todavía en el brillo de su belleza, se presentó en la brecha con las damas principales de su séquito para recibir á los huéspedes con la cortesía

y honores á que su invitacion les daba derecho. Habia dejado el traje negro que llevaba desde muchos años antes, y estaba vestida con todo el brillo conveniente á su rango y nacimiento. No tenia joya ninguna, pero sus largos cabellos estaban adornados con una guirnalda de hojas de encina mezcladas de lirio, las hojas recordaban la milagrosa conservacion del rey en la encina real*, las flores indicaban su feliz restauracion. Lo que aumentaba el interés de su presencia para cuantos la miraban entonces, era verla con dos criaturas que tenia de la mano y que todos los Puritanos sabian era una la hija de su gefe, el mayor Bridgenorth, vuelta á la vida y la salud por los cuidados casi maternos de lady Peveril.

Si los individuos de un rango inferior, que componian esta gente conocieron la saludable influencia de su presencia al verla con tal compañía, se puede creer muy bien que el pobre Bridgenorth se sintió abatido. Sus principios severos no le permitian doblar la rodilla, y besar

* Nadie ignora que Carlos II. durante la guerra civil, perseguido por los republicanos, se ocultó á sus enemigos, escondiéndose en el hueco de una encina. — Ed.

la mano que asia la de su huerfanita; pero su inclinacion profunda, su voz trémula, y los ojos humedecidos indicaban aun mas respeto y gratitud para con la dama á quien se dirigia, que lo hubieran podido hacer todas las protestas de los Persas. Algunas palabras llenas de dulzura y bondad que expresaban el placer que sentia recibiendo á sus vecinos y amigos, algunas preguntas que hizo con agrado á los principales individuos de la compañía, sobre sus familias y negocios, aseguraron el triunfo á lady Peveril contra las disposiciones al disgusto, y contra los recuerdos desagradables. Cada uno se entregó bien pronto cordialmente al placer de la fiesta. El mismo Solsgrace, aunque persuadido de que su puesto de pastor de este rebaño le imponia el deber de observar y burlar las astucias de una muger amalecita, no se pudo librar del contagio, y se penetró tanto de las demostraciones de complacencia y bondad prodigadas por lady Peveril, que entonó inmediatamente el salmo:

Cuan apacible y hermoso
Es el ver á los hermanos,
Que se reúnen niños,
Con un mismo fin honroso.

Recibiendo lady Peveril este testimonio de gratitud como una correspondencia de cortesía, conujo ella misma esta parte de sus convidados al aposento, donde una comida tan grande como suntuosa los esperaba. Tuvo ella misma la paciencia de quedarse allí en tanto que el señor Nehemiah Solsgrace pronunció un *benedicite* de media legua de largo, como una introduccion al banquete. Su presencia no obstante embargaba un poco al digno ministro, que se produjo con mas dificultad de lo que acostumbraba, porque veia no serle posible acabar su discurso con su peroracion ordinaria, es decir por una súplica dirigida al cielo para que quedara libre el pais del papado, de la prelatura y de Peveril del Pico, lo que se le habia hecho tan habitual, que despues de varios esfuerzos para mudar su súplica, se vió precisado á repetir la acostumbrada, pronunciando las dos primeras palabras en voz alta; y diciendo el resto tan por lo bajo que no le entendieron ni los que tenia mas cerca de sí.

El silencio del ministro trajo bien pronto

aquel ruido que anuncia el ataque dirigido por gentes de buen apetito contra los manjares puestos en una mesa bien guarnecida, y lady Peveril aprovechó esta ocasion para salir del cuarto é ir á cumplimentar á los otros huéspedes. Conocia de hecho que ya era tiempo de hacerlo, y que los realistas podian interpretar mal y aun ver de mal ojo la prioridad en el miramiento que creyó por prudencia conceder á los Puritanos.

No carecian enteramente de fundamento estas aprensiones. En vano habia el mayordomo enarbolado en una de las torres que flanqueaba la puerta principal del castillo el estandarte real con la bella inscripcion *Tandem triumphans*; al tiempo que flotaba en la otra la bandera de Peveril del Pico, que tantas veces habia guiado en los combates durante las vicisitudes de la guerra civil, la mayor parte de los que se acercaban. En vano dijo repetidas veces con una voz de Stentor: — ¡Seais bien venidos, nobles Caballeros; bien venidos generosos caballeros! Un rumor ligero que corria entre ellos de boca en boca, decia que la bien venida de-

bia haberla pronunciado la esposa de su antiguo coronel, y no un hombre á soldada.

Sir Jasper Cranbourne tenia tan buen juicio como valor: conocia los motivos de su bella prima, que le habia consultado sobre todas las disposiciones que se proponia tomar; él vió que la posicion de los espíritus era tal que no se debia perder un instante para hacer entrar á los convidados en la sala del banquete, donde podria hacerse una oportuna diversion á costa de los manjares de toda especie que habia mandado preparar el cuidado de la buena señora.

La estratagema del guerrero veterano salió perfectamente. Se puso en la poltrona que por lo regular ocupaba el mayordomo cuando tomaba cuentas á los arrendadores; y habiendo dicho Dummerar en latin *un benedicite* cortito que no pareció menos bien á sus oyentes, aunque no le comprendieron, sir Jasper invitó á la sociedad para que se excitara el apetito, comenzando por beber á la salud de su magestad un trago tan grande como lo permitiera la cávida de los vasos. En un instante no se oyó mas que el ruido de los vasos y frascos. Un poco despues

todos los convidados estaban de pie con el vaso en la mano, el brazo tendido, en silencio y la vista fija en sir Jasper. Resonando la voz del anciano caballero como el sonido de la trompeta de guerra, anunció el brindis por la salud del monarca restablecido en su trono; el brindis se repitió á coros por toda la asamblea, presurosa en hacer homenaje á su soberano: se siguió otro momento de silencio por la precision de vaciar los vasos; despues de lo cual se oyeron por todas partes alegres aclamaciones, que no solo hicieron temblar las vigas del techo, sino que se movieron las coronas de encina y flores que adornaban el aposento, como si estuviesen expuestas al aire. Observado este ceremonial, se comenzaron los honores á la buena comida que por su abundancia hacia crugir la mesa. Excitaban para este ataque por una parte la alegría, y la melodía por otra; porque se hallaban allí todos los trovadores del distrito quienes, como el clero episcopal se habian visto reducidos al silencio en el reino de los llamados santo durante la república.

La ocupacion de comer y beber, los brindis

recíprocos entre vecinos antiguos, en otro tiempo compañeros de armas en el momento de la resistencia y del padecer en el de la derrota, reunidos en fin con un motivo comun de felicitaciones, borrarón muy luego las causas leves del disgusto, que en el alma de algunos de entre ellos habia cubierto con una nube la serenidad del día, de modo que cuando lady Peveril entró, acompañada tambien de las dos criaturas y seguida de sus mugeres, fué recibida con las aclamaciones debidas á la señora del castillo, á la esposa del noble caballero, cuyo valor y perseverancia dignos de mejor éxito podian atestiguar la mayor parte de ellos.

El discurso que les dirigió fué corto y digno de una muger de su rango; pero le pronunció en tono de quien siente lo que dice, y por lo mismo penetró los corazones de todos; excusóse por haberse presentado tan tarde, recordándoles que se hallaban al mismo tiempo en el castillo de Martindale hombres que fueron antes sus enemigos, pero que felices acontecimientos ocurridos poco ha, los habian cambiado en amigos, y que por serlo de tan poco

tiempo, no se habia atrevido á omitir para con ellos ningun artículo del ceremonial. Pero que aquellos á quienes se dirigia entonces eran los mas estimados, los mas leales, los mejores amigos de la casa de su marido. A ellos y á su valor habia debido Peveril el feliz éxito que habia adquirido á ellos y á él tanta fama en aquellos tiempos de desgracias. Que particularmente á su valor debia ella la conservacion de su gefe, aun cuando no podia él mismo evitar una derrota. Algunas felicitaciones sobre el feliz restablecimiento de la autoridad real pusieron fin á su discurso; y saludando con gracia á sus convidados, se acercó un vaso á los labios, como para asegurarlos de la bienvenida que les daba.

Habia quedado aun por este tiempo, y sobre todo entre los antiguos Caballeros, cierta chispa del espíritu que á Froissart inspiraba, cuando decia que un caballero tenia doble valor sintiéndose animado por las miradas y la voz de una muger bella y virtuosa. La licencia sin limites del siglo, introduciendo un gusto por la destemplaza casi general hácia el rei-

nado, cuya aurora se manifestaba en el instante de que hablamos, degradó á las mugeres al extremo de no mirarlas sino como instrumentos del placer, y así quedó privada la sociedad de aquel sentimiento noble que inspira el bello sexo. Considerado este como un estímulo para las acciones buenas, es superior á todos los movimientos, exceptuando los de la religion y el patriotismo. Resonó el techo con las aclamaciones todavía mas ruidosas, mas prolongadas, que las oidas hasta entonces, y se proclamaron los nombres de Peveril del Pico y de su esposa en medio de los votos de todos por su felicidad y salud, al tiempo que tiraban á lo alto las gorras ó sombreros. Bajo tales auspicios, salió lady Peveril del aposento, dejando el campo libre al entusiasmo y alborozo.

Fácilmente puede concebirse cual era el gozo de los Caballeros, acompañado de aquellos brindis y chanzonetas, de aquella música instrumental y vocal, que fueron siempre y en cierto modo el alma de un divertido banquete en todos tiempos y países. El regocijo de los Puritanos tenia otro diferente caracter,

y era mucho menos estrepitoso. No habia ni músicas, ni canciones, no se permitian chanzas de ninguna especie, ni se echaba un solo brindis. Y con todo eso no parecia que gozaban menos, á su modo, de las cosas buenas que la fragilidad humana, para servirnos de sus mismas expresiones, hace agradables al hombre exterior. El viejo Whitaker queria probar que, siendo ellos menos en número, consumieron tanto vino de Canarias y Burdeos como los convidados alegres reunidos en la sala. Pero los que conocian la prevencion del mayordomo contra los Puritanos se inclinaban á creer que, con el fin de probar este resultado, habia puesto en la cuenta de los Puritanos el total de sus libaciones personales, que no era de poca monta.

Sin dar crédito á un rumor esparcido por la maledicencia y parcialidad, diremos que por entonces, como en casi todas las ocasiones semejantes, lo raro del placer aumentaba su precio; y que cuantos hacian de la abstinencia, ó á lo menos de la moderacion, un principio religioso, gozaban tanto mas del gusto que infun-

de una reunion amistosa, cuanto las ocasiones de poder tenerlas eran mas raras. Si es cierto no levantaban la voz para beber mutuamente unos á la salud de otros, probaban á lo menos, mirándose y haciendo una inclinacion de cabeza al tiempo de levantar los vasos, que experimentaban el mismo placer en mitigar la sed y el apetito, y que este placer era mayor, puesto que no le partian con sus amigos y vecinos. Como la religion era el principal punto de sus pensamientos, vino á serlo tambien de su conversacion; y formando diversos conciliábulos, pusieron á discutir diversos puntos de doctrina con la metafisica mas sutil, á balancear el mérito de diferentes predicadores, á comparar los artículos de fe de varias sectas, corroborando con citas tomadas de la Escritura la que cada cual favorecia.

Dieron lugar estos debates á ciertas altercaciones que habrian ido mas allá de lo permitido por la decencia, sin la intervencion prudente del mayor Bridgenorth. Sofocó igualmente en su principio una disputa que se suscitó entre Gaffer Hodgeson de Charnelycot y

el reverendo señor Solsgrace, sobre la cuestion delicada de si tenían los legos derecho para predicar lo mismo que los ministros, y no creyó ni prudente, ni conveniente ceder á los deseos de algunos de entre los mas furibundos entusiastas de la sociedad, que deseaban se aprovecharan los demas del don que habian ellos recibido del Cielo para improvisar oraciones y homilias. Todos estos absurdos eran propios de la época, y sea que se originaran de la hipocresia ó del entusiasmo, tuvo el mayor bastante buen juicio para conocer no convenian ni al tiempo ni al lugar.

Fué tambien el que decidió á su compañía para que se retirara temprano, de modo que los Puritanos salieron del castillo mucho antes que sus rivales los Caballeros hubiesen llegado al apogeo de la alegría; esta disposicion causó el mayor gusto á lady Peveril, en razon de las consecuencias desagradables que hubieran podido seguirse si las dos compañías saliendo al mismo tiempo, se hubiesen encontrado

Era casi media noche cuando la mayor parte

de los Caballeros, es decir, los que se hallaban en estado de partir sin ayuda de vecino, volvieron á tomar el camino del pueblo de Martindale-Multrassie, aprovechando la claridad de la luna para impedir accidentes. Sus gritos y el estrivillo que cantaban á coros:

Cobrará el rey otra vez
La corona que perdió.

se dejaron oír con gusto de lady Peveril, que se reconoció muy consolada viendo concluida la fiesta sin contratiempo alguno.

Con todo eso, no se habian acabado enteramente las fiestas, porque los Caballeros que tenían calientes los cascos, hallando á unos aldeanos amontonados alrededor de una hoguera que habian encendido en la calle á causa de la festividad, se reunieron con ellos alegremente, y enviaron á las *Armas de Peveril*, en casa de Rogerio Raine, el mesonero de quien ya hemos hablado, para traer dos barriles de *buena pajaza*, como ellos llamaban á la cerveza doble, y les prometieron su poderoso auxilio para vaciarlos á la salud del rey y del

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enárbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento!
¿Quié en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados?
¿Qué gefe les inspiró
Por los combates amor?
De tal milagro es autor
La voz que una muger dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la

todos los convidados estaban de pie con el vaso en la mano, el brazo tendido, en silencio y la vista fija en sir Jasper. Resonando la voz del anciano caballero como el sonido de la trompeta de guerra, anunció el brindis por la salud del monarca restablecido en su trono; el brindis se repitió á coros por toda la asamblea, presurosa en hacer homenaje á su soberano: se siguió otro momento de silencio por la precision de vaciar los vasos; despues de lo cual se oyeron por todas partes alegres aclamaciones, que no solo hicieron temblar las vigas del techo, sino que se movieron las coronas de encina y flores que adornaban el aposento, como si estuviesen expuestas al aire. Observado este ceremonial, se comenzaron los honores á la buena comida que por su abundancia hacia crugir la mesa. Excitaban para este ataque por una parte la alegría, y la melodía por otra; porque se hallaban allí todos los trovadores del distrito quienes, como el clero episcopal se habian visto reducidos al silencio en el reino de los llamados santo durante la república.

La ocupacion de comer y beber, los brindis

recíprocos entre vecinos antiguos, en otro tiempo compañeros de armas en el momento de la resistencia y del padecer en el de la derrota, reunidos en fin con un motivo comun de felicitaciones, borrarón muy luego las causas leves del disgusto, que en el alma de algunos de entre ellos habia cubierto con una nube la serenidad del día, de modo que cuando lady Peveril entró, acompañada tambien de las dos criaturas y seguida de sus mugeres, fué recibida con las aclamaciones debidas á la señora del castillo, á la esposa del noble caballero, cuyo valor y perseverancia dignos de mejor éxito podian atestiguar la mayor parte de ellos.

El discurso que les dirigió fué corto y digno de una muger de su rango; pero le pronunció en tono de quien siente lo que dice, y por lo mismo penetró los corazones de todos; excusóse por haberse presentado tan tarde, recordándoles que se hallaban al mismo tiempo en el castillo de Martindale hombres que fueron antes sus enemigos, pero que felices acontecimientos ocurridos poco ha, los habian cambiado en amigos, y que por serlo de tan poco

tiempo, no se habia atrevido á omitir para con ellos ningun artículo del ceremonial. Pero que aquellos á quienes se dirigia entonces eran los mas estimados, los mas leales, los mejores amigos de la casa de su marido. A ellos y á su valor habia debido Peveril el feliz éxito que habia adquirido á ellos y á él tanta fama en aquellos tiempos de desgracias. Que particularmente á su valor debia ella la conservacion de su gefe, aun cuando no podia él mismo evitar una derrota. Algunas felicitaciones sobre el feliz restablecimiento de la autoridad real pusieron fin á su discurso; y saludando con gracia á sus convidados, se acercó un vaso á los labios, como para asegurarlos de la bienvenida que les daba.

Habia quedado aun por este tiempo, y sobre todo entre los antiguos Caballeros, cierta chispa del espíritu que á Froissart inspiraba, cuando decia que un caballero tenia doble valor sintiéndose animado por las miradas y la voz de una muger bella y virtuosa. La licencia sin limites del siglo, introduciendo un gusto por la destemplaza casi general hácia el rei-

nado, cuya aurora se manifestaba en el instante de que hablamos, degradó á las mugeres al extremo de no mirarlas sino como instrumentos del placer, y así quedó privada la sociedad de aquel sentimiento noble que inspira el bello sexo. Considerado este como un estímulo para las acciones buenas, es superior á todos los movimientos, exceptuando los de la religion y el patriotismo. Resonó el techo con las aclamaciones todavía mas ruidosas, mas prolongadas, que las oidas hasta entonces, y se proclamaron los nombres de Peveril del Pico y de su esposa en medio de los votos de todos por su felicidad y salud, al tiempo que tiraban á lo alto las gorras ó sombreros. Bajo tales auspicios, salió lady Peveril del aposento, dejando el campo libre al entusiasmo y alborozo.

Fácilmente puede concebirse cual era el gozo de los Caballeros, acompañado de aquellos brindis y chanzonetas, de aquella música instrumental y vocal, que fueron siempre y en cierto modo el alma de un divertido banquete en todos tiempos y países. El regocijo de los Puritanos tenia otro diferente caracter,

y era mucho menos estrepitoso. No habia ni músicas, ni canciones, no se permitian chanzas de ninguna especie, ni se echaba un sólo brindis. Y con todo eso no parecia que gozaban menos, á su modo, de las cosas buenas que la fragilidad humana, para servirnos de sus mismas expresiones, hace agradables al hombre exterior. El viejo Whitaker queria probar que, siendo ellos menos en número, consumieron tanto vino de Canarias y Burdeos como los convidados alegres reunidos en la sala. Pero los que conocian la prevencion del mayordomo contra los Puritanos se inclinaban á creer que, con el fin de probar este resultado, habia puesto en la cuenta de los Puritanos el total de sus libaciones personales, que no era de poca monta.

Sin dar crédito á un rumor esparcido por la maledicencia y parcialidad, diremos que por entonces, como en casi todas las ocasiones semejantes, lo raro del placer aumentaba su precio; y que cuantos hacian de la abstinencia, ó á lo menos de la moderacion, un principio religioso, gozaban tanto mas del gusto que infun-

de una reunion amistosa, cuanto las ocasiones de poder tenerlas eran mas raras. Si es cierto no levantaban la voz para beber mutuamente unos á la salud de otros, probaban á lo menos, mirándose y haciendo una inclinacion de cabeza al tiempo de levantar los vasos, que experimentaban el mismo placer en mitigar la sed y el apetito, y que este placer era mayor, puesto que no le partian con sus amigos y vecinos. Como la religion era el principal punto de sus pensamientos, vino á serlo tambien de su conversacion; y formando diversos conciliábulos, pusieron á discutir diversos puntos de doctrina con la metafisica mas sutil, á balancear el mérito de diferentes predicadores, á comparar los artículos de fe de varias sectas, corroborando con citas tomadas de la Escritura la que cada cual favorecia.

Dieron lugar estos debates á ciertas alteraciones que habrian ido mas allá de lo permitido por la decencia, sin la intervencion prudente del mayor Bridgenorth. Sofocó igualmente en su principio una disputa que se suscitó entre Gaffer Hodgeson de Charnelycot y

el reverendo señor Solsgrace, sobre la cuestion delicada de si tenían los legos derecho para predicar lo mismo que los ministros, y no creyó ni prudente, ni conveniente ceder á los deseos de algunos de entre los mas furibundos entusiastas de la sociedad, que deseaban se aprovecharan los demas del don que habian ellos recibido del Cielo para improvisar oraciones y homilias. Todos estos absurdos eran propios de la época, y sea que se originaran de la hipocresia ó del entusiasmo, tuvo el mayor bastante buen juicio para conocer no convenian ni al tiempo ni al lugar.

Fué tambien el que decidió á su compañía para que se retirara temprano, de modo que los Puritanos salieron del castillo mucho antes que sus rivales los Caballeros hubiesen llegado al apogeo de la alegría; esta disposicion causó el mayor gusto á lady Peveril, en razon de las consecuencias desagradables que hubieran podido seguirse si las dos compañías saliendo al mismo tiempo, se hubiesen encontrado

Era casi media noche cuando la mayor parte

de los Caballeros, es decir, los que se hallaban en estado de partir sin ayuda de vecino, volvieron á tomar el camino del pueblo de Martindale-Multrassie, aprovechando la claridad de la luna para impedir accidentes. Sus gritos y el estrivillo que cantaban á coros:

Cobrará el rey otra vez
La corona que perdió.

se dejaron oír con gusto de lady Peveril, que se reconoció muy consolada viendo concluida la fiesta sin contratiempo alguno.

Con todo eso, no se habian acabado enteramente las fiestas, porque los Caballeros que tenían calientes los cascos, hallando á unos aldeanos amontonados alrededor de una hoguera que habian encendido en la calle á causa de la festividad, se reunieron con ellos alegremente, y enviaron á las *Armas de Peveril*, en casa de Rogerio Raine, el mesonero de quien ya hemos hablado, para traer dos barriles de *buena pajaza*, como ellos llamaban á la cerveza doble, y les prometieron su poderoso auxilio para vaciarlos á la salud del rey y del

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enarbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento!
¿Quién en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados?
¿Qué jefe les inspiró
Por los combates amor?
De tal milagro es autor
La voz que una mujer dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enarbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento!
¿Quién en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados?
¿Qué jefe les inspiró
Por los combates amor?
De tal milagro es autor
La voz que una mujer dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la

tenian habituada. En este intermedio, mistress Ellesmere, muger de quien se hacia en el castillo la mayor confianza, y que se tomaba mucha autoridad en ausencia de su ama, dió orden á Debora, aya de los niños, para que los llevase luego al parque á tomar el aire, y que no dejara entrar á nadie en la sala dorada, donde por lo regular jugaban. Debora, que se rebelaba con frecuencia, y algunas veces quedando encima, se encaprichó en que amenazaba llover, y decidió, contra los poderes delegados á mistress Ellesmere, ser la sala dorada un sitio mejor para los niños que el jardin, cuya yerba debia estar aun llena de rocío. Pero las resoluciones de una muger son algunas veces tan versátiles como las de una asamblea popular; y, despues de haber sentido que la mañana estaria lloviosa, y que era mejor jugaran los niños en la sala dorada, pensó, sin mirar se contradecia á si misma, que á ella le convendria mejor pasear por el parque. Es verdad que, aprovechándose de la alegría de la fiesta del dia precedente, habia bailado hasta media noche con Lance-Outram, el jo-

ven guarda-bosque; pero estamos muy distantes de querer decidir si cuando ella le vió pasar por debajo de la ventana con vestido de caza, con la pluma en el sombrero y la balleta al hombro, pudo esta vista obrar algun cambio en la opinion que habia formado con respecto al tiempo. Bastaríanos decir que al momento de volver la espalda mistress Ellesmere, Debora llevó los niños á la sala dorada, encargó á Julian (porque se le debe hacer justicia) tuviera mucho cuidado con su mugercita Adelaida; y despues de una precaucion tan satisfactoria, los dejó y se escurrió al parque por la puerta vidriera de la dispensa, practica da en frente de la brecha grande.

La sala dorada donde los niños, segun esta disposicion, abandonados á sí mismos para divertirse como gustasen, y sin otra salvaguardia que el sexo de Julian, era un cuarto grande cuyas paredes estaban cubiertas de cuero dorado de España, tapiceria, cuya moda no se conoce en nuestros dias, y que representaba justas y combates entre los Sarracenos de Granada y los Españoles, vasallos del rey Fer-

uando y de la reina Isabel, durante aquel sitio memorable concluido con la destruccion definitiva de la dominacion de los Moros en España.

Corria Julianito por la sala para divertir á su amiguita y recrearse tambien al mismo tiempo, armado con una varita, é imitando con ella las actitudes de los Zegries y Abencerrages representados en la tapicería, arrojando el dgerid ó javalina del Oriente. Sentábase algunas veces junto á ella acariciándola para volverla su buen humor, cuando se fastidiaba de ser mera espectatriz de las diversiones de su joven compañero. Vió de repente levantarse una parte de la tapicería; un tablero del ensamblado se corrió sobre el inmediato al impulso de una bella mano y dedos lindos, que, apoyados en él, trabajaban por correrle mas. Julian se sorprendió y aun asustó de lo que veia, porque las historias que le habia contado su aya habian grabado temprano en su imaginacion el terror del mundo invisible. Con todo eso, naturalmente atrevido y animoso, el joven campeon se puso delante de la niña blandiendo el arma que tenia en la mano, co-

mo para defenderla, y mostrando tanta resolucion como si fuera un Abencerrage.

El tablero en que tenia fija la vista seguia corriéndose, y mostraba mas y mas la persona de quien era la mano. En fin, por entre la abertura, vieron una muger vestida de luto, de mediana edad, pero cuyas facciones presentaban aun el resto de una gran belleza, aunque los caracteres particulares de su fisonomia y de todo su exterior tuviesen un aire de dignidad poco menos que real. Paróse un momento en el quicio de la puerta que acababa de abrir de un modo tan imprevisto, mirando con sorpresa á los niños en quienes probablemente no habia reparado, cuando trataba de correr el tablero; entró en el cuarto despues de haber tocado un resorte que hizo cerrar esta puerta secreta tan bruscamente, que Julian casi dudaba hubiera estado alguna vez abierta, y estuvo por creer que todo lo que veia no era mas que una ilusion. Adelantóse hácia él la dama con un aire magestuoso, diciéndole :

—¿No eres tú Peveril el chico?

—Sí, respondió Julian avergonzado, y obe-

deciendo ya sin embargo de su tierna edad al principio de la caballería que prohíbe negar su nombre á vista de cualquier riesgo que se pueda correr por declararle.

— Pues entonces, replicó la extranjería, ve al cuarto de tu madre, y dila que venga para hablarme al instante.

— No iré, respondió el niño.

— ¡Cómo! exclamó la dama: ¡tan joven y tan desobediente! pero no haces mas que seguir el espíritu del tiempo... ¿por qué no quieres hacerme este favor, lindo niño mío?

— Iria de buena voluntad, señora, respondió Julian; pero... y no atreviéndose á decir mas, se retiraba hácia atrás segun que se acercaba la dama, teniendo de la mano á Adelaida Bridgenorth, quien, muy niña todavía para entender este diálogo, se acercaba temblando á su joven compañero.

La extranjería vió su turbacion, se sonrió, y parándose, le preguntó otra vez:

— ¿De qué temes, hijo mío? ¿Por qué no quieres dar el recado á tu madre?

— Porque si yo salgo, respondió Julian con firmeza, debo dejar á Adelaida con vm.

— Tú eres un buen muchacho, dijo la dama, y no desacreditarás tu linage, que jamas dejó al debil sin proteccion.

Julian no la comprendía bien, y miraba inquieto y temeroso, tan pronto á quien le hablaba de este modo, como á su compañerita, cuyos ojos se volvian á la dama desconocida y á su joven protector. En fin, espantada la niña del temor que Julian, á pesar de sus esfuerzos magnánimos, no podia disimular enteramente, se echó en los brazos de su compañero, aumentó sus inquietudes con las que padecía ella misma, y resultó, que, gritando con toda su fuerza, llegó el contagio del miedo á Julian, quien no pudo menos de hacer otro tanto.

Es verdad que se advertia en los modales de esta desconocida algo que podía justificar sino el terror, á lo menos una especie de temor, sobre todo segun el modo misterioso é inesperado de su llegada. Sus vestidos, que nada tenian de particular, eran parecidos á los que las mu-

geres de clase mediana llevaban entonces para montar á caballo; pero sus cabellos negros eran muy largos, y los muchos rizos que le salían por debajo de la capucha, le caían por los hombros. Tenía los ojos negros, vivos y penetrantes, y anunciaban sus facciones un origen extranjero. Cuando hablaba, se advertía en su voz un leve acento extranjero, aunque se explicaba en inglés con mucha pureza. Sus gestos, al parecer, eran de una muger acostumbrada á mandar y ser obedecida. Y el recuerdo de todo esto sugirió á Julian la excusa que alegó despues para justificarse de haberse dejado atemorizar, diciendo que se le había figurado una reina encantada.

En tanto que la extranjería y Julian se examinaban de esta suerte, entraron dos personas casi al mismo instante, pero por dos distintas puertas, y la prisa con que venían probaba que habían acudido á los gritos de los dos niños.

La primera fué el mayor Bridgenorth, alarmado por los gritos de Adelaida, cuando entraba por el portal inmediato á la sala dorada.

Su intencion había sido esperar en el salon á que bajase lady Peveril; venía para asegurarla que la fiesta del dia precedente se había pasado, en todo sentido, del modo mas gustooso para todos sus amigos, y que no había habido motivo para temer aquellas consecuencias alarmantes que podían resultar del contacto de dos partidos en otro tiempo contrarios. Pero trayendo á la memoria tantos temores como le habían agitado por la salud y aun por la vida de su hija, temores bastante justificados por la pérdida que había padecido en sus demas hijos, no se extrañará que los gritos de Adelaida le hubiesen hecho olvidar la etiqueta del uso, y que le hiciesen penetrar á lo interior de la casa y mas adelante de lo que las reglas del ceremonial le habrían permitido en cualquier otra ocasion. Precipitose pues á la sala dorada, donde entró por una puerta de costado, despues de haber atravesado un corredor estrecho, que iba á dar al recibimiento de estos cuartos; y tomando á su hija en los brazos, procuró, á fuerza de caricias, acallarla, pero cada vez gritaba mas fuer-

le, cuando se vió en los brazos de un hombre cuya voz y facciones apenas conocia, y que, pocos días antes, habia sido para ella extranjero.

Los gritos en aumento de Adelaida produjeron el mismo efecto en Julian, quien, al ver la llegada de este recién venido, abandonó toda idea de defender á su compañera de otro modo que con gritar cuanto permitian sus pulmones para implorar socorro.

Alarmada en fin lady Peveril, cuyo cuarto comunicaba con la sala dorada por una escalera secreta, se mostró á su turno en la escena. Luego que ella se presentó, desprendiéndose Adelaida de los brazos de su padre, volvió á los de su protectora, y luego que tomó la falda de su vestido, no solo dejó de gritar, sino que volvió los grandes ojos azules, y brillantes con las lágrimas hácia la dama extranjera con una especie mas bien de sorpresa que de temor. Julian, levantando su varita, que habia conservado todo el tiempo de su sobresalto, se puso al lado de su madre, como si hubiese tratado de aprontarse á su socorro, si el en-

cuentro con la desconocida la expusiese á un peligro.

En realidad, una persona de mas edad que él hubiera experimentado alguna turbacion para explicar el aire confuso y embargado con que lady Peveril miraba á la señora que la visitaba tan sin pensarlo, como si tratase de reconocer en las facciones todavia muy bellas, aunque comenzando á decaer, las de una persona á quien habia conocido en circunstancias bien diferentes.

Pareció que la extranjera llegó á penetrarse del motivo que hacia titubear al ama de casa, porque la dijo con aquella voz imperiosa que, al parecer, la pertenecia exclusivamente:

—El tiempo y los infortunios me han mudado mucho, asi me lo manifiestan todos los espejos. Sin embargo creia yo que Margarita Stanley podria conocer á Carlota de la Tremouille.

No tenia lady Peveril la costumbre de abandonarse á conmociones repentinas; pero esta vez no pudo disimular la que sufría. Púsose de rodillas en un éxtasis de gozo y pesa-

dumbre, y abrazando las de la extranjera, dijo con voz trémula :

— ¡Mi venerada y noble protectora, condesa de Derby, soberana de la isla de Man! ¡Cómo he podido yo desconocer ni por un instante vuestra voz y facciones. ¡Ah! perdonadme, perdonadme.

La condesa levantó á la parienta de su marido con el decoro y gracia de quien, como ella, estaba habituada, desde su nacimiento, á recibir homenajes y á conceder su protección. Besó en la frente á lady Peveril, y la pasó la mano por la cara con cierta especie de familiaridad.

— Vm. está tambien cambiada, bella prima mia, la dijo ella; pero es un cambio que sienta bien. En lugar de la niña bonita, que yo he conocido, vuelvo á encontrar una muger graciosa y respetable. Pero mi memoria, que tuve por buena en otro tiempo, me engaña de un modo extraordinario si yo veo en este caballero á sir Geoffrey Peveril.

— No, señora, es un vecino, respondió lady Pe-

veril, un buen vecino; sirGeoffrey está en la corte.

— Esto fué lo que oí decir ayer cuando llegué, dijo la condesa de Derby.

— ¡Cómo, señora! exclamó lady Peveril, ¿habeis entrado ayer en el castillo de Martindale, en la casa de Margarita Stanley, donde tenéis tantos derechos para mandar, sin anunciaros?

— ¡Oh! yo sé muy bien que vm. es súbdita mia de las mas sumisas, Margarita, aunque sea esto cosa rara en nuestros dias, dijo la condesa; pero nuestra voluntad, añadió ella sonriéndose, era viajar incógnito, y sabiendo tenia vm. una gran reunion, no hemos querido incomodarla con nuestra real presencia.

— Pero, ¡cómo! ¿dónde habeis estado alojada, señora? preguntó lady Peveril. ¿Por qué habeis tenido en secreto una visita que hubiera duplicado el placer de tantos servidores fieles del rey como ayer se reunieron en el castillo?

— Ellesmere, su Ellesmere de vm. hoy, porque antes era mia, cuidó de alojarme. Ya sabe

vm. que ha hecho ella en otro tiempo las veces de camarera mayor y en una esfera mas vasta. Es necesario que la tenga vm. por excusada. Habia recibido mis órdenes positivas de alojarme en el cuarto mas secreto del castillo; y en esto señaló la condesa con el dedo el tablero movedizo del ensamblado. En esto cumplió mi orden, y probablemente en invitar á vm. para venirme á buscar.

— No la he visto aun esta mañana, señora; por consecuencia me ha cogido de improviso una visita tan honorífica como gustosa.

— Y yo tambien me he sorprendido de hallar estas dos lindas criaturas en este cuarto, donde creía haber sentido á vm. andar. Nuestra Ellesmere se ha hecho descuidada. Su indulgencia de vm. la echó á perder, Margarita. No está tambien enseñada como cuando la tenía yo á mis órdenes.

— La he visto entrar en el parque poco tiempo ha, sin duda en busca de la persona encargada de cuidar los niños, y para decirla los llevara fuera de esta sala.

— Sin duda son de vm. estos niños, Margari-

ta? LaProvidencia ha bendecido su matrimonio.

— Este es mi hijo, respondió lady Peveril, presentando á Julian, que oia con el mayor cuidado esta conversacion; y en cuanto á esta niña tambien puedo decir que soy su madre.

Habia tomado el mayor en brazos á Adelaida para acariciarla; pero al oir lo que dijo la condesa Derby, la puso en tierra, y suspirando se avanzó hácia la ventana gótica. Sabia muy bien que la cortesía le mandaba retirarse, ó al menos que manifestara el deseo; pero no gustaba de cortesía con ceremonia, y la materia sobre que parecia probable se volviese la conversacion de la compañía, era para él de tanto interés, que se persuadió dispensado de toda etiqueta. Al parecer las dos damas no le observaban, y habiendo tomado un sillón la condesa de Derby, hizo seña á lady Peveril para que tomase asiento á su lado en un taburete.

— Hablaremos de los tiempos antiguos, dijo ella, aunque vm. no tenga ya que temer la obliguen los fusiles de los rebeldes á refugiarse en mi casa.

— Yo tengo un fusil, señora, dijo Julianito,

y el guarda bosque debe enseñarme á tirar el año que viene.

— Muy bien, yo te admitiré en mi servicio como soldado, dijo la condesa.

— Las mugeres no tienen soldados, dijo Julian, mirándola con atencion.

— Desprecia nuestro sexo como todos los del suyo. Este desprecio nace con aquellos amos insolentes del género humano, y comienza por dejarse ver cuando se quitan las sayas. ¿Habló á vm. alguna vez Ellesmere de Latham-House y de Carlota, condesa de Derby, amiguito mio?

— Mil y mil veces respondió el niño con los colores al rostro; y me dijo que la reina de la Isla de Man, la defendió seis semanas contra tres mil cabezas Morondas, mandadas por Rogue Harrisson, el cortador.

— Su madre de vm. ha defendido á Latham-House, soldadito mio, dijo la condesa, pero no yo. Si hubieras tú estado allí, habrias sido el mejor capitan de los tres.

— No hable vm. así, señora, repuso el niño. mamá no tocaria un fusil por el mundo entero.

— Tienes razon, Julian, dijo su madre. Es verdad que yo estaba en Latham-House, pero yo formaba una parte inutil de la guarnicion.

— No se olvide vm. dijo la condesa, de los servicios que ha hecho á nuestro hospital dándole hilas, y cuidando de nuestros soldados heridos.

— Pero no vino por fin á darle auxilio, papá, preguntó Julian.

— Sí, respondió la condesa; papá vino al fin, y tambien el principe Ruperto; pero creo que no vinieron hasta que se hicieron desear largo tiempo. ¿No se acuerda vm., Margarita, de la mañana en que los Cabezas-Morondas, que tanto tiempo habia nos sitiaban, se retiraron sin trompeta ni tambor, y abandonando todo su bagage, luego que vieron en lo alto de la montaña los estandartes del principe? Cada uno de los capitanes, cubierto con un hermoso casco, que vm. veia de lejos, pensaba vm. que era Peveril del Pico con quien habia vm. bailado tres meses antes en el baile de la reina. No debe vm. avergonzarse por esto, Margarita, era un amor honesto; y aunque le haya acom-

pañado en la capilla vieja medio destruida por las balas del enemigo el sonido de las trompetas guerreras; aunque el principe Ruperto dió á vm. la mano para llevarla al altar, de bandolera y con las pistolas al cinto, ¿me puedo lisongear de que todos estos signos de guerra no fueron presagios de discordia conyugal?

— El cielo me ha tratado con indulgencia, dijo lady Peveril, concediéndome tan buen marido.

— Y en conservársele, añadió la condesa con un profundo suspiro; en tanto que ha sellado el mio con su sangre su amor al rey. ¡O si hubiera vivido para ver un dia tal.....!

— ¡Ah, respondió lady Peveril, que no lo ha permitido el cielo!; Cuanto se hubiera alegrado del término inesperado de nuestro cautiverio!

La condesa miró como sorprendida á lady Peveril.

— ¿No sabe vm. pues, prima, en qué situación se halla hoy nuestra casa?; Cuanto se

hubiera sorprendido mi noble esposo si hubiese llegado á saber que este mismo monarca por quien ha vertido él su sangre en el cadalso de Bolton-le-moor, completaria la ruina de nuestra fortuna poco menos que destruida en servicio suyo, y perseguiria en mí á la viuda de un partidario tan fiel!; Como se admiraria si se le hubiera dicho que estos mismos serian los primeros actos de la restauracion de Carlos!

— Me admiro de oír á vm., señora, es imposible que vm., siendo viuda del mas valiente, y de uno de los mas leales vasallos del rey, condesa de Derby y soberana de la isla de Man; vm. que ha llenado los deberes del soldado cuando tantos hombres hacian el papel de mugeres, experimente desgracias á consecuencia de un suceso que colma los votos de todos los buenos Ingleses. ¡Vaya! es imposible.

— Veo, mi querida prima, que vm. no adelantó mucho en el conocimiento del mundo. Esta restauracion que aseguró la libertad de los demas me ha puesto en peligro. Este cambio tan feliz para los otros realistas, que, me atrevo á gloriarme, no han podido mostrar mas celo

por su amo, me obliga á venir á su casa como fugitiva y á pedirle socorros y un retiro.

— Vm. señora, cuya benevolencia se dignó conceder asilo á mi juventud, vm. cuyo noble marido había escogido al mio por compañero de armas, tiene vm. derecho para mandar aquí. Pero, ¿estamos en el caso de que le sean necesarios los febles socorros de que puedo yo disponer! Perdonad, esto es para mí como una vision infausta del sueño. Oigo lo que vm. dice como si esperara consolarme al despertar de la impresion dolorosa que me causan.

— Ciertamente esto es un sueño, una vision; pero no es preciso ser un diestro adivino para explicarle. Tiempo hace que se explicó: — No confies en los principes. — Además yo puedo hacer que cese bien pronto su sorpresa. Este caballero, su amigo, ¿es sin duda un hombre honrado?

Lady Peveril sabia que los Caballeros, como lo hacen todas las facciones, se atribuian exclusivamente la denominacion de *hombres honrados*; y encontraba cierta dificultad en expli-

car á la condesa, que el mayor no era *hombre honrado* precisamente segun este sentido.

— ¿No seria mejor, señora, que nos fuésemos á otro cuarto? dijo ella levantándose como en accion de seguirla, pero la condesa se quedó en su silla.

— Hice á vm. esta pregunta por hábito que tengo contraido; los principios de este caballero me son muy indiferentes; porque lo que tengo que decir á vm. es ahora cosa ya sabida, y me importa poco que él lo entienda. Vm. se acuerda, y debe saberlo, porque Margarita Stanley no puede haber estado indiferente á vista de mi destino, que despues del asesinato de mi esposo en Bolton, yo volví á levantar el estandarte que no dejó él caer hasta su muerte, y que le enarbolé en nuestra soberania de la isla de Man

— Lo he sabido, señora, y que vm. habia tenido la noble osadía de desafiar al gobierno rebelde, aun cuando todas las demas partes de la Gran Bretaña se habian sometido á él. Mi marido, Sir Geoffrey, tenia intencion de ir á sacórrer á vm. con algunos de sus vasallos,

cuando supimos que la isla se había rendido al parlamento, y que había sido presa.

— Pero vm. ignora lo que causó este desastre, Margarita. Hubiera disputado á esos salteadores la posesion de mi isla hasta que se hubiera secado el mar que la rodea; hasta que los escollos que la cercan se hubiesen transformado en buenos anclages; hasta que las rocas que le sirven de cinturón se hubieran derretido con los rayos del sol; hasta que no hubiese quedado piedra sobre piedra de mis castillos y fortalezas. Si, hubiera yo defendido hasta entonces los dominios hereditarios de mi esposo contra esos rebeldes hipócritas; no les hubiera pertenecido el reinecito de Man sino cuando no hubiese quedado un brazo para levantar una espada, un dedo para tirar un mosquete. Pero la traicion hizo lo que la fuerza no hubiera podido efectuar. La traicion realizó lo que Blak y Lawson, con sus castillos flotantes, habían reconocido demasiado casual. Un vil rebelde, alimentado en nuestro seno, nos entregó á nuestros enemigos; ese miserable se llamaba Christian.

El mayor Bridgenorth se estremeció al oír este nombre, y se volvió hacia la que acababa de nombrarle. Pero al mismo instante, y como á efecto de reflexion, volvió á la actitud que antes tenia, é hizo como que se asomaba á la ventana. La condesa no advirtió este movimiento, pero no se le escapó á lady Peveril, que se sorprendió tanto mas al ver esta expresion de un interés tan pronunciado, cuanto que conocia ella su hábito general de indiferencia y apatía. Hubiera querido invitar de nuevo á lady Derby á pasar á otro cuarto, pero continuaba esta señora la conversacion con demasiado ardor para permitir se la interrumpiese.

— Este Christian, dijo ella, habia comido el pan y bebido el vino de mi esposo, de su soberano, desde su infancia, porque sus padres habian sido fieles servidores de la casa de Man y Derby. Habia combatido él mismo con valor al lado del conde, y gozado de toda su confianza. Cuando mi esposo recibió los honores del martirio de la mano de los rebeldes, me recomendó, entre otras instrucciones cou-

tenidas en la última carta que me escribió, continuase dispensando mi confianza á la fidelidad de Christian. Yo le obedeci; aunque nunca me gustó este hombre; era frío, flemático, enteramente desposeído de aquel fuego sagrado que impele á las nobles acciones, y sospechoso de tener una inclinacion oculta por las sutilezas metafísicas del calvinismo. Pero era valiente, prudente, muy experimentado, y, como lo probó el suceso, tenia demasiado crédito entre nuestros insulares. Cuando se vieron estas gentes groseras sin esperanzas de socorro, y oprimidas por un bloqueo que habia introducido en la isla el apuro y dolencia, comenzaron á mostrarse menos firmes en la fidelidad de que nos habian dado pruebas hasta entonces.

— ¡Qué! exclamó lady Peveril, ¿han podido olvidar lo que debian á la viuda de su bienhechor, á la que habia tomado parte con el generoso Derby en el cuidado de mejorar su condicion?

— No los culpe vm., respondió la condesa, no han hecho mas que obrar segun lo que son

por naturaleza, el apuro presente hizo á estas gentes olvidar los beneficios pasados. Habitantes de viles chozas, y con un talento conforme á sus paredes de tierra, eran incapaces de conocer la gloria que lleva consigo la constancia en la adversidad. Pero que Christian haya sido gefe de esta insurreccion, él nacido en una clase honrada de la sociedad, él educado por el mismo Derby con sentimientos nobles, segun principios caballerescos; que haya olvidado mil beneficios... ¿y por qué hablar de beneficios? que haya olvidado aquellas tiernas relaciones que unen al hombre con mayor fuerza que la reciprocidad de obligaciones; que se haya puesto á la cabeza de los malvados que violentaron las puertas de mi aposento; que me haya él encerrado con mis hijos en uno de mis castillos; que se haya hecho dueño, tirano de mi isla; que William Christian, mi vasallo, mi servidor, mi amigo, haya hecho todo esto, es un acto de ingratitud y perfidia, de que este siglo mismo, este siglo de traiciones, no presenta segundo ejemplo.

—¿Y os han puesto presa en vuestra misma soberanía?

—He sufrido siete años un estrecho cautiverio. Me ofrecieron ciertamente la libertad y algunos medios de existencia, si yo consentía en dejar la isla, y dar mi palabra de que no intentaría reintegrar á mi hijo en los derechos paternales; pero ellos no sabían lo que era la casa ilustre de la Tremouille, cuya sangre corre por mis venas, ni la casa real de Stanley, á la que tengo dados descendientes, los que se lisongeaban humillarme al punto de hacerme consentir en una tan vergonzosa transacion. Hubiera preferido perecer aniquilada en el mas húmedo y sombrío de los calabozos del castillo de Rushin, antes que abandonar el mas mínimo derecho de mi hijo á la soberanía.

—¿Y toda su firmeza de vñ. en un momento en que toda esperanza se habia perdido al parecer, no pudo determinarlos á mostrarse generosos, y darle la libertad sin restriccion?

—Ellos me conocen mejor que vñ., prima; una vez puesta en libertad, no hubiera estado

mucho tiempo sin hallar los medios de inquietarlos en su posesion usurpada; y Christian hubiera roto las barras de la jaula de una leona para combatirla antes que dejarme la menor probabilidad de volver contra él á la carga. Pero el tiempo me tenia reservadas la libertad y la venganza; tenia yo aun amigos y partidarios en la isla, aunque se vieron forzados á ceder visto el furor de la tempestad; en general, los mismos insulares habian reconocido que se engañaron en las esperanzas que les habia hecho concebir un cambio de señor; gemian bajo el peso de mil exacciones; sus privilegios se habian abolido, so pretexto de ponerlos al nivel de los otros súbditos de la llamada república. Cuando se recibió allí la noticia de la revolucion que acaba de hacerse en Inglaterra, hallaron el medio de darme á conocer lo que pensaban; y una insurreccion tan repentina, tan irresistible como la que me habia hecho cautiva, me puso en libertad, y me volvió la soberanía de la isla de Man, con el titulo de regente por mi hijo, el conde de Derby. ¿Cree vñ. que una vez restablecida en mis derechos,

tardé mucho tiempo en hacer justicia con el traidor Christian?

— ¿Cómo, señora, dijo lady Peveril, quien aunque conocía el espíritu ambicioso y emprendedor de la condesa, apenas se podía imaginar hasta qué extremo era capaz de llevarle, le mandó vm. prender?

— Sí, prima, en aquella cárcel tan segura de donde ningún traidor puede escaparse.

Bridgenorth, que poco á poco se había ido acercando á ellas, y que las oía con interés y pena, no pudo contenerse mas, y exclamó con viveza:

— ¿Pienso, señora, que vm. no se atrevió?...

La condesa le interrumpió también.

— Yo no conozco á vm., á vm. que se toma la licencia de preguntarme; y vm. no me conoce tampoco cuando me habla de lo que me atrevo ó no me atrevo á ejecutar; pero, supuesto que, al parecer, tiene vm. interés en ese Christian, va vm. á saber lo que fué de él. Luego que volví á la posesión de mi autoridad

legítima, mandé al *Doomster** de la isla pusiese al traidor ante un tribunal superior de justicia, conformándose con todas las formas prescritas por las antiguas costumbres de Man. Se celebró la sesión del tribunal á cielo raso; los jueces y asesores estaban sentados en sillas tallados en la roca, se le oyó al criminal su defensa, que toda se fundó en aquellos alegatos especiosos á favor del bien público, de que la traición se sirve para ocultar su rostro hediondo. Se le convenció plenamente de su crimen, y fué condenado á sufrir la suerte de los traidores.

— Pero, ¿yo pienso que esa sentencia todavía no está ejecutada? exclamó lady Peveril estremeciéndose sin querer.

— ¡Vm. es una loca, Margarita, replicó la condesa con algo de aspereza; ¿me cree vm. mujer capaz de haber esperado á practicar un acto de justicia, para que alguna intriga miserable hubiese determinado al nuevo tribunal de Inglaterra á mezclarse en este asunto? No, prima,

* El juez de lo criminal. — Ed.

pasó desde el tribunal al sitio donde debia verificarse la ejecucion, sin mas dilacion que la necesaria para la salvacion de su alma. Se le fusiló en el patio del castillo de Peel.

Aquí Bridgenorth juntó las manos, se torció los brazos y dió un profundo gemido.

— Como parece que vm. se toma interés por este criminal, añadió la condesa volviéndose hacia él, diré á vm. para hacerle justicia, que murió con valor y firmeza, de un modo digno de su vida pasada, que habia sido muy honrada é irrepreensible hasta este acto de ingratitude y traicion. ¿Pero qué importa todo esto? El hipócrita es un santo, el traidor un hombre de honor, hasta que la ocasion, cual piedra de toque, califica los viles metales de que se componen.

— ¡Eso es falso! ¡enteramente falso! exclamó Bridgenorth, no pudiendo ya contener su indignacion.

— ¿Qué conducta es esa, señor Bridgenorth? dijo lady Peveril muy sorprendida. ¿Qué interés tan grande es el que toma vm. por ese

Christian, para insultar en mi casa y de ese modo á la condesa de Derby?

— No hablemos mas ni de condesa ni de miramientos de ceremonia, exclamó Bridgenorth. El dolor y el enojo no tienen tiempo de pararse en puerilidades; para satisfacer la vanidad de niños grandes. ¡O Christian! Digno y muy digno del nombre que tenias*, ¡amigo mio! ¡hermano mio! ¡hermano de mi difunta y santa Adelaida! tú fuiste asesinado por una furia, que, si por tí no fuera habria pagado con su sangre la de todos los santos sacrificados por ella y el tirano de su marido. — Si, asesino cruel; añadió dirigiéndose á la condesa, ese á quien has asesinado en la sed ardiente de tu vengauza, ha sacrificado por bastantes años, el grito de su conciencia al interés de tu familia, y no te abandonó hasta que tu celo frenético por la monarquia casi habia causado la ruina entera de la isla en que habia nacido. Encerrándote en tu castillo fuerte, no hizo sino lo que hacen los amigos de un furioso, que le

* La palabra christian que significa cristiano es tambien nombre propio en Inglaterra.— Ed.

encadenan para impedirle que atente contra su vida. Yo puedo testificar que, á no habersido por labarrera que levantó entre tu persona y el justo resentimiento de los comunes de Inglaterra, sin las súplicas enérgicas que hizo él en favor tuyo, hubieras sufrido el castigo de tu rebel- dia, como la detestable muger de Acab.

— Señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, puedo perdonar algo en consideracion á la pena que vm. padece al oír esta noticia infausta; pero es tan inútil como poco regular el discurrir mas tiempo sobre semejante materia. Si su pesadumbre le hace á vm. olvidar los demas motivos que deberian indicarle otra conducta muy diferente, suplicó á vm. tenga presente que la condesa de Derby está en mi casa, que es parienta mia, y que tiene derecho á toda mi proteccion. Yo, pues, le pido á vm. en corte- sia me haga el favor de retirarse; es lo mejor que puede hacer en este momento de dolor.

— No, que se quede, dijo la condesa mirán- dolo con calma y como en tono de triunfo. No quisiera que obrara de otro modo; no quisiera se limitase mi venganza á la miserable satis-

faccion causada por la muerte de Christian, los clamores groseros de este hombre me prue- ban que el castigo que yo he impuesto no le sentirá solo el que le ha sufrido. Me alegraria saber que ha traspasado otros tantos corazones rebeldes, como el asesinato de mi digno Derby affligió corazones fieles.

— Pues que el mayor Bridgenorth no es tan cortes que se retire cuando se lo pido, dijo lady Peveril, le dejaremos nosotras en este cuarto, señora, y pasaremos al mio, si vm. gusta. A Dios, señor Bridgenorth, me alegraré volverle á ver de mejor humor.

—Perdone vm., señora; dijo el mayor que se habia paseado de prisa por la sala, pero que se paró entonces, y reponiéndose como quien acaba de tomar resolucion, dijo;— Jamas hablaré á vm. sino con el mayor respeto, pero debo ha- blar á esta muger como magistrado. Acaba de confesar en mi presencia que cometió un ase- sinato, el de mi hermano politico. Como hom- bre, como magistrado, no debo permitir salga de aqui, sino bien escoltada; ya dijo antes que era fugitiva y que trataba de ocultarse: yo de-

bo impedir que se huya, y no tome asilo en pais extranjero. Carlota, condesa de Derby, yo os prendo como criminal del delito de que acabais de alabaros.

— No me someteré yo á ese mandato, respondió la condesa sin alterarse nada; yo he nacido para dar órdenes y no para recibir las. ¿Qué tienen que ver vuestras leyes inglesas con los actos de mi gobierno en el reino hereditario de mi hijo? ¿No soy yo reina de Mantantó como condesa de Derby? Soberana, feudataria ciertamente, pero independiente en tanto que yo rinda fe y homenaje. ¿Qué derecho podeis vos reclamar sobre mí!

— El derecho que da el precepto de la escritura, replicó Bridgenorth. — El que derrama la sangre de su prójimo verá derramar la suya.

— No penseis puedan guareceros privilegios bárbaros y antiguas costumbres feudales, de la pena en que habeis incurrido, habiendo asesinado á un inglés por motivos á que era aplicable el acta de amnistia.

— Señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, si no puedo hacerle á vm. renunciar el proyecto

que parece ha concebido, hago saber á vm. que no permitiré se cometa exceso alguno ni violencia contra esta respetable señora en el recinto de los muros del castillo de mi marido.

— Se hallará vm., señora, imposibilitada de impedirme el ejercicio de mi deber, dijo Bridgenorth, cuya natural obstinacion venia en auxilio de su resentimiento y deseo de venganza; soy magistrado y obro como tal.

— Eso es lo que yo no sé, señor Bridgenorth, respondió lady Peveril. No ignoro que vm. era magistrado de las autoridades usurpadoras que antes gobernaban el pais; pero hasta que yo sepa tiene vm. esta comision á nombre del rey, no me parece debo reconocerle como tal.

— No discutiré esta vana cuestion, señora, replicó el mayor. Aunque no fuera yo magistrado, cualquiera tiene derecho de prender á un culpable de asesinato, en desprecio de las proclamas de amnistia publicadas por el rey; y nadie me impedirá que lo haga.

— ¿Qué amnistia? ¿qué proclama? exclamó la condesa con indignacion. Carlos Estuardo pue-

de si lo tiene á bien, y parece que si con efecto, admitir cerca de su persona gentes todavía manchadas con la sangre de su padre y de sus mas fieles vasallos, y que rebosan en riquezas ganadas por el pillage, puede perdonarlos si le agrada, y contar sus delitos como servicios leales. ¿Qué relacion puede tener todo esto con el crimen cometido por ese Christian contra mí y los míos? Nacido, criado, y domiciliado en la isla de Man, ha violado las leyes del pais en que vivía, ha sido por ello castigado, despues de juzgado por estas mismas leyes. Me parece, Margarita, que ya hemos recibido bastante tiempo la visita de este insolente como insensato magistrado. Voy con vm. á su cuarto.

El mayor Bridgenorth se puso entre ella y la puerta, de modo que mostraba su resolucion para estorbarle el paso. Lady Peveril, pensando que ellá le habia testificado en esta ocasion mas condescendencia de lo que probablemente aprobaria su marido, levantó la voz y llamó á Whitaker. El viejo intendente, que habia oido hablar alto, y distinguido una voz

de muger que pudo reconocer estaba ya algunos minutos antes en la antesala, impaciente por satisfacer su curiosidad. Se puede pensar bien que debió entrar al instante.

— Que tomen las armas tres de mis gentes, dijo lady Peveril; que vengan á la antesala, y esperen mis órdenes.



CAPITULO VI.

Si, le tengo á vm. ya preso ;
Su carcel será mi cuarto ,
É yo mismo el carcelero.
El capitan.

Se acordaba tan mal la orden que acababa de dar lady Peveril, con su dulzura natural, que al oirla se sorprendió el mayor Bridge-
north. ®

—¿ Qué quiere decir eso, señora ? la preguntó él. Me creia bajo el techo de un amigo.

— No se engañaba vm. en eso, señor Bridgenorth, respondió lady Peveril sin perder un instante el tono sôsegado y de dulzura que tenia naturalmente; pero es un abrigo que no es justo violar por el acto de venganza de un amigo contra otro.

— Muy bien, señora, dijo el mayor volviéndose al lado de la puerta; — el respetable señor Solsgrace me habia ya pronosticado que volveríamos á ver el tiempo en que las casas fundadas en sitios altos, en que los nombres de los grandes de la tierra, serian otra vez un refugio y una disculpa para el crimen de los que habitan las unas y que llevan los otros. No lo habia creido; pero ya conozco hoy que él veia mas largo que yo. No piense vm., con todo eso, que me someto así á su voluntad. La sangre de mi hermano, de mi amigo del alma, no clamará mucho tiempo en vano. — ¡Cuánto te haces esperar, Señor! Si queda una chispa de justicia en la infeliz Inglaterra, esta muger soberbia y yo nos veremos algun dia en parage donde no podrán protegerla sus amigos tan parciales. Al decir esto, trataba ya de sa-

lir del cuarto, cuando lady Peveril le dijo:

— No saldrá vm. de esta casa, señor Bridgenorth, sin darme palabra de abandonar cualquier designio hostil contra la condesa en las actuales circunstancias.

— Primero firmaré mi deshonor en los términos mas positivos y formales, respondió él, que consentir en transaccion semejante. Si alguno se opone á mi salida su sangre recaerá sobre él.

En tanto que se expresaba de este modo el mayor, Whitaker abrió la puerta, y manifestó estar alerta como soldado veterano, que aun gustaba de tomar actitud militar; habia ya traído cuatro perillanes vigorosos con la librea de Peveril del Pico, armados con espadas, carabinas, perpuntos de búfalo y con pistolas al cinto.

— Ya veré yo, dijo el mayor, si alguno de estos pícaros tiene atrevimiento para prender á un Inglés que nació libre, á un magistrado en el ejercicio de su autoridad. Avanzóse diciendo esto hácia Whitaker y sus gentes, y echando mano al puño de la espada.

— No sea vm. tan imprudente, señor Bridgenorth, exclamó lady Peveril, y añadió al mismo tiempo: — Préndele, Whitaker, desármale, pero no le hagas mal.

Cumplióse esta orden. Bridgenorth no carecía de resolución; pero no era de los que no hacen cuenta con el número de sus enemigos cuando se trata de defender su libertad. Sacó la espada á la mitad de la vaina, y no hizo mas que la resistencia precisa para que sus adversarios usaran de la violencia y le forzaran á rendirse. Entrególes el arma, declarando que, sometiéndose á una fuerza que un hombre solo no puede resistir, hacia responsables de su arresto á los que la usaban, y á quien habia dado la orden para ello.

— No le dé á vm. eso cuidado, señor Bridgenorth, dijo el anciano Whitaker, ya sabemos que mas de cuatro veces ha obrado vm. de un modo mas ilegal. Una palabra de mi lady vale tanto como todos los mandatos del viejo Noll*, y vm. los ha hecho ejecutar bastante tiempo,

* Noll (*Olivier*): Olivier Cromwell.—ED.

señor Bridgenorth, vm. me ha mandado poner preso por haber brindado á la salud del rey, señor Bridgenorth, y entonces no hacia vm. caso de las leyes inglesas.

— Nada de impertinencias, Whitaker, dijo lady Peveril; y vm., señor Bridgenorth, no lleve á mal el estar preso por algunas horas, hasta que la condesa de Derby no tenga que temer se la persiga. Me seria muy facil darle una escolta que desafiase á todas las fuerzas que le fuese á vm. facil reunir; pero bien sabe Dios cuanto deseo adormecer la memoria de disensiones civiles, y no despertarla. Lo repito, reflexiónelo vm. bien; ¿quiere vm. volver á tomar la espada, y olvidar á quien ha visto vm. en el castillo de Martindale?

— Nunca, respondió Bridgenorth. El crimen de esa bárbara muger será, entre todos los cometidos por los hombres, el último que olvidaré. Jamas renunciaré al deseo de lograr justicia.

— Si son esos sus sentimientos, puesto que respiran mas el deseo de venganza que de justicia, debo hacer cuanto pueda por la seguridad

de mi amiga asegurándome de vm. En este cuarto tendrá vm. cuanto necesite y le agrade, y yo daré aviso á Multrassie-Hall para que no estén con cuidado. Dentro, tal vez, de algunas horas, ó dos días lo mas yo pondré un término á su cautiverio, y suplico á vm. me disimule si llego por ahora hasta el extremo á que su obstinacion me ha conducido contra mi voluntad.

El mayor no respondió mas que él estaba en su poder, y que debía someterse á su voluntad. Volvióse entonces á la ventana con desagrado, como si tratara librarse de la vista de las dos señoras. La condesa y lady Peveril, dadas del brazo, salieron del cuarto, y la última dió instrucciones á Whitaker acerca del modo con que deseaba fuese tratado y custodiado el mayor, explicándole al mismo tiempo que la seguridad de la condesa de Derby exigia se le vigilase de cerca.

Whitaker consintió sin restriccion en la proposicion de poner guardias en todas las puertas de lasala, y en todas las medidas que conducian á impedir la huida del preso; pero cuando se

trató de su cama y mesa, el viejo intendente no se mostró tan docil, y pensó que lady Peveril tenia demasiada condescendencia con el mayor puritano.

— Aseguro á vm., dijo él, que este pícaro Cabeza-Moronda ha comido ayer de nuestra vaca gorda lo bastante para un mes, y algunos días de ayuno le harán mucho bien. Por lo que hace á la bebida, por Dios mi padre, que le daría yo bastante agua que le refrescase su sangre demasiado ardiente, en desquite de lo que ayer ha bebido. Y con respecto á su cama, ahí está el entablado del cuarto bien seco, mejor, sin duda, que la paja húmeda que tuve yo cuando él me puso preso.

— Whitaker, dijo lady Peveril con autoridad, cuida de cumplir las órdenes que tengo dadas con respecto á la comida y cama del mayor, y no te atrevas á faltarle á la cortesía.

— Voto á brios, milady, respondió Whitaker, se cumplirán las órdenes que vm. dió; pero, como antiguo servidor, no puedo menos de manifestar mi modo de pensar.

Despues de esta conferencia, entraron las

dos señoras en la antesala, y fueron de allí al cuarto de la señora del castillo, que daba por un lado á su dormitorio, y por el otro á una sala sobre el jardín. Habia tambien allí una puertecilla por donde, despues de subir algunos escalones, se iba al balcon que caia á la cocina ya mencionada, y el mismo pasadizo conducia, por otra puerta, á una tribuna de la capilla; de modo que todos los negocios espirituales y temporales se sugetaban á la inspeccion de quien debia cuidar de todo.

La condesa y lady Peveril se sentaron al instante en la sala que acabamos de describir, y que estaba adornada con una hermosa tapicería. Tomando la primera la mano de su prima le dijo sonriéndose:

— Han sucedido hoy dos cosas que me han sorprendido si algo puede sorprenderme ahora. La primera que este Cabeza-Moronda haya tenido el atrevimiento de mostrarse tan insolente en el castillo de Peveril del Pico; si su marido de vm. es el mismo y el honrado caballero que yo he conocido, y hubiese estado presente, le hubiera tirado por la ventana. Pero lo que aun

mas me admira, Margarita, es haberla visto con la serenidad y valor de un general en gefe. Apenas la hubiera creido á vm. capaz de tomar medidas tan terminantes despues de haber oido á este hombre con tanta paciencia. Cuando hablaba él de su magistratura y de su orden de prision, tenia vm. el rostro tan abatido, que ya me parecia sentir en el hombro la garra de algun alguacil que intentaba llevarme á la carcel como una vagamunda.

— Debemos algunas consideraciones al señor Bridgenorth, mi querida señora, nos ha hecho muchos servicios en aquellos tiempos calamitosos. Pero ni él ni otro alguno insultará en casa de Margarita Stanley á la condesa de Derby.

— Vm. se ha hecho una verdadera heroína, Margarita.

— Dos sitios, y alarmas sin número pueden haberme infundido alguna presencia de ánimo, pero lo que es valor yo no tengo mas que antes.

— Presencia de ánimo y valor, Margarita. El valor legitimo no está en ser insensible al pe-

ligro, sino en hacerle frente y superarle, y es posible necesitemos antes de poco de todo el que tenemos, añadió ella algo agitada, porque oigo caballos en el patio.

Al mismo tiempo vino corriendo al aposento Julianito sin poder respirar de gozo, diciendo que su padre acababa de llegar con Lamington y Sam-Brewer, y que le habia dado permiso para montar en Black-Hastings y llevarle á la caballeriza. Casi al mismo tiempo se oyó el ruido de las botas del digno caballero, que con la prisa de ver á su esposa subia de dos en dos las escaleras. Entró en el cuarto; el rostro encendido y el desorden de su vestido indicaban la celeridad de su viage. No sin dificultad se desprendió lady Peveril de sus brazos toda sonrosada, y diciendo como reprendiéndole con la suavidad que le inspiraba la ternura, fijase bien la atencion en la señora que estaba presente.

— Es una señora, dijo la condesa dando hácia él algunos pasos, muy satisfecha viendo que sir Geoffrey Peveril del Pico, aunque ya cortesano y favorito, no aprecia menos el tesoro que ella misma ha contribuido á ponerle en

seguridad. No puede vm. haber olvidado cuando se levantó el sitio de Latham-House.

— ¡La noble condesa de Derby! exclamó sir Geoffrey quitándose respetuosamente el sombrero adornado con un penacho, y besándole la mano que le presentaba ella. Yo me alegro tanto, milady, de ver á vm. en mi pobre casa, como si supiera se habia descubierto una veta de plomo en una mina de Buenaventura. He venido á toda prisa con la esperanza de poder escoltar á vm. en este condado, porque temia su caida en malas manos, habiendo sabido que un mensajero, portador de un mandato de arresto decretado contra vm. por el consejo, habia ya salido de Londres.

— ¿Cuándo ha sabido vm. eso, y quien se lo ha dicho?

— De Cholmondeley de Vale-Real ha salido para tomar las medidas necesarias y cortar á vm. el paso por el condado de Chester, y yo he tomado á mi cargo conducirle con seguridad. El principe Ruperto, Osmond y dos otros amigos, trabajan para sacar á vm. del apuro por medio de una multa; pero

dicen que el canciller Henry Bennet y algunos otros consejeros de ultramar están furiosos por lo que llaman ellos violacion de la amnistia proclamada en nombre del rey. ¡Vayan con mil diablos! Nos han dejado llevar todos los golpes, y ahora no consienten que arreglemos nuestras cuentas con los que nos han dado la pesadilla.

—¿Y qué castigo dicen quieren imponerme?

—No podria muy bien decirselo á vm.; nuestros amigos, como decia, tratan de hacer se limite á una multa, pero los otros no hablan de nada menos que de la torre de Londres y de una prision larga.

—Bastante tiempo estuve presa por causa del rey, dijo la condesa, y no tengo de modo alguno gana de volver á estarlo de orden suya, ademas si me privan del gobierno de los dominios de mi hijo en la isla de Man, no sé si debo temer alguna nueva usurpacion. Agradeceré á vm. infinito, primo mio, me haga llevar en seguridad á Vale-Real, donde sé que hallaré una escolta bastante para llegar á Liverpool.

—Cuenta vm., noble señora, con que yo seré su guia y escolta, aunque hubiera vm. venido á mi castillo á media noche con la cabeza de aquel pícaro en el devantal, como se dice de Judit en los apócrifos, que yo me alegro los vuelvan á leer en nuestras iglesias.

—¿Es mucha la nobleza del segundo orden en la corte?

—Sí, señora, y como decimos de los mineros en este condado cuando hallan una mina, trabaja para lograr la gracia de Dios y por lo que podrá darle esta gracia de Dios.

—¿Son allí bien acogidos los antiguos Caballeros?

—Como soy, señora, para decir la verdad, el rey tiene tan graciosos modales, que hace renacer en el corazon de cuantos le hablan, la esperanza; pero, hasta el dia, pocas de estas flores se han visto dar fruto.

—¿Creo que, á lo menos, vm. no tendrá de qué quejarse por esta ingratitud? nadie lo habria merecido menos.

Sir Geoffrey, como prudente, no cuidaba de confesar que él habia concebido esperanzas per-

didas; pero tenia un caracter demasiado franco para ocultar del todo el chasco que se habia llevado.

— ¿Quién, yo? señora, respondió, ¿qué podia esperar del rey un pobre Caballero campesino, no siendo el gusto de verle en White-Hall restablecido en su trono? Su Magestad me ha recibido del modo mas afable luego que me presentaron; me habló de la jornada de Worcester, y de mi caballo Black-Hastings. Es verdad que se le habia olvidado el nombre y tambien el mio, segun creo, pues que tuvo que decirsele al oido el principe Ruperto. Vi algunos de mis amigos antiguos, Su Excelencia el duque de Osmond, sir Marmaduke Langdale, sir Felipe Musgrave, y otros varios, y la hemos corrido juntos una ó dos veces, como en tiempos antiguos.

— Hubiera yo creído que una exposicion á tantos peligros, tantas pérdidas de fortuna, tantas heridas, tuviesen algun mérito mayor con respecto á vm., y que se pagaran con algo mas que palabras melosas.

— Es mucha verdad, milady, que yo he ha-

llado algunos que pensaban tambien así. Unos eran de parecer que la pérdida de tantos acres de tierra buena valian, por lo menos, alguna recompensa honorifica; y habia de ellos quienes creian que un hombre cuya genealogia sube hasta Guillermo-el-Conquistador (perdone vm., milady, de que yo me alabe en su presencia), podia tener un título tan bien como la mayor parte de los que han llegado á lograrlos. ¿Pero qué dice á esto el bello ingenio de la corte, el duque de Buckingham, cuyo abuelo era un caballero del condado de Leicester, de una familia que, con trabajo, era tan buena como la mia? El dice que si nombraran Pares á todos los caballeros que han contraido méritos para con el rey en los últimos tiempos, debería tener la cámara de Pares sus sesiones en la llanura de Salisbury.

— ¿Y ha pasado esa bufonada insulsa por una razon convincente? No me admiro de esto en un tiempo donde las razones convincentes pasan por insulsas bufonadas. Pero he aquí uno con quien yo debo hacer conocimiento.

Era Julianito, lleno de vanidad pueril, des-

pues de haber llevado él solo á Black-Hastings á la caballeriza, y que venia trayendo de la mano á Adelaida, como si la presentara para testificar la verdad de la grande hazaña de que se alababa.—Saunders, exclamó él, que iba al lado de la cabeza del caballo, no habia tomado ni una vez las bridas en la mano, y Brewer, que estaba á su lado, apenas le sostenia por el hombro. Sir Geoffrey tomó á Julian en brazos para besarle, y cuando le puso por tierra le llamó la condesa y le besó en la frente mirándole con atencion.

— Es un legitimo Peveril, dijo ella, que tiene tambien algunas facciones de los Stanleys, como debia suceder. Primo, es necesario me conceda vm. lo que le pido, y que pasado algun tiempo, despues de arreglado este asunto y de restablecerme en mi isla, me envíe vm. á Julianito, para que sea mi pagé, el compañero de juegos y condiscipulo de mi hijo Derby. Espero permitirá el Cielo que ambos sean amigos como lo han sido sus padres, y que les dejará ver tiempos mas felices.

— Con el mayor gusto, señora, y doy á vm.

las mas expresivas gracias por la oferta. Hemos visto decaer tantas casas nobles, y hay tantas otras que se han descuidado en la observancia de las reglas antiguas de disciplina para la educacion de los nobles, y que aun las han abandonado, que muchas veces he recelado tener en casa á Julian; y como la mia no ha sido la mas esmerada para que pueda yo formar la suya, hubiera estado muy expuesto á no ser en toda su vida mas que un cazador del condado de Derby. Pero en su casa de vm., señora, y al lado del joven conde su hijo, recibirá toda la educacion que le deseo, y aun mas.

— No habrá entre los dos distincion alguna, primo, dijo la condesa; el hijo de Margarita Stanley será el objeto de mis cuidados tan bien como el mio, puesto que tiene vm. á bien confiarme. Se pone vm. descolorida, Margarita, y veo se le saltan las lágrimas. ¡Qué locura! Lo que pido es mas ventajoso para su hijo que quanto podia desearle vm. misma; porque la casa de mi padre, el duque de la Tremouille, era la escuela de caballería mas célebre de toda la Francia, y yo no he degenerado; no he per-

mitido en mi casa la menor relajacion de aquella disciplina noble que habituó los jóvenes á dar honor á sus linages. Vm. no puede prometerse las mismas ventajas para Julian, limitando su educacion á la de un gentilhomme campesino.

— Reconozco la grande importancia de este favor, señora, dijo lady Peveril, y debo dar mi consentimiento á una proposicion que nos honra, y mas habiendo merecido aprobacion por parte de sir Geoffrey; pero Julian es hijo único, y...

— Hijo único, dijo la condesa; pero no el solo de sus hijos. Hace vm. demasiado honor á nuestros amos del sexo masculino, si vm. permite se apodere Julian de todo el afecto materno, y que no quede nada para esta linda criatura.

Al decir esto, puso á Julian por tierra, y en sus rodillas á Adelaida Bridgenorth, acariciándola. A pesar del genio varonil de la condesa, habia tal dulzura en su voz y en la expresion de sus facciones, que la niña se sonrió al instante y correspondió á sus cariños. Esta equivocacion turbó mucho á lady Peveril. Conociendo el genio impetuoso de su marido, su

adhesion á la memoria del difunto conde de Derby, y su veneracion no menor por la viuda del mismo, se inquietó sobre los resultados que podia tener el informe que debia darse de la conducta de Bridgenorth, deseando instruirle por si misma en particular, y despues de haberle preparado para el caso. Mas el error de la condesa precipitó la explicacion.

— Esta niña, señora, no es hija nuestra, respondió sir Geoffrey. Me alegrara lo fuese. Es hija de un vecino nuestro, excelente hombre, y, para decir la verdad, un buen vecino, aunque se dejó arrastrar en estos últimos tiempos fuera del camino recto por un mal Presbiteriano, que toma el dictado de ministro, y á quien espero derribar de su púlpito, dándole un aviso para que tenga cuenta consigo. Ha sido bastante tiempo el gallo, no nos faltarán varas remojadas en vinagre para sacudirle el polvo á su capa de Ginebra. Esto es lo que puedo yo prometer á este tunante cara de cuaresma. Pero con respecto á esta niña bonita, es hija de Bridgenorth, del vecino Bridgenorth de Multrassie-Hall.

— ¡Bridgenorth! repitió la condesa; pensaba yo conocer los nombres de todas las familias respetables del condado de Derby, y de ningún modo me acuerdo de ese Bridgenorth. Pero espere vm. un poco; ¿no había en la comision de secuestros otro del mismo nombre? De cierto no puede ser él.

No dejó de avergonzarse algun tanto Peveril para responder:

— Perdone vm., señora; es precisamente el hombre de quien se trata, y ya puede vm. conocer con cuanta repugnancia llegué á resolverme para recibir buenos oficios de un hombre de tal calaña. Pero si no lo hubiera hecho, no sé como habria puesto yo en salvo la vida de Margarita.

Cuando hablaba él así, la condesa se quitó la niña Adelaida de la falda, y la puso contento sobre la alfombra, aunque al parecer queria estarse como antes, voluntad á la que la soberana de Man sin duda hubiera cedido, si Adelaida hubiese nacido de padres patricios y realistas.

— No culpo á vm., le dijo ella; nadie sabe

hasta donde nos puede hacer bajar la tentacion; y con todo, yo hubiera creído que Peveril del Pico prefiriese habitar en una caverna, antes que deber obligaciones á un regicida.

— Mi vecino vale poco, señora, dijo el caballero, pero sin embargo es mejor de lo que vm. piensa. Es un Presbiteriano, debo convenir en ello, pero no es Independiente*.

— Es una variacion del mismo monstruo, replicó la condesa. Los primeros ojeaban la caza, y tocaban la corneta; perseguían y amarraban la caza, que los segundos mataban. Entre estas dos sectas prefiero los Independientes. Estos eran á lo menos malvados atrevidos, y si no conocian la compasion, no procuraban cubrirse con una máscara. Pareciendo mas al tigre y menos al cocodrillo. No dudo que el digno personage que ha tomado sobre si esta mañana el... Paróse al decir esto, se detu-

* Los presbiterianos considerados como partido político, se hubieran contentado con algunas concesiones del monarca: no pedían con respecto á libertad mas que la de conciencia. Los independientes, eran mas exigentes: nada menos querian que la destruccion de la monarquía; y en punto á religion las admitian todas en sus filas. — Ed.

vo ella, porque vió en el rostro de lady Peveril una especie de turbacion y aun desagrado. Soy la mas infeliz de las mugeres, añadió ella; he dicho algo que pueda incomodar á vm., Margarita, y no sé por que. Tengo guerra declarada contra todos los misterios, y entre nosotros no debe haberlos.

— No hay ninguno, señora, respondió lady Peveril con algo de impaciencia; no esperaba mas que la ocasion para informar á mi marido de lo que ha sucedido. El señor Bridgenorth estaba en casa, por desgracia, sir Geoffrey, cuando mi primera entrevista con lady Derby, y creyó de su deber...

— ¿Qué? exclamó el caballero. Siempre ha tenido vm. la costumbre de sufrir usurpaciones de tales gentes.

— Quiero decir únicamente que como la persona... aquel cuya historia me contaba lady Derby, era un hermano de su difunta muger, él la amenazó... aunque yo no pudiese creer hablaban con seriedad...

— ¡La amenazó! ¡amenazar á la condesa de Derby en mi casa! ¡la viuda de mi amigo, la

noble Carlota de Latham-House! ¡Por Dios mi padre! ¡El picaro Cabeza-Moronda me dará razon! ¿Cómo es que mis criados no le han echado de una ventana abajo?

— ¡Ah! sir Geoffrey, vm. se olvida de las obligaciones que le debemos.

— ¡Obligaciones! exclamó el caballero; porque, embebido en una sola idea, pensó que su muger queria dar á entender obligaciones pecuniarias; si le debo algun dinero, ¿no tiene todas las seguridades? ¿Tiene por eso un derecho de venir á dictar leyes y hacer el papel de magistrado en el castillo de Martindale? ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho vm. de él? Quiero... Es preciso absolutamente hablarle yo mismo.

— Sosiéguese vm., sir Geoffrey, dijo la condesa, que vió entonces el motivo de las aparentes aprensiones de su prima, y esté vm. seguro de que no me ha hecho falta ningun caballero para defenderme contra ese descortés *faitour**, como le hubiera llamado el autor de la Muerte

* Antigua palabra normanda. Término de desprecio. — 5b.

de Arturo. Aseguro á vm. que mi parienta ha hecho con él justicia cumplida, y celebro tanto deber mil libertad enteramente á su valor, que le ordeno á vm., só la fe de leal caballero, no intervenga en una aventura propia de otro.

Lady Peveril, que conocia el genio impaciente y susceptible de su marido, y que se aumentaba su enojo, le contó toda la historia poniéndole á la vista del modo mas sencillo y claro la conducta de Bridgenorth, y los motivos que la produjeron.

— Lo siento, dijo el caballero; le tenia por hombre de mas juicio, y me persuadia de que los felices cambios verificados poco ha, hubieran producido en él un buen efecto. Pero debia vm. haberme informado de todo mucho antes; mi honor no me permite que siga preso en mi casa, porque seria manifestar yo miedo de lo que él pudiese intentar contra la noble condesa residente en mi castillo, ó distante de él veinte millas. Entonces saludó á la condesa, y fué al instante á la sala dorada, dejando á lady Peveril en la mayor inquietud por lo que podia suceder entre dos hombres

de un genio tan fogoso como el de su marido y tan obstinado como el de Bridgenorth. Podia muy bien ahorrarse este cuidado porque no debian encontrarse.

Cuando sir Geoffrey, despues de mandar á Whitaker y sus gentes que se retirasen, entró en la sala, donde no dudaba encontrar al preso, el mayor habia escapado, y era muy facil ver como pudo hacerlo. Tanto lady Peveril como Whitaker, únicas personas que sabian el secreto del tablero corredizo, con la turbación y prisa del caso, no se acordaron de que por allí podria escapar el preso. Es probable que al tiempo de cerrarle la condesa, no tomó todas las precauciones precisas para ocultar el sitio que descubrió Bridgenorth, y que habiendo este conseguido abrirle, habia entrado en el cuarto secreto donde guiaba esta puerta disimulada, y desde donde habia llegado á la poterna del castillo por un pasadizo estrecho formado en lo grueso de las paredes. No habia en esto nada de extraordinario en los castillos antiguos, donde los barones se veian tan expuestos á varios re-

veses de fortuna, que siempre cuidaban proporcionarse los medios de salir en secreto de sus fortalezas, para retirarse á otro lugar más seguro. Había pruebas para pensar que el mayor habia logrado escaparse así, pues que las puertas del pasillo secreto que iban á la polerna habian quedado abiertas lo mismo que el tablero corredizo de la sala dorada.

Sir Geoffrey fué donde se hallaban las dos señoras con el exterior inquieto. En tanto que habia creido hallar á Bridgenorth, no tenia recelo alguno, porque se reconocia superior á él en fuerza, y en aquella especie de esfuerzo que impele al hombre á meterse en medio de los peligros todos, sin vacilar; pero como habia tantos años que estaba acostumbrado á mirar el poder é influencia de Bridgenorth como temible, y á pesar del cambio hecho poco antes en la situacion de los negocios públicos, tan naturalmente divisaba todavía en su vecino un amigo poderoso ó un enemigo peligroso, que al ver se habia escapado el mayor, concibió tantos mas temores por la seguridad de la condesa, que no quiso confesar-

selos á sí mismo. La condesa notó la inquietud de Peveril por su semblante, y le preguntó si su permanencia en el castillo podria producirle algun incómodo, exponiéndole á peligros.

—El incómodo sería lo de menos y los peligros igualmente, sucediendo por causa como esta, respondió sir Geoffrey. Mi plan era el pedir á vm. milady honrase con su presencia el castillo de Martindale por algunos días, y hubiera vm. podido estar, sin que nadie pensara donde podia hallarse, hasta que se hubiesen cansado de hacer diligencias. Si hubiera yo encontrado á ese Bridgenorth, no dudo le hubiese forzado á conducirse con reserva; pero se marchó, cuidando de que yono llegue á echarle la vista encima, y lo que hay de mas malo es que sabe ya el secreto del cuarto del clérigo. Paróse á este tiempo sir Geoffrey y se manifestó turbado.

— ¿Con qué no puede vm. ni esconderme ni protegerme? dijo la condesa.

— Perdone vm. milady, respondió el caballero, pero permitaseme proseguir. La verdad es que este hombre tiene muchos amigos entre

los presbiterianos del canton , mas de los que yo quisiera ; si por acaso encuentra al portador del mandato de arresto lanzado contra vm. por el consejo privado , es probable vuelva con fuerza bastante para intentar cumplirle , y dudo podamos reunir con toda prisa un suficiente número de amigos para resistir con esperanza de lograr nuestro deseo.

— No quisiera yo , sir Geoffrey , dijo la condesa , que mis amigos tomaran las armas á nombre mio para oponerse á la ejecucion de una orden del rey.

— Con respecto á eso , milady , replicó Peveril , si gusta el rey de lanzar mandatos contra sus mejores amigos , debe contar con que se le hará resistencia. Pero lo mejor que se puede hacer , en mi concepto , en tales circunstancias , aunque nó se conforme mi proposicion con lo prescrito por la hospitalidad , es que monte vm. á caballo luego , luego , si no está demasiado cansada , y que vaya yo escoltándola con algunos valientes que llevarán á vm. á Vale-Real con seguridad , aun cuando el She-

riff * , con toda su cuadrilla , quisiera disputarnos el paso.

Pareció bien este dictamen á la condesa de Derby. Dijo que habia pasado muy bien la noche anterior en el cuarto secreto donde la llevó Ellesmere ; y que estaba pronta para emprender el viage , ó volver á continuar la huída ; porque no sabia cual de estas dos expresiones debia aplicar en este caso.

Lady Peveril lloraba viendo la necesidad en que se hallaba su amiga y protectora de su infancia de huir á toda prisa de su casa , en un tiempo en que la adversidad parecia oscurecerle el horizonte ; pero el cuidado que debia tomarse por la seguridad de la condesa no le dejaba mas alternativa. Se puede tambien decir que á pesar de toda la aficion que tenia por esta señora , no podia sentir mucho su pronta partida , si consideraba los inconvenientes y aun peligros que podria ocasionar en tal tiempo y circunstancias á un hombre tan intrépido y fogoso como sir Geoffrey Peveril. En tanto

* Magistrado que cuida de la ejecucion de las leyes en cada condado de Inglaterra.

que lady Peveril tomaba las medidas que permitian el tiempo y coyunturas, para que pudiera la condesa ponerse en camino, su marido, cuyo entusiasmo siempre iba en aumento al presentarse una accion, daba órdenes á Whitaker de reunir lo mas pronto posible algunos valientes determinados, y armados de todas armas. —Toma mis dos lacayos, dijo él, Lance-Outram, Saunders, el palafrenero, Roger Raine y su hijo; pero encarga bien á Roger que no heba mucho antes de partir. Tú serás uno de tantos, bien entendido, y no será malo vayas á decir al joven Dick Wildblood que venga con tres ó cuatro de los suyos. Seremos bastantes para oponernos á las fuerzas que podrán ellos reunir. Todas esas gentes tienen buenos brazos que darán buenos golpes, sin preguntar el por que, tienen mejores brazos que lenguas, y sus bocas se hicieron mas bien para beber que para hablar.

Whitaker sabiendo el motivo de tal alarma preguntó si llamaria tambien á Sir Jasper Cranbourne.

— No le digas nada, ¡por vida tuya! exclamó

mó el caballero. Tal vez resultará de todo esto confiscaciones, multas y no quiero yo exponer mas bienes que los míos. Sir Jasper ha sufrido por bastantes años, y si en mí consiste pasará el resto de sus dias en paz.



CAPITULO VII.

FANG.

« ¡ Socorro! Socorro!

MISTRESS QUICKLY.

« ¡ Socorro! Socorro!

« Antes dos venid que uno. »

SHAKSPEARE. *Enrique IV.*

Todos los de la comitiva de Peveril del Pico[®] estaban tan acostumbrados á oír la voz de mando *¡ á caballo!* que la escolta mandada por la condesa de Derby en la parte montañosa y casi desierta de este condado, limítrofe de Chester,

se puso bien pronto en orden, y en aquella reservada actitud que infunde la posibilidad del peligro. Marchó la cabalgata con las precauciones á que se habian acostumbrado por la experiencia durante las guerras civiles. Un caballero prudente y bien montado iba cerca de trescientos pasos adelante del cuerpo de la tropa, y otros dos caballeros iban con la carabina al brazo y montada para tirar si fuere necesario. La condesa de Derby, ciento y cincuenta pasos mas cerca, montaba el palafren de lady Peveril, porque ya estaba muy cansado el suyo con el viaje que habia hecho desde Londres al castillo de Martindale, seguida de un escudero con cuya fidelidad podia contar, y de una camarera; avanzábase al centro, custodiada por sir Geoffrey Peveril del Pico, y por tres filas de hombres bien armados, tan arrestados como fuertes. Whitaker y Lance-Outram formaban la retaguardia, como hombres de confianza, y encargados de proteger la retirada. Iban como se dice con la barba sobre el hombro, es decir mirando al rededor de tiempo en tiempo y tomando todas las medidas necesarias para

divisar lo mas antes posible los enemigos que podrian perseguirlos.

Pero por muy hábil que fuese Peveril en el arte militar, no brillaba tanto con respecto á la política administrativa, aunque sin necesidad aparente, habia explicado á Whitaker la clase de su expedicion, y este no se franqueó menos con su compañero Lance-Outram.

— ¡Ve aquí lo mas extraño! señor Whitaker, dijo el guarda bosque cuando supo de lo que se trataba; y quisiera que vm. á quien tengo por hombre sabio, pudiera explicarme como siendo asi que veinte años ha no hacemos mas que pedir por el rey, desear el rey, combatir por el rey, morir por el rey, lo primero que tenemos que hacer cuando está de vuelta, sea ponernos las corazas para oponernos á la ejecucion de una orden del rey.

— Joven barbado, dijo Whitaker, ¿Y es todo eso lo que vm. sabe en cuanto al fondo del negocio? Desde el principio nos hemos batido por el rey, contra sus órdenes; porque yo me acuerdo que todas las proclamas de esos ra-

biosos se hacían á nombre del rey y del parlamento.

— ¡Ah! ¡Vé aquí lo que es! Muy bien, si es preciso volver á espantar la caza, y enviar, á nombre del rey, mandatos contra sus fieles vasallos, viva nuestro amo excelente, que es hombre para hacer con ellos tacos de fusil; y si Bridgenorth trata de darnos caza, no me pesará tener algo que decirle.

— ¿Y por qué? ¿Es un puritano Cabeza-Moronda, pero buen vecino. ¿Qué le ha hecho á vm.?

— Ha cazado en mis tierras.

— ¡Él! Maldito si creo nada. Te chanceas sin duda. Bridgenorth no caza ni pelo ni pluma; no es la sangre que corre por sus venas propia para el caso.

— Eso puede ser, Whitaker; pero con su cara de vinagre que espanta los niños y es capaz de acedar la leche de las nodrizas, anda tras una pieza en que tú no piensas.

— ¡Qué! ¿quieres decir le gustan las medias blancas? ¡cómo! si siempre está llorando desde que murió su muger. Ya sabes que nuestra ama tomó su niña temiendo no la matara

en uno de sus accesos, porque con verla se acordaba de su muger. Perdóneme la señora y quédese entre nosotros, no faltan hijos de Caballeros de quienes hubiera podido encargarse mucho mejor. Pero vamos á tu cuento.

— No es muy largo. Puede vm., señor Witaker, haber advertido, que una tal mistress Debora ha manifestado disposiciones bastante favorables por cierta persona que vive en cierta casa.

—Quieres decir por un tal Lance-Outram. Tú eres el presumido mas vano...

— ¡Presumido! No mas lejos que ayer tarde, pudo verla toda la casa que venia persiguiéndome.

— Me alegrara que hubiera sido un toro en castigo de tu impertinencia y amor propio.

— Como vm. quiera; pero vamos al caso. Al entrar yo esta mañana en el parque para matar un gamo, pensando no podía venir mal en la dispensa, despues de la fiesta de ayer, cuando pasaba junto á las ventanas de la sala de los niños, no hice mas que levantar los ojos para

ver lo que hacia la señora ama de gobierno; y apenas me atisbó cuando la vi ponerse su gorra y capucha. Abrió bien pronto la puerta del jardin, y no dude quisiese atravesarle y venir al parque por la brecha. ¡Ah! ¡ah! dije para mí, mistress Debora, si vm. quiere bailar al son de mi flauta yo tocaré unas seguidillas antes de acercarse á mi; y así me vine á Ivy-Tod-Dingle, donde el tallar está tan cerrado, y el terreno tan pantanoso, y volví despues hácia Haxley Bottom, pensando siempre que me seguía, y riéndome entre mí del paseo que la obligaba á dar.

—Hubieras merecido que te hicieran tomar un baño en la balsa, en premio de tu trabajo. ¿Pero qué tiene que ver el cuento de Juan y su linterna* con Bridgenorth?

—Si, porque era Bridgenorth la causa de que no me siguiera ella, ¡voto á brios! desde entonces anduve mas despacio, despues me paré; luego volví poco á poco la cabeza, en fin

(*) Jaek a Lantern. — Ed.

llegué á perderla de vista, y á pensar que me había portado como un asno.

— Eso es lo que yo niego; porque ningun asno se hubiera portado así. Pero prosigue.

— Volvíme pues, hácia el castillo como si me saliera sangre por las narices, y muy cerca de Copely-Thorn, situado como vm. sabe á un tiro de ballesta de la poterna, atisbé á la señora Debora en conferencia con el enemigo.

— ¿Quién es ese enemigo?

— ¿Quién es el enemigo? ¡vive Dios! Bridgenorth. Parecia intentaban esconderse en el tallar; pero, ¡por vida de sanes! decia yo entre mí, muy grande será mi desgracia si no consigo descubriros como he descubierito mas de cuatro gamos: y sino podría yo dar mis flechas para que hicieran asadores. Hice pues un rodeo para sorprenderlos; y ¡permita Dios que nunca pueda yo tirar el arco! si no le vi poner oro en la mano de Debora.

— ¿Es eso todo lo que tú has visto entre ellos?

— Era, por vida mia, lo bastante para obli-

garme á cantar mas bajo. ¡Cómo! cuando pensaba yo que la muchacha mas guapa del castillo no bailaba sino al son de mi silbato, me daba que sentir, pelando la pava en un rincon con un viejo y rico puritano.

—Créeme, Lance-Outram, no es lo que tú presumes. Bridgenorth no piensa en esas locuras amorosas, y tú no piensas mas que en eso.

Pero conviene mucho sepa nuestro amo que habló con Debora en secreto y que le ha dado oro; porque no hizo puritano alguno cosa como esta, no siendo para recompensar algun servicio hecho á Satanás ó para incitar que se le haga.

—No soy yo capaz, Whitaker, de hablar á nuestro amo contra esta pobre moza. Sobre todo que ella tiene derecho de hacer de su capa un sayo como decia la dama que hacia cariños á su vaca. Lo que puedo yo decir, es que hubiera podido manifestar mejor gusto en escoger. Me parece que una cara de acelga, cejas como brochas, ocultas bajo un sombrero de pavelo y un esqueleto rebujado en un vestido negro y viejo, no puede ser una tentacion muy fuerte.

—Ya dije antes que te engañas; que no hay ni puede haber entre ellos esas pataratas de amorios. No puede menos de ser alguna intriga con respecto á la noble condesa de Derby. Te digo que conviene lo sepa nuestro amo, y al instante lo sabrá. Al decir esto, y sin hacer caso de cuanto le decia Lance-Outram en favor de mistress Debora, metió espuelas el intendente al caballo, fué á reunirse con el cuerpo del pequeño ejército, y refirió al caballero y á la condesa lo que le habia dicho el guarda bosques sin olvidarse de añadir sospechaba él, queria el señor Bridgenorth de Multrassie Hall establecer un espionage en el castillo de Martindale, ya con el fin de asegurar la venganza con que amenazó á la condesa de Derby, porque ordenó la muerte de su hermano, ya por otro motivo ignorado pero igualmente siniestro.

—Esta noticia hizo subir al mas alto grado el enojo del caballero del Pico. Con arreglo á las prevenciones de su partido suponía que la faccion contraria suplía con la intriga y astucia lo que le faltaba de fuerza, y concluyó de todo, sin

otra reflexion, que su vecino, cuya prudencia respetaba y algunas veces temia, conservaba con designios inicuos, una correspondencia clandestina con una persona que vivia en su casa. Si tales designios se dirigian contra su noble parienta, era una traicion inspirada por la presuncion; y si miraba el asunto bajo el mismo punto de vista que Lance-Outram, es decir como una intriga criminal con una persona al servicio de lady Peveril era el colmo de la impertinencia, una falta de respeto indigna de perdon en un hombre como Bridgenorth. En ambos casos hubo causa bastante para excitar su cólera.

A poco de haber vuelto Whitaker á su puesto en la retaguardia, le dejó de nuevo y regresó á brida suelta donde iba su amo, para darle la noticia desagradable de que se hallaban perseguidos lo menos por diez hombres á caballo.

— ¡Adelante, hácia Hartley-Nick, y al galope! dijo en alta voz el caballero; allí con el auxilio de Dios esperaremos á esos picaros. Condesa de Derby, oigame vm.; seré breve. ¡A

Dios! vaya vm. adelante con Saunders y otro de los míos, y fiese vm. en mí, que yo no permitiré la pisen los talones.

— Me quedaré con vm., dijo la condesa; los esperaremos juntos. Ya me conoce vm. tiempo ha, y sabe no me asusta el ruido de las armas.

— Es preciso que vaya vm. adelante, señora, replicó sir-Geoffrey; es preciso por el interés del joven conde y de la familia restante de mi noble amigo. No hay nada que merezca se detenga vm. á verlo. Un empeño contra estos miserables no debe ser mas que un juego de niños.

Aunque con repugnancia manifiesta consintió la condesa en continuar su marcha. Llegaron ellos bien pronto por bajo de Hartley-Nick, desfiladero escarpado de rocas, donde venia siendo muy estrecho el camino, ú mas bien el sendero, que hasta allí atravesara un pais bastante descubierto, por estar costado por una parte de un tallar muy espeso, y por la otra de la corriente de un rio que descendia de una montaña.

La condesa de Derby, despues de haberse

despedido de sir Geoffrey del modo mas afectuoso, y haberle dado expresiones para su pagecito y su amiga, subió el desfiladero al trote, y se alejó con los dos guardas de su escolta. Apenas la vieron desaparecer, cuando se les presentaron los que la perseguian; sir Geoffrey dividió su gente de modo que tomó tres distintos puntos del desfiladero.

Traian á su frente al mayor Bridgenorth, segun habia previsto sir Geoffrey. Venia junto á él un hombre vestido de negro que traia en el brazo una placa de plata y en ella grabado un galgo. Venian detras ocho ú diez vecinos del pueblo de Martindale-Moultrassie, entre los cuales dos ó tres eran oficiales subalternos del juez de paz; los demas eran fautores bien conocidos del gobierno que acababa de caer. Cuando estuvieron á distancia de oír lo que se les dijera, sir Geoffrey los mandó hacer alto: pero como sin embargo avanzaban, mandó á sus gentes que los apuntaran, y despues que tomaron esta posicion temible, repitió con una voz como el trueno: — ¡Alto! ¡que sino hacemos fuego! Paráronse al momento, y el

mayor se adelantó solo como para parlamentar.

— ¡Bien, vecino! ¿qué significa esto? le preguntó sir Geoffrey como si hasta entonces no le hubiera conocido; ¿dónde va vm. tan corriendo esta mañana? ¿No ve vm. que puede darle asma á su caballo, ó echar á perder las espuelas?

— Sir Geoffrey, respondió el mayor, no tengo ahora tiempo de divertirme con chanzonetas, voy de marcha en servicio del rey.

— ¿Está vm. seguro, vecino, de que no es en servicio del viejo Noll? Acostumbraba vm. encargarse de él bastantes veces, y acompañó estas palabras con una risilla que hizo dar grandes carcajadas á los de su comitiva.

— Hágale vm. ver la real orden, dijo Bridgenorth al hombre de la placa, que era un perseverante* de armas, y tomando él mismo esta pieza, la presentó á sir Geoffrey diciéndole:

* Oficial de armas, segun la orden de caballeria inferior al faraute, y este al rey de arma, y que tiene el mismo destino en sus casos. N. D. T.

— Me prometo á lo menos que vm. tendrá el respeto debido.

— Otro tanto como vm. le hubiera tenido hace un mes, respondió el Caballero haciendo mil pedazos la orden. ¡ Y bien! ¿ por qué diablos me mira vm. admirado? ¿ Quiere vm. hacer monopolio de la rebelion? ¿ Piensa vm. no podemos nosotros mostrar ni una pizca de desobediencia?

— Dejenos vm. pasar, sir Geoffrey Peveril, ó sino me pondrá en precision de hacer lo que no quisiera. Yo soy en este negocio el vengador de la sangre de un santo de Dios, y perseguiré mi presa mientras que me conserve el Cielo un brazo con que abrirme camino.

— No se le abrirá por ahora sino con peligro, señor Bridgenorth. Yo estoy en mi terreno; bastante me han fatigado ya por veinte años los santos, puesto que vm. y los suyos se dan ese nombre; y le digo que nunca violará el asilo que mi casa puede ofrecer, ni perseguirá á mis amigos en mi territorio, ni corromperá vm. mis criados impunemente. Vm. ha hecho todo esto, sin embargo todavia respeto á vm. por ciertos

buenos oficios que no tengo intencion de negar y olvidar, y le costará mucho resolverme á sacar la espada, ó tirarle un pistoletazo; pero si avanza vm. un paso, si hace un movimiento hostil, cuente vm. que no erraré el golpe. En cuanto á esos picaros que se atreven á venir en seguimiento de una señora noble por mis tierras, si no los manda vm. retirarse, enviaré algunos de ellos al infierno mas antes de lo que piensan.

— ¡ Plaza, déjenos el paso libre, que sino se arriesga vm.! exclamó el mayor Bridgenorth echando mano á una pistola del arzon. Sir Geoffrey se arrojó sobre él al instante, le tomó por el cuello del vestido, dando espolazo á Black-Hastings, tirando al mismo tiempo las bridas, de modo que al hacer el caballo una corbeta, dió con el pecho sobre el de Bridgenorth. Un buen soldado habria salido del paso con un tiro de pistola; pero aunque habia servido el mayor en el ejército del Parlamento, no tenia ni el valor ni la serenidad de un militar de profesion. No era tampoco ni un buen escudero, ni menos tenia tanta fuerza como su

antagonista, y ademas le faltaba sobre todo el genio fogoso y la resolucion casi ciega con la que sir Geoffrey se arrojaba siempre á los peligros. Lucharon por un instante de un modo muy poco digno de su amistad anterior y sus relaciones diarias como vecinos, y no es de admirar que cayese Bridgenorth de su caballo con violencia. En tanto que sir Geoffrey saltaba del suyo, la tropa del mayor voló al socorro de su gefe, y la del Caballero se preparó para recibir á sus contrarios. Se desenvainaron las espadas, y extendidos los brazos por ambos partidos, se presentaron unos á otros las pistolas. Pero sir Geoffrey mandó en tono de heraldo á los dos partidos dejar las armas y no llegar á las manos. El perseverante de armas se aprovechó de esta manifestacion, y halló bien pronto una razon para no insistir en desempeñar una comision tan peligrosa. — Ya no hay real orden, dijo él; los que la hicieron pedazos responderán al consejo; pero que no siendo ya él portador de ella, no podia dar un paso mas adelante.

— Bien dicho, y como gente de paz, dijo sir

Geoffrey. Whitaker, llévale al castillo, y que le den de refrescar; su pobre bestia ya no puede mas. Vamos, vecino Bridgenorth, levántese vm.; ¿se ha hecho vm. mal cuando cayó á causa de este encuentro tan impertinente? Nunca le hubiera yo tocado si no le hubiese visto echar mano á la pistola.

Al decir esto, ayudó al mayor á levantarse, y al mismo tiempo que se retiraba el perseverante, levándose los oficiales de justicia, quienes no dejaban de pensar era probable que el conocimiento del delito de sir Geoffrey caeria en poder de jueces para él favorables, aunque por ahora estaba en oposicion directa de un mandato legal, y que por consecuencia les interesaba personalmente tal vez mas cederle que resistirle; pero los otros adversarios amigos de Bridgenorth, y que profesaban los mismos principios no dieron atras un paso, y mirando fijos á su gefe, parecia trataban de arreglar su conducta segun la suya.

Pero era notorio que Bridgenorth no tenia intencion alguna de renovar la disputa. Desechó con violencia la mano de sir Geoffrey, que

le ayudaba á levantarse, pero no fué para tomar la espada; por lo contrario, volvió á montar con un aire de tristeza y abatimiento, y haciendo seña á los suyos que le acompañaran, se fué con ellos por el mismo camino que habia venido. En tanto que se alejaba, sir Geoffrey le miró por algun tiempo: — Ahí va un hombre, que hubiera sido un excelente sujeto si no hubiese sido Presbiteriano; pero en ellos no hay cordialidad; no pueden perdonar una caída en el cespéd; conservan el rencor, y detesto tanto á estos como á un vestido negro y una gorra de Ginebra, con alas grandes á modo de orejas largas que se levantan á los lados como dos chimeneas ó dos cucuruchos de casa cubierta de paja. Con todo, son astutos como diablos; por esto pues, Lance-Outram, lleva contigo dos de tus compañeros, y síguelos á lo largo, por si acaso se vuelven por el flanco, y se ponen á seguir la huella de la condesa.

— Mas quisiera que siguiesen la de la cierva de milady, respondió el guarda-bosques en espíritu verdadero de su profesion. Ejecutó en

seguida las órdenes de su amo, siguiendo al mayor un poco distante, y observando su marcha desde lo alto de las montañas que dominan el país; pero luego se dejó ver claramente no intentaban los enemigos hacer ninguna maniobra, y que se dirigian al pueblo. Cuando se hizo saber esto á sir Geoffrey, despidió parte de su comitiva, y fué á reunirse con la condesa, escoltado por algunos criados.

Bastarános añadir que puso por obra su proyecto de escoltar á la condesa de Derby hasta Vale-Real sin hallar obstáculo. El señor de estos dominios se encargó de conducirla á Liverpool, y la vió embarcarse para los dominios hereditarios de su hijo, donde sin duda estaria segura, hasta que se pudiese lograr algun compromiso, con respecto á la acusacion sobre haber violado la amnistia concedida por el rey haciendo ejecutar á Christian.

Poderosos inconvenientes se opusieron bastante tiempo. Clarendon, que se hallaba entonces á la cabeza del gobierno de Carlos II, consideraba este acto de violencia, aunque cometido por motivos que, hasta cierto punto son excu-

sables al corazón humano, capaces de alterar la tranquilidad pública de la Inglaterra apenas restablecida, excitando las dudas é inquietudes de los que pudieran temer las consecuencias de lo que se llama en nuestro tiempo una reacción. Por otra parte, los grandes servicios de esta familia distinguida, la conducta de la condesa misma, la memoria de su desgraciado marido, y las particulares circunstancias de la jurisdicción que tenía en la isla de Man, y que constituía el caso fuera de las leyes ordinarias, abogaban mucho en su favor. En fin, no se vengó la muerte de Christian mas que por una multa fuerte de algunos millares de libras, suma que se cobró con mucha dificultad en los dominios del conde joven de Derby.

CAPITULO VIII.

Adios tierra natal mia.

BYRON. *Childe-Harold.*

Quedó lady Peveril en grande inquietud por algunas horas despues de la partida de su marido y de la condesa, sobre todo desde que supo se habia puesto á la cabeza de una trôpa de caballeros armados el mayor Bridgenorth, cuyos movimientos habia mandado observar, y

sables al corazón humano, capaces de alterar la tranquilidad pública de la Inglaterra apenas restablecida, excitando las dudas é inquietudes de los que pudieran temer las consecuencias de lo que se llama en nuestro tiempo una reacción. Por otra parte, los grandes servicios de esta familia distinguida, la conducta de la condesa misma, la memoria de su desgraciado marido, y las particulares circunstancias de la jurisdicción que tenía en la isla de Man, y que constituía el caso fuera de las leyes ordinarias, abogaban mucho en su favor. En fin, no se vengó la muerte de Christian mas que por una multa fuerte de algunos millares de libras, suma que se cobró con mucha dificultad en los dominios del conde joven de Derby.

CAPITULO VIII.

Adios tierra natal mia.

BYRON. *Childe-Harold.*

Quedó lady Peveril en grande inquietud por algunas horas despues de la partida de su marido y de la condesa, sobre todo desde que supo se había puesto á la cabeza de una trôpa de caballeros armados el mayor Bridgenorth, cuyos movimientos había mandado observar, y

que se había dirigido al oeste por donde también iba su marido. En fin se tranquilizó algo más con respecto á su marido y la condesa, luego que Whitaker le trajo la noticia de la lucha entre sir Geoffrey y el mayor, y de la retirada de los enemigos.

Se estremeció al considerar cuan poco hubiera faltado, para que vinieran á renovarse discordias civiles; y en tanto que daba gracias á Dios por la conservación de su marido, no podía menos de tener aprension sobre las consecuencias de la disputa con Bridgenorth. Habían perdido un amigo antiguo, un hombre de quien habían recibido pruebas en circunstancias apuradas, que ponen los amigos á prueba peligrosa; no podía disimularse que Bridgenorth irritado de este modo, podía llegar á ser un enemigo incómodo, cuando no peligroso. Hasta entonces había usado de sus derechos con mucha moderacion como acreedor; pero ahora si los hiciera valer con rigor, lady Peveril, á quien lo mucho que cuidaba de la economia doméstica había dado un conocimiento de los negocios de su marido, mayor del

que tenía el mismo, veía grandes inconvenientes en las medidas que la ley le daba autoridad á tomar. Se tranquilizaba sin embargo, acordándose de que aun tenía ella un grande ascendiente en Bridgenorth á consecuencia del afecto que profesaba á su hija, y de la opinion que hasta entonces había manifestado en cuanto á la dependencia que tenía la salud de Adelaída de los cuidados que ella se tomaba. Pero le había despojado de esta confianza un incidente ocurrido el mismo día por la mañana. El ama de gobierno ya mencionada, mistress Debora, salió por la mañana, segun costumbre, para que los niños hicieran ejercicio en el parque; habíala seguido Raquel, muchacha que cuidaba de los niños á sus órdenes, mas ella no volvió á la hora regular, y mistress Ellesmere, que se mordía los labios mas de lo que acostumbraba, vino á decir á su ama que mistress Debora no había tenido á bien entrar todavía, aunque se acercaba la hora del desayuno.

— Ya vendrá dentro de poco, dijo lady Peveril con indiferencia. La señora Ellesmere tosió de un modo particular, y añadió que Ra-

quel estaba de vuelta con el señorito Julian, y que mistress Debora, dijo queria dar un paseo con miss Bridgenorth hasta Moultrassie-Hall, punto de limite entre la propiedad del mayor y de las que restaban aun á sir Geoffrey.

— ¿Se ha vuelto loca esta muchacha? exclamó lady Peveril algo enojada. ¿Por qué no cumple mis órdenes volviendo á las horas indicadas?

— Puede que se haya vuelto loca ó tenido demasiado juicio, respondió la señora Ellesmere en tono misterioso; y creo que vuestra señoría obraría bien tomando cuidado con ello.

— ¿Tomando cuidado, de qué? preguntó lady Peveril con impaciencia; hablas como un oráculo esta mañana. Si tienes algo que decir contra esta muchacha, pido que te expliques claramente.

— ¡Yo decir algo contra ella, milady! Dios me libre de hablar nada contra mis camaradas de servicio, sea hombre, muger ó niño. Solamente pretendo empeñar á vm. á fin de que se

sirva de sus ojos y mire lo que pasa alrededor suyo.

— Me dices que me sirva de mis ojos, Ellesmere; pero creo estimarias mas me valiera de tus anteojos, además te mando, y ya sabes quiero ser obedecida, que me digas cuanto sabes, y sospechas con respecto á esa muchacha.

— ¡Mis anteojos, milady! Perdoneme vuestra señoría; pero ya sabe que no los uso jamas, no siendo un par que fué de mi madre, y cuando me pongo á tomar una carrera. Ninguna muchacha de diez y seis años la tomó sin anteojos. En cuanto á sospechar, no sospecho nada, porque como ha sido el gusto de vuestra señoría separar de mi cuidado á mistress Debora Debbitch, no me importa que haga lo que quiera. Pero debo decir solo, milady, que si mistress Debora va con tanta frecuencia todas las mañanas á Moultrassie-Hall, no extrañaré que no halle una buena tarde el camino para volver, y al decir esto hablaba mordiéndose los labios, de modo que con trabajo se le percibía el sonido de la voz, cortando el principio y fin

de las palabras, como si hubiera querido oirlas antes de pronunciarlas.

— Repito, Ellesmere, ¿qué quieres decir? Acostumbrabas á tener bien juicio, dime con toda claridad de que se trata.

— Todo lo que puedo decir, milady, es que desde la vuelta del señor Bridgenorth de Chesterfield, y despues que ha venido á ver á vm. al castillo, mistress Debora ha tenido por conveniente llevar los niños todas las mañanas á Moultrassie-Hall. El acaso sin duda hizo que hallase siempre paseándose al que llaman el mayor, porque puede pasear como cualquiera en este tiempo, y yo aseguro que no ha perdido nada en este encuentro, porque se ha comprado un capoton bastante bueno aun para milady. ¿Pero le ha dado él otra cosa que una pieza de oro? Vuestra señoría es en este punto mejor juez que yo.

Lady Peveril, dando á la conducta de la aya de los niños la mas favorable interpretacion, no pudo menos de reirse al ver se presumian proyectos amorosos en un hombre como Bridgenorth, con principios tan rígidos, hábitos

tan reservados, y un exterior tan grave; concluyó por lo que acababa de oir, que Debora habia tenido algun provecho en satisfacer la ternura paternal del mayor, procurándole los medios de ver á su hija, en los pocos dias que se habian pasado entre su vuelta á su casa y su primera visita al castillo, y los sucesos ocurridos despues. Pero se sorprendió algun tanto cuando pasada una hora despues del desayuno, sin haber parecido Debora con Adelaida, llegó á caballo el único criado que tenia Bridgenorth, equipado como si debiera emprender un viaje; dejó una carta á lady Peveril y otra á la señora Ellesmere, y se marchó sin esperar la respuesta. No hubiera tenido el hecho nada de particular si se tratase de otro que del mayor Bridgenorth; pero era tan arreglado y uniforme en toda su conducta, tan poco acostumbrado á obrar con precipitacion ó por el impulso de un movimiento primero, que la menor apariencia de prontitud demasiada de su parte, excitaba sorpresa y curiosidad. Lady Peveril abrió al momento la carta, y leyó lo siguiente:

A la respetable y honrada lady Peveril.

MUY SEÑORA MIA.

« Mas bien escribo á vm. para disculparme que por acusarla, ó quejarme sea de quien fuere, porque se conviene mejor á la fragilidad de nuestra naturaleza confesar nuestras imperfecciones, que reprender las suyas á los demas. No tengo ya gana de hablarle de lo pasado, sobre todo en lo concerniente á vm. sabiendo muy bien que si le hice servicios, en tiempo que nuestro Israel estaba triunfante, vm. me ha pagado con usuras volviendo á mis brazos una hija, rescatada en algun modo del valle sombrío de la muerte. Por consecuencia, como perdono á vuestra señoría de corazon la medida violenta y poco caritativa que tomó contra mí en nuestra última entrevista, visto que la muger causa de todo era su amiga y parienta, suplicó á vm. me perdone haber invitado para dejar su casa á la joven Debora Debitch, cuyos cuidados pueden ser indispensa-

bles á mi niña, por estar instruida por vuestra señoría. Mi gusto, contando con su buena voluntad, señora, era que continuase Adelaida en el castillo de Martindale, y recibiera en él sus buenos oficios, hasta que llegando á la edad de poder distinguir entre el bien ó el mal, fuese de mi deber indicarle el buen camino. Porque no ignora vuestra señoría, y no es hablar para reprender, que miro con un vivo dolor no haya abierto aun los ojos á la luz, contentándose con andar por las tinieblas entre las tumbas de los muertos, y esto una muger como vm. dotada de tan buenas calidades, es decir calidades naturales. Mi oracion en las vigiliass de la noche, se ha dirigido muchas veces á que vuestra señoría mire con atencion la doctrina falsa que causa su extravio; pero siento decir que, estando nuestro candelero muy próximo á verse fuera de su lugar, las tinieblas vendrán á ser mas espesas que nunca, y la vuelta del rey que yo habia mirado como otros muchos, cual una manifestacion del favor divino, parece no ser ya mas que un triunfo concedido al principe del aire, que vuelve otra vez á

franquear á la vanidad su mercado de obispos, deanes, etc., echando fuera á los ministros apacibles de la palabra, cuyos trabajos han sido útiles á tantos millares de almas. Por tanto, habiendo sabido por conducto seguro que se ha dado una orden para restablecer estos perros sin voz, sectarios de Laud y de Williams, expelidos por el último parlamento, y que se espera un acto de conformidad, ó mas bien de diformidad de culto, mi designio es huir de la venganza celeste venidera, y buscar algun rincón donde pueda vivir en paz, y gozar de mi libertad de conciencia. ¿Quien querría quedarse en el santuario, despues de haber quebrado los balaustres del altar, y cuando ya se ha trasformado en retiro de buhos y sátiros del desierto? Y debo yo culparme, señora, de haber estado, con sencillez de corazón, y con demasiada facilidad, en la casa de la alegría y los banquetes; mi deseo de la union y de prestar á vuestra señoría mi respeto, se han convertido en un lazo para mí. Pero será una reparacion, me parece, el abandonar el lugar donde nací, la casa de mis padres, el sitio que conserva

las cenizas de tantos objetos de mi afecto terrestre. Tengo tambien que recordar á vm. que mi honor, en el sentido que da el mundo á esta palabra, se ha empañado por vuestro marido, sir Geoffrey, y que la utilidad que podia yo prestar aquí, se ha limitado, sin que yo deba esperar me haga reparacion alguna; lo que es de la misma especie que si un hermano mio se hubiese levantado contra mi honor y vida. Son estas cosas muy desagradables para el viejo Adán. Queriendo prevenir nuevas inquietudes, y acaso la efusion de sangre, vale mas ausentarme del país por algun tiempo. Para transigir los negocios que tengo con sir Geoffrey, encargaré al señor Joaquin Win-The-Fight, procurador en Chesterfield. Es uno de nuestros justos, y los arreglará con todo el miramiento posible á sir Geoffrey segun las leyes de la equidad; porque me concederá el cielo resistir á la tentacion de volver las armas de una guerra carnal en instrumento de venganza, no quiero recurrir á Mammon para lograrla. Deseando, señora que el Señor le con-

ceda todas sus bendiciones, y sobre todo la superior á todas las demas, el conocimiento de sus caminos, queda.

Esperando sus órdenes su seguro servidor.

RODOLFO BRIDGENORTH.

En Moultrassie-Hall, 10 de julio de 1660.

Al punto que lady Peveril acabó la lectura de esta larga y singular homilia, en la que le pareció que su vecino mostraba mas fanatismo del que habia creído, levantó los ojos y miró á Ellesmere: está la observó con una especie de mortificacion en lucha con un afecto de menosprecio, y, fatigada de no saber lo que pensaba su ama por lo que manifestaba su semblante, tomó el partido de buscar mas directamente la confirmacion de sus sospechas.

—Supongo, señora, dijo ella, que ese loco fanático tiene intencion de casarse con Debora. Dicen que se marcha del pais. A la verdad que ya es tiempo; porque ademas de servir de irrisión á todo el vecindario. Lance-Outram, el

guarda-bosque, podria bien guarnecerle la testa con madera al aire; seria este un plato de su gusto.

— No tienes motivo de entregarte á tanto despecho, Ellesmere, le dijo su ama. La carta que acabo de recibir no dice nada de matrimonio. Es verdad que el señor Bridgenorth, como debe salir del pais, ha tomado por criada á Debora para que cuide de su hija, y me alegro por la niña.

— Yo me alegro por mí y por toda la casa. ¿Con qué milady cree que no se casará con ella? Me costaba trabajo creerle tan tonto que la recibiese por muger; pero tal vez hará algo peor, pues que ella dice va á ganar mucho dinero, y esto es difícil de un modo justo, cuando se sirve. Ademas me encarga le remita su ropa, como si yo fuese el ama del guarda ropa de la señora Debora; me dice que cuenta sobre mi edad y experiencia con respecto á Julianito, como si fuera necesario recomendarme joya tan preciosa; pero voy á enviarla sus guñapos, y añadiré una carta de buena tinta.

— Escribela con cortesía y dile á Whitaker

le envíe sus soldadas, y que añada una pieza de oro. Aunque tenga la cabeza un poco ligera, siempre ha sido buena para cuidar los niños.

— Yo sé, señora, quien es la mejor de las amas para las criadas, y que sería capaz de echar á perder la criada que mejor haya sabido hacer un prendido.

— Una buena eché á perder cuando te mimé á tí, Ellesmere; pero retírate y escribe á Debora que dé un beso de mi parte á la niña Adelaida, y que presente al mayor mis buenos deseos por su felicidad en este mundo y en el otro.

Al decir esto la despidió sin permitirle responder, y sin entrar en otros detalles.

Cuando hubo salido Ellesmere, comenzó á reflexionar lady Peveril, compadecida al considerar la carta del mayor Bridgenorth, hombre ciertamente de las mejores calidades, pero transformado en melancólico y casi misántropo por una larga serie de desgracias domésticas, y una sincera devoción, aunque sombría y ex-

cesiva. Se sintió también inquieta más de una vez por lo que sería de la niña Adelaida, que iba probablemente á educarse bajo la dirección de un padre tal. Sin embargo después de bien considerado todo, no le pareció la partida de Bridgenorth un acontecimiento desagradable; porque mientras hubiera permanecido en Moultrassie-Hall, no era sino muy probable, que otro reencuentro entre él y sir Geoffrey hubiese dado lugar á consecuencias más funestas que el pasado. No pudo menos de expresar al doctor Dummerar cuán pasmada y resentida estaba de que cuanto había ella hecho y procurado hacer por restablecer la paz y la concordia entre las dos facciones opuestas, produjo precisamente lo contrario de lo que se había prometido.

— Sin mi desgraciado convite, dijo ella, no hubiera Bridgenorth venido al castillo al día siguiente de la fiesta, ni visto á la condesa, y menos disgustado á mi marido. Si el rey no hubiese vuelto, suceso por todos esperado con tanta impaciencia, como que debía poner término á todas nuestras calamidades, ni esta

noble señora ni nosotros mismos hubiéramos tenido que temer nuevas dificultades.

— Mi apreciable señora, respondió el doctor, si los negocios de este mundo estuvieran implícitamente divididos por la sabiduría humana, ó si su curso estuviese conforme con exactitud á la prevision de los hombres, no estarían ya los acontecimientos bajo el imperio del tiempo y las circunstancias á que todos estamos sujetos, porque por una parte los reduciríamos por la prudencia, y por otra obraríamos siempre segun los avisos de una prescencia infalible. Pero el hombre, es en este valle de lágrimas, para decirlo así, como un jugador de bolos poco diestro que piensa llegar donde quiere despidiendo la bola, y no sabe hay en el camino por donde debe rodar un impedimento que la debe torcer por otro lado.

Luego que dijo el doctor estas palabras tomó su sombrero en forma de badil, y se fué á la praderita del castillo, para concluir con Whitaker una partida de bolos que probablemente le habia prestado esta comparacion notable sobre la incertitud de los acontecimientos humanos.

Dos dias despues, llegó sir Geoffrey. Se habia quedado en Vale-Real hasta que supo se habia embarcado la condesa para la isla de Man, y vino despues á galope para reunirse con su muger en el castillo. Halló en el camino algunos de los suyos que le contaron los detalles de la fiesta que de orden suya se dió á toda la vecindad; y á pesar de la mucha condescendencia que tenia por lady Peveril, no pudo menos de manifestar su desagrado por el miramiento que habia tenido con los Presbiterianos.

— Hubiera yo recibido á Bridgenorth, dijo él, porque siempre le traté como buen vecino, hasta este último lance. Si, le hubiera sufrido, con tal que hubiese bebido á la salud del rey como vasallo fiel; pero ¡ traer á mi casa al hipócrita Solsgrace con toda su congregacion de mendigos con orejas largas, para tener un conventiculo en la casa de mi padre! ¡ Dejarlos hacer lo que mejor les pareció! Nunca les hubiera yo permitido semejante libertad; no, aun cuando estaban ellos mas cuellierguidos. En los tiempos mas infelices, no han podido entrar en el castillo de Martindale sino por la

brecha que hizo el cañon de Noll. ¡Pero que se me vengan aquí á cantar sus salmos cuando ha vuelto ya nuestro buen rey Carlos!... ¡Por vida mía, señora Margarita, ya verá vm. lo que es bueno!

A pesar de esta resolucion dictada por un impulso de ira, se calmó del todo el sentimiento del bravo caballero, cuando vió á su querida esposa tan contenta de verle. Estrechóla entre sus brazos, la besó con ternura y ya la tenia perdonada antes de hablarla de su falta.

— Me has jugado una pasada, Margarita, dijo él moviendo la cabeza y sonriéndose, y ya sabes de lo que intento hablarte; pero conozco tu adhesion á los buenos principios, y sé muy bien que no has obrado así sino porque, como verdadera muger, has querido conservar esos bigardones de Cabezas-Morondas. Pero no volvamos á las andadas; quisiera mas ver destruido por las balas el castillo de Martindale, que recibir uno solo de muros adentro; exceptuando siempre al vecino Rodolfo Bridgenorth, si recobra el juicio.

Lady Peveril se vió precisada á contarle lo que habia pasado; hablóle de la partida del aya con Adelaida, y le hizo leer la carta del mayor. Sir Geoffrey, se rió mucho de la idea de los amores entre Bridgenorth y Debora.

— Es un intento digno de un Puritano, dijo él, casarse con su criada ó con la de otro. Debora no es mala todavía, segun creo, le faltan algunos años para treinta.

— Tú no eres mas caritativo que Ellesmere, dijo lady Peveril; estoy segura de que ha obrado así solo por el afecto que tiene á su hija.

— ¡Vaya, vamos! exclamó el caballero; las mugeres nunca piensan mas que en los niños; pero, entre los hombres, mas de cuatro hacen caricias al niño para besar á la que le tiene en brazos. ¿Y qué tendria eso de particular? ¿Qué mal habria en que Bridgenorth se casara con esta muchacha tan lista? Es hija de un honrado labrador, cuya familia ocupa el mismo cortijo desde la jornada de Bosworthfield, esta genealogia es tan buena como la del viznieto de un fabricante de cerveza de Chesterfield, á

lo que pienso. Si hay en esta carta algo que huele al amor, yo lo conocería bien, Margarita, aunque no lo hayas podido echar de ver por ser tan inocente.

El caballero del Pico se puso entonces á leer la carta; pero el estilo era para él un gran obstáculo. — ¿Qué quiere decir con el candelero quitado de su lugar, y los balaustres quebrados del altar, dijo él. No puedo adivinarlo; á menos que no tenga intencion de volver á poner en su puesto los candeleros que habia dado mi abuelo para el altar de la iglesia de Martindale-Moultrassie, y que sus amigos, lossacrilegos Cabezas-Morondas, han robado y hecho fundir; y que no quiera hablar de los balaustres del altar de comunión, que han hecho pedazos al mismo tiempo, y los adornos de cobre que han arrancado á los monumentos de mis antepasados, hazañas por las que me lisongo, tienen algo calientes los dedos á estas horas; pero, en suma, parece que este pobre Bridgenorth se va de nuestras cercanías. Lo siento, aunque no le haya visto mas que una vez al dia, ni hablado mas de dos

palabras cada vez. Pero ya sé lo que es. Él ha sentido mucho el modo con que le hice caer del caballo. Sin embargo, Margarita, no me ha sido necesario mas fuerza para echarle fuera de la silla, de la que hubiera necesitado hacer para ponerte en ella. He tomado todas las medidas para no hacerle mal, y no le ereo tan cosquilloso en punto de honor para incomodarse mucho por una miseria tal. ¡Ah! ya sé yo lo que le da pena, anda, anda, yo compondré las cosas de modo que se quede en Moultrassie-Hall, y que vuelva á Julian su compañera. Como soy, que siento tambien haber perdido esta niña, y hallarme forzado á pasar delante del paseo del castillo de Moultrassie-Hall sin entrar á decirle algo por la ventana, en mis paseos matutinos, cuando no hace tiempo de caza.

— Me alegrara, sir Geoffrey, dijo lady Peveril, que pudieras lograr una reconciliacion con este hombre digno; porque aun miro como tal á Bridgenorth.

— Sin sus principios de Puritano, respondió el caballero, seria un excelente vecino.

— Apenas percibo, continuó su esposa, el medio de llegar á un término tan apetecible.

— Es que tú no entiendes nada en esta clase de negocios, Margarita, replicó el Caballero; pero sé muy bien el pie de que cojea, y yo respondo que le verás andar tan derecho como nunca.

Un afecto sincero por su marido y un juicio exquisito daban á lady Peveril todos los derechos posibles á la entera confianza de sir Geoffrey; y, para decir la verdad, tenia en esté instante mas deseo de conocer su proyecto, de lo que la permitian ordinariamente el convencimiento de sus deberes mutuos y privados. No podía penetrar el medio de reconciliarse con su vecino inventado por sir Geoffrey, quien, por lo general, no era un juez diestro de los hombres y sus rarezas, y del que al parecer no queria darle parte; tenia tambien algun desasosiego sobre si el medio de que se valdria para curar la herida, no haria sino encontrarla mas; pero su marido se mantuvo im-

penetrable. Habia sido bastante tiempo coronel de un regimiento en campaña para tener en mucho el mandar en su casa como absoluto; y respondió únicamente á todas las preguntas que su muger le hizo con destreza sobre la materia:

— ¡Paciencia, Margarita, paciencia! no es este un asunto en que debas tú mezclarte; ya lo sabrás todo donde y cuando convenga. Ve á ver á Julian. ¿No acabará de llorar por esta Cabecilla-Moronda? dile que Adelaida volverá. Dentro de dos ó tres dias ya estará aquí, y todo irá perfectamente. Al acabar de hablar, tocó la corneta un postillon á la puerta del patio, y le trajeron una carta abultada con direccion al respetable sir Geoffrey Peveril del Pico, juez de paz, porque le habian nombrado para este destino inmediatamente despues de la restauracion del rey. Abrióla, no sin algun envanecimiento de su nueva importancia, y halló la orden que habia solicitado para restablecer en su curato al doctor Dummerar, expelido á la fuerza en tiempo de la usurpacion. Pocos acontecimientos hubieran causado mayor contento

á sir Geoffrey. Podia perdonar á un sectario robusto y audaz, que queria probar la bondad de su doctrina dando en el campo de batalla fuertes golpes en los cascots y corazas de los Caballeros; pero su memoria un poco vengativa le recordaba la entrada triunfante de Hugo Peters en su castillo por la brecha; y desde aquel tiempo, sin hacer la distincion exacta entre los sectarios y sus ministros, eran considerados por él todos los que subian al pulpito sin el permiso de la iglesia anglicana, y tal vez añadió el callandito, de la iglesia romana, como perturbadores de la tranquilidad pública; seductores que trataban de separar las ovejas de su legitimo pastor; instigadores de la última guerra civil, y gentes dispuestas á correr riesgos en disensiones nuevas.

Por otra parte tambien, sobre el gusto que tenia en satisfacer su aversion á Solsgrace, no se le prometia menor en restablecer en su parroquia á su amigo antiguo, el compañero de sus diversiones y peligros, el digno doctor Dummerar. Comunicó en tono de triunfo á lady Peveril la orden que acababa de recibir, y en-

tonces comprendió ella el sentido del pasage misterioso contenido en la carta de Bridgenorth, con relacion á sacar de su lugar el candelero y al espesor de las tinieblas. Se le explicó á su marido, y procuró persuadirle que esta circunstancia franqueaba una entrada para la reconciliacion con su vecino, si quisiera él ejecutar con suavidad y moderacion la mision que se le habia encargado, despues de una dilacion conveniente, y con todo el miramiento posible para no herir la delicadeza ni de Solsgrace ni de los individuos de su congregacion. Esta conducta no haria ningun daño al doctor Dummerar; contribuiria, por el contrario, á conciliarle los espíritus que se alejarían acaso para siempre de él si viesen echar fuera con dureza á su ministro favorito.

Era este consejo tan sabio como prudente, en cualquier otro tiempo, hubiera tenido sir Geoffrey bastante juicio para seguirle; ¿Pero quien puede obrar con moderacion y serenidad en los momentos de triunfo? La expulsion del señor Solsgrace se efectuó con tanta precipitacion, que pareció una persecucion, aunque

mirada en su verdadero punto de vista, no fuese mas que reintegrar á su predecesor en sus legítimos derechos. Solsgrace mismo pareció deseoso de dar toda la publicidad posible á sus padecimientos. Se sostuvo hasta el último momento, y el domingo posterior al dia en que se le notificó su separacion, trató de abrirse paso hasta el púlpito, teniendo á su lado al procurador del señor Bridgenorth, Win-the-Fight, y llevando tras de sí algunos adherentes. Al entrar en el cementerio* por un lado, se veia llegar por el otro al doctor Dummerar, con sus vestiduras sacerdotales, acompañado de Peveril del Pico, de sir Jasper Cranbourne, y otros caballeros de distincion, que formaban una especie de procesion triunfal.

Para impedir que la iglesia se convirtiera en un teatro de disputa, se enviaron los oficiales de la parroquia para impedir la entrada del ministro presbiteriano, y lo lograron sin otro inconveniente que haber roto los cascos al

* Patio de la iglesia. — Ed.

procurador de Chesterfield, menos duros que el garrote de Rogerio Raine, posadero borracho de *las armas de Peveril*. El valeroso Solsgrace forzado á retirarse delante de una fuerza superior, sin que su espíritu se rindiese, volvió á entrar en la casa del curato, donde procuró conservarse á fuerza de sutilezas, sugeridas por el señor Win-the-Fight, procurador, mal nombrado aquel mismo dia*. Cerró las puertas y echó los cerrojos, atrancó las ventanas, y, como se decia sin verdad, preparó sus armas de fuego para resistir á los oficiales de justicia. Siguióse una escena escandalosa, y habiendo llegado el ruido de los gritos á los oidos de sir Geoffrey, acudió en persona á la cabeza de algunos hombres armados, forzó las puertas exteriores é interiores, y penetró hasta el gabinete del ministro presbiteriano, quien no tenia mas guarnicion que el procurador; pero ambos, despues de protestar contra la violencia que se les hacia, renunciaron disputar la posesion del local.

* *Win-the-Fight* significa que gana la batalla. — Ed.

Como toda la canalla del pueblo se hallaba en movimiento, creyó sir Geoffrey que tanto por prudencia como por humanidad, debía escoltar á estos dos prisioneros, porque así se los podía llamar, hasta el paseo de Moultrassie-Hall, lugar donde habían dicho querían ir; y á pesar de los gritos y el desorden, logró llevarlos allí con toda seguridad.

La partida de sir Geoffrey ocasionó nuevos desórdenes y golpes, que su presencia hubiera impedido. El celo de los oficiales de la parroquia y sus asociados los condujo á querer tomar algunos libros del ministro, só pretexto de que no contenian mas que principios de sedicion y fanatismo. Entonces se bebió á la salud del rey y de Peveril del Píco. En fin los niños, que no le perdonaban la tiranía con que les prohibió el juego de bolos, el de la pelota de viento, etc., y que se acordaban de sus sermones eternos, hicieron un monigote de paja, cuidando de darle su semejanza, revistiéndole con el balandran y la golilla de ministro calvinista, poniéndole su gran sombrero agudo; le quemaron despues en un sitio donde

habia un mayo magestuoso, que Solsgrace habia derribado por su mano.

Sir Geoffrey, disgustado por tales excesos, envió á ofrecer al señor Solsgrace una indemnizacion por lo que habia perdido. Pero el predicador calvinista le respondió:

— Desde un cabo de hilo hasta un cordon de zapato, no aceptaré nada tuyo; Reaiga sobre tí la vergüenza de la obra de tus manos!

Se culpó en general á sir Geoffrey por haber obrado en esta ocasion con una precipitacion escandalosa y una severidad poco decente; tanto mas que la fama, segun el uso, cuidó de presentar con exageracion todos los hechos. Se dijo que el fogoso caballero Peveril del Píco habia caido sobre una congregacion de presbiterianos, ocupada en el pacifico ejercicio de su religion, á la cabeza de gente armada; que habia muerto muchos, y herido muchos mas; que persiguió á su ministro hasta en la casa de su curato, y redujo el edificio á cenizas. Algunos llegaron hasta decir que habia perecido el predicador en las llamas; y los mas moderados decian que solo se salvó por

haber colocado junto á una ventana su balandran y sombrero para simular que se quemaba, escapando mientras tanto por una puerta falsa: y aunque muchos creyesen á la letra las atrocidades imputadas á nuestro caballero respetable, fué bastante para producir serias consecuencias como se verá por la continuacion de esta historia.

CAPITULO IX.

BESSUS.

; Caballero, esto es un duelo!

EL MENSAGERO.

No le mudemos el nombre.

Esta es una invitacion

Donde solo se os propone

Tal sitio, tal dia y hora

Para que asistais....

El rey que no es rey.

Permaneci6 uno 6 dos dias el se6or Solsgrace en Moultrassie-Hall despues que le echaron á la fuerza de la casa del curato, y no contribuy6 poco al aumento del aire sombrío del amo de la casa la melancolia que debió infundirle naturalmente esta situacion, El ministro

haber colocado junto á una ventana su balandran y sombrero para simular que se quemaba, escapando mientras tanto por una puerta falsa: y aunque muchos creyesen á la letra las atrocidades imputadas á nuestro caballero respetable, fué bastante para producir serias consecuencias como se verá por la continuacion de esta historia.

CAPITULO IX.

BESSUS.

; Caballero, esto es un duelo!

EL MENSAGERO.

No le mudemos el nombre.

Esta es una invitacion

Donde solo se os propone

Tal sitio, tal dia y hora

Para que asistais....

El rey que no es rey.

Permaneci6 uno 6 dos dias el se6or Solsgrace en Moultrassie-Hall despues que le echaron á la fuerza de la casa del curato, y no contribuy6 poco al aumento del aire sombrío del amo de la casa la melancolia que debió infundirle naturalmente esta situacion, El ministro

rito personal como á causa de sus sermones, miraba como enemigo mortal suyo al bravo caballero, y por consecuencia le era facil creer se hallaba expuesto á un peligro inminente quedándose en Martindale-Moultrassie; pero lo que mas le hacia decidirse á partir del condado de Derby era la idea de que haria en ello un servicio á su Iglesia.

— Tal vez, decia él, será permitido á pastores menos conocidos, aunque mas dignos, reunir los restos de un rebaño esparcidos por las cavernas y soledades, y la rebusca de las viñas de Efraim dará mas en sus manos que la vendimia de las de Albiezer. Pero yo, que tantas veces he levantado el estandarte contra los poderosos, yo cuya lengua, semejante á un vigia en lo alto de una torre, ha impugnado al papa, el obispado y á Peveril del Pico, yo, ¿quedarme entre vosotros? ¿Esto seria hacer que descargase la espada sangrienta de la venganza inmolando al pastor y ahuyentando el ganado? Ya me han embestido las manos de los que derraman la sangre en el terreno mismo que ellos llaman sagrado; y vosotros habeis

visto como utrajaban al justo, cuando él sostenia mi causa. Pondréme pues mis sandalias, me ceñiré los lomos y me iré á un pais bien distante, para obrar allí segun lo exija mi deber, y para dar testimonio de la verdad ya en el púlpito, ya en medio de las llamas.

Estos eran los sentimientos que manifestaba Solsgrace á sus amigos desanimados, y entraba en detalles mas menudos con el mayor Bridgenorth, no faltando al mismo tiempo á reprehenderle, con el celo propio de un amigo, la precipitacion con que habia dado la mano á una muger amalecita. Recordábale que por obrar así se habia hecho su siervo y su esclavo por cierto tiempo como Sanson vendido por Dalila, y que hubiera morado mas largo tiempo en la casa de Dagon, si la mano de Dios no le hubiera librado del lazo. Que él siendo el Campeon de la verdad, se habia visto caido entre el polvo, á la faz de Israel, porque asistió á una fiesta que se celebró en las eminencias consagradas á Baal.

Como al parecer ofendian estas reconven- ciones al mayor Bridgenorth, quien no gusta-

ha como cualquier otro oír hablar de sus contratiempos y sobre todo ver que se le culpaba en ellas, comenzó el digno ministro á acusarse de haber manifestado en este asunto una condescendencia criminal; porque, como decia, aquella infeliz comida del castillo de Martindale provocaba la venganza divina. Esto era proclamar la paz, cuando no habia paz; era morar en las tiendas de los pecadores. Esto pues era la causa á que atribuía él su expulsion de la casa del curato, la destruccion de sus libros de teología los mas preciosos, el haber perdido su balandran y sombrero, y ademas dos barriles de cerveza excelente.

Estaba el espíritu de Bridgenorth muy poseido de la devocion, y sus pasados infortunios la hicieron tan sombría y austera que no era de extrañar hubiese comenzado á desaprobár él mismo su propia conducta al oír á cada instante discursos repetidos por un pastor á quien habia estimado siempre, y que miraba entonces como un mártir de su fe mutua. Por esto se reprobaba de haberse dejado llevar mas allá de lo justo en su gratitud para con lady

Peveril; decíase á sí propio que los argumentos de esta señora en favor de las ideas de tolerancia y liberalidad le habian reducido hasta el punto de haberle hecho cometer una accion que propendia hasta comprometer sus principios religiosos y políticos.

Una mañana en que el mayor Bridgenorth, despues de haberse cansado la cabeza en diferentes pormenores relativos al arreglo de sus negocios, estaba reposando en su poltrona al lado de su ventana, posicion que, por una vuelta de ideas bastante natural, le recordaba los tiempos pasados, y la paciencia con que esperaba él la visita diaria de sir Geoffrey. — Seguramente, seguramente, decia él, en alta voz, la amistad que tenia yo entonces á este hombre no era pecado.

Solsgrace, que estaba en el cuarto, y adivinaba lo que pasaba en el interior de su amigo, cuya historia le era perfectamente conocida, le respondió. — Cuando Dios mandó á los cuervos que alimentasen á Eliseo, escondido junto al arroyo Cherit, no sabemos que acariciase á las aves impuras, forzadas, contra su natural

y por un milagro, á satisfacer sus necesidades.

— Eso puede ser muy bien, respondió Bridgenorth; pero el ruido de sus alas debía ser tan grato al oído del hambriento profeta, como lo eran para el mio los pasos del caballo de sir Geoffrey. Los cuervos volvieron á tomar su naturaleza luego que pasó este tiempo, y esto mismo es lo que me ha sucedido. ¡Oiga ym! exclamó el sobresaltado, siento ahora mismo los pasos de su caballo.

Era raro que los ecos silenciosos se interrumpieran por el estrépito de pies de caballos, sin embargo esto pasaba en el momento. Bridgenorth y Solsgrace se admiraron tambien, y aun se dispusieron á creer era otro nuevo acto de opresion mandado por el gobierno, cuando el criado antiguo de Bridgenorth sin mucha ceremonia, porque sus modales eran casi tan sencillos como los de su amo, presentó á un hombre alto, un poco avanzado en edad, que por la forma de sus vestidos, los cabellos largos y el sombrero adornado con una pluma, indicaban un Caballero. Saludó á los dos amigos

en un tono algo seco, pero cortés, y dijo que era sir Jasper Cranbourne, encargado de un mensaje particular para el señor Rodolfo Bridgenorth de Moultrassie-Hall, de parte de su respetable amigo sir Peveril del Pico, y que deseaba saber si gustaba el señor Bridgenorth permitirle cumplir su mision en este cuarto ó en otra parte.

— Cuanto pueda tener sir Geoffrey Peveril que comunicarme, respondió el mayor Bridgenorth, puede saberse al instante, y á presencia de mi amigo para quien no tengo secreto alguno.

— Nunca estará por demas la presencia de un amigo, respondió sir Jasper despues de haber titubeado un momento, y mirando á Solsgrace, por el contrario seria lo mas apetecible del mundo; pero me parece que ese caballero tiene trazas de ser algo del clero.

— No tengo secreto, dijo Bridgenorth, y no quiero tener alguno que no pueda oír un miembro del clero.

— Como ym. guste, respondió sir Jasper, por otra parte su conciencia puede estar bien se-

gura, porque se sabe que vuestros ministros, y digase sin que vm. se incomode, han probado que no son enemigos de negocios como el que tengo que comunicarle.

— Al caso caballero, dijo Bridgenorth en tono grave; y suplico á vm. se sienta, como no prefiera estar de pie.

— Es preciso lo primero evacuar mi comision, replicó sir Jasper enderezándose; segun como vm. la reciba podrá saber si debo sentarme ó no en Moultrassie-Hall. Sir Geoffrey Peveril del Pico, señor Bridgenorth, ha examinado con madurez las circunstancias que han motivado la division entre ambos, como vecinos. Ha encontrado en los tiempos antiguos varios ejemplos, repito sus mismas palabras, que le obligan á practicar todo lo que le permite su honor, para borrar todo vestigio de resentimiento por ambas partes; y, para llegar á este punto apetecido, está dispuesto hasta un grado tal de condescendencia cual vm. no podria esperar, y que por consecuencia será muy de su agrado.

— Permitame vm. que le diga, sir Jasper,

respondió el mayor, que todo eso no es del caso. Yo no me he quejado de sir Geoffrey; no le he pedido que haga sumision alguna; yo estoy en visperas de ausentarme del pais, y los negocios que tenemos pueden arreglarse por otros tan bien como por nosotros mismos.

— En una palabra, dijo el ministro, el digno mayor Bridgenorth ha tenido ya bastante trato con los impíos, y no trata de tener mas con pretexto alguno.

— Señores, dijo sir Jasper con una cortesía inalterable, vms. se engañan mucho en cuanto al tenor de mi mision, y harán vms. mejor en oirla por entero, antes de contestar á ella. Presumo, señor Bridgenorth, que se acuerda de la carta que escribió á lady Peveril, cuya copia conforme traigo aqui. Parece que vm. se queja del trato de sir Geoffrey, y en particular del modo con que le ha echado á vm. abajo del caballo en Hartley-Nick, ó cerca de alli. En este caso sir Geoffrey piensa de vm. con tanto honor, que no duda le hubiese pedido la satisfaccion que un gentilhombre debe á otro, si no hubiera vm. reconocido la inmensa distancia

de nacimiento entre vm. y él, por ser este el único modo de lavar la mancha de que está cubierto. Por lo tanto tiene la generosidad de ofrecer á vm. en este corto escrito, lo que vm. mismo no ha querido pedirle en razon de su modestia; porque no piensa sea otra la causa del silencio que vm. ha guardado. Tambien traigo la medida de su arma, y luego de aceptado el desafio que presento, me hallaré dispuesto á señalar el tiempo, el lugar y las demas circunstancias concernientes á este reencuentro.

—Y yo, dijo Solsgrace con tono magestuoso, si el autor de todo lo malo tentare á mi amigo para conformarse con la propuesta que se le hace por un hombre sediento de sangre, yo seria el primero á lanzar contra él la sentencia de excomunion.

—No hablo con vm., señor reverendo, dijo sir Jasper; es bastante natural le determine á vm. su propio interés á mirar mas por la vida que por el honor de su patron; pero de él mismo debo yo saber como piensa en este caso.

Al decir esto, y volviendo á saludar al mayor, le presentó de nuevo el papel de desafio.

Podia verse claramente que los consejos del honor humano y de los principios religiosos combatian cruelmente en el corazon de Bridgenorth; pero los últimos triunfaron. Apartó de si con serenidad el papel que le presentó sir Jasper, y le dijo:

—Podrá ser ignore vm., sir Jasper, que despues de haberse extendido la luz del cristianismo por este reino, han dudado muchas personas respetables que la efusion de sangre de uno de nuestros semejantes pueda en tiempo alguno tenerse por justa; y aunque esta regla me parece difícil de aplicar al tiempo de prueba en que vivimos, pues que si el defecto de resistencia se hiciese general, pondria nuestros derechos civiles y religiosos entre las manos del primer tirano atrevido, con todo siempre me hallé, y me hallo aun dispuesto á limitar las armas carnales á la necesidad de la defensa personal, á la proteccion de nuestra patria contra una nacion extranjera, y al sosten de nuestras propiedades, leyes y libertad de conciencia, contra cualquier poder usurpador. Como jamas he vacilado en sacar la espada por

ninguna de estas causas, vm. se servirá excusarme si la dejo estar en la vaina cuando un hombre que me ha injuriado gravemente me provoca para el combate ya por un futil punto de honor, ya por pura fanfarronada, como es mas probable.

— He oido á vm. con paciencia, dijo sir Jasper, y ahora, señor Bridgenorth, invito á vm. á meditar mejor este negocio, pongo al Cielo por testigo de que su honor está herido, y que dignándose concederle una cita que le presenta un medio de curar algun tanto esta herida, sir Geoffrey se ha compadecido de su desgracia, y con sincero deseo de restablecer su reputacion. No se trata de mas que cruzar las espadas por algunos minutos, y vm. tendrá la satisfaccion de vivir ó morir como caballero. Por otra parte, el arte de la esgrima, que el respetable Caballero conoce con la mayor perfeccion, puede proporcionarle, como á ello le invitará su buen corazon, contentarse con desarmarle haciendo una herida ligera, de lo que resultará poco mal á su persona, y mucho bien á su honor de vm.

— La compasion tierna del malvado no es mas que crueldad, dijo Solsgrace en tono enfático, para comentar el discurso que sir Jasper había pronunciado del modo mas patético.

— Suplico á Vuestra Reverencia que no me interrumpa otra vez, dijo sir Jasper, tanto mas, cuanto que pienso tiene vm. muy poco que hacer con lo que se trata, y le pido me permita cumplir debidamente con el encargo de mi digno amigo.

Al decir esto, desenvainó su espada, y pasando la punta por la hebra de seda que tenia el papel alrededor, le presentó otra vez con gracia, y realmente á la punta de la espada, al mayor Bridgenorth; este no quiso tampoco admitirle, aunque se puso muy encarnado, como si hubiese tenido que violentarse; dió algunos pasos atras, é hizo una gran cortesia á sir Jasper Cranbourne.

— Siendo eso así, dijo Jasper, romperé el sello de la carta de sir Geoffrey, y se la leeré yo mismo, para llenar enteramente el deber que se me ha confiado, y darle á conocer, señor

Bridgenorth, las intenciones generosas de mi digno amigo para con vñ.

— Si el contenido de esta carta, dijo el mayor, se reduce á lo que se ha dicho, está por demas el insistir, porque ya lo tengo resuelto.

— Nada importa, respondió sir Jasper abriendo la carta; conviene léersela yo á vñ., y leyó lo siguiente:

« Al digno Rodolfo Bridgenorth, escudero de Moultrassie-Hall.

« Confiado al celo del honorable sir Jasper Cranbourne, caballero, de Long-Mallington.

« Señor Bridgenorth,

« La carta que habeis escrito á nuestra querida esposa, la señora Margarita Peveril, nos ha dado á entender que sentis mucho los últimos acontecimientos pasados entre nosotros, como si estuviese ofendido vuestro honor por ellos. Y aunque no hayais tenido por conveniente dirigiros inmediatamente á mi para pedirme la satisfaccion que un hombre de condicion tiene derecho á exigir de otro en igual

caso, estoy convencido no se debe atribuir sino á vuestra modestia, siendo la causa la desigualdad de nuestro rango, sin atribuirlo á falta de valor, pues que, por otra parte, habeis dado pruebas de él: y ojalá que yo pudiese añadir, por la buena causa. Por tanto, me he decidido á citaros para lo que ciertamente deseais. Sir Jasper os presentará la longitud de mis armas, y arreglará todo lo necesario para nuestro reencuentro, que se verificará por la mañana ó por la tarde, á pie ó á caballo, al sable ó á la espada, según mejor os conviniere: Os dejo la elección, como tambien todos los privilegios propios del desafiado, pidiéndoos únicamente, si no teneis armas como las mías, me enviéis la dimension de las vuestras, no dudando que el resultado de esta cita no debe ser sino para dar fin, de un modo ú otro, á todo resentimiento entre vecinos.

« Quedo

« Vuestro muy humilde servidor,

« GEOFFREY PEVERIL DEL PICO. »

« Escrita en mi pobre casa del castillo de Martindale, el.... 1660. »

— Ofrezca vm. mis respetos á sir Geoffrey Peveril, dijo el mayor; sus intenciones con respecto á mí pueden ser buenas, segun su *luz*; pero dígame vm. que nuestra desazon procede de una voluntaria agresión, en que se ha hecho culpable para conmigo; y que aun deseando vivir en caridad con todos, no es tanta la importancia que doy á su amistad que deba violar las leyes de Dios, y arriesgarme á ser asesino ú asesinado para recobrarla. Y en cuanto á vm., caballero, me parece que su edad debería hacerle abrir los ojos y considerar lo desatinado de semejantes mensajes.

— Cumpliré lo que vm. me encarga, señor Rodolfo Bridgenorth, respondió sir Jasper, y procuraré olvidar su nombre de vm., indigno de pronunciarse por un hombre de honor. Entre tanto, y en retorno de su consejo descortés, le daré á vm. otro; y es que si su religion le prohíbe dar satisfaccion á un caballero, debería tambien hacerle guardarse de ofenderle.

Al decir esto, el enviado de sir Geoffrey, echando una mirada de orgullo lo primero al mayor, y despues al ministro, calándose el

sombrero, envainó la espada y se salió del cuarto. Algunos minutos despues, estaba ya bien lejos, y no se oyeron mas las pisadas de su caballo.

Bridgenorth se habia quedado con la mano en la frente desde el momento de su partida, y se le vieron saltar las lágrimas arrancadas por la ira y la vergüenza, cuando ya estuvo á distancia de no poderle oír.

— El lleva, dijo, esta respuesta al castillo de Martindale, y me mirarán en adelante como un hombre sin honor, á quien podrá cualquiera insultar y escarnecer como le parezca; tengo razon en dejar la casa de mi padre.

Acercóse á él Solsgrace compadeciéndose al parecer, de sus penas, y tomándole la mano, dijo en tono mas afectuoso de lo que acostumbraba: — Noble hermano mio, aunque soy hombre de paz, sé apreciar muy bien lo que ha costado este sacrificio á tu corazon heróico. Pero no quiere Dios que nuestra obediencia á sus decretos sea imperfecta. No debemos, como Ananias y Safira, reservar algun deseo secreto, algun pecado favorito, cuando intentamos sacrificarle to-

dos nuestros afectos mundanos. ¿De qué nos servirá decir que no tenemos sino poco reservado si lo menor de la cosa maldita se halla escondido en nuestra misma tienda? ¿Crearás tú justificarte en tus oraciones con decir: no he muerto á este hombre por deseo de ganancia, como un ladrón, por adquirir el poder, como un tirano, por saciar mi venganza, como un salvaje sumergido en las tinieblas; sino porque la voz imperiosa del honor mundano me decia: Anda, mata ó muere, no soy yo quien te lo manda? Piénsalo bien, amigo mio; reflexiona si podrías tú justificarte así en tus oraciones; y si te ves forzado á temblar con la idea de la blasfemia que contiene tal excusa, acuérdate de dar gracias al Cielo que te dió fortaleza para resistir á tal tentacion.

— Reverendo y digno amigo mio, respondió Bridgenorth, conozco la verdad de lo que vm. me dice. El texto que ordenó al viejo Adán sufrir la vergüenza es mas trabajoso y difícil de practicar que el otro donde se le mandaba combatir valerosamente. Pero me alegro saber tendré por compañero, á lo menos por algun

tiempo, atravesando el desierto del mundo, á un hombre, cuyo celo y amistad son tan activos para sostenerme cuando estoy próximo á caer.

En tanto que los moradores de Moultrassie-Hall discurrían así sobre el motivo de la visita de sir Jasper Cranbourne, este digno caballero causaba á sir Geoffrey Peveril una sorpresa inexplicable contando el modo con que recibieron su embajada.

— Teniale por hombre de otro temple, dijo sir Geoffrey, y yo lo hubiera jurado, si se me hubiese mandado deponer. Pero el olmo no puede dar peras. Hice por él una locura que jamas haré por otro; creer se batiria un presbiteriano sin el permiso de su predicador. Délos vm. un sermón de dos horas, dejéelos después chillar un salmo en un tono tan desagradable como el ahullido de un perro que le dan de latigazos, y los pícaros se mostrarán tan afanosos como los majagranzas. Pero no tienen honor bastante para presentarse en campo cerrado, con calma y á sangre fria, espada contra espada, como valientes caballeros, como

buenos vecinos; vamos, ya hemos hablado bastante de un puritano de orejas tiasas, como ese Bridgenorth. Se quedará vm. á comer con nosotros sir Jasper, y verá vm. las habilidades de la cocinera de la señora Margarita. Despues de comer le divertiré con la caza de un halcon de la condesa de Derby. Ella le trajo en la mano desde Londres á Martindale, á pesar de la prisa con que viajaba, y me le dejó para que se mantuviera en la percha por la estacion presente.

Arreglóse bien pronto esta partida, y lady Peveril vió se desahogaba el mal humor de su marido como quien oye el último trueno al marcharse la nube y alejarse el peligro. Admiróse mucho del modo tan extraño que sir Geoffrey adoptara con tanta confianza para llegar á reconciliarse con el mayor Bridgenorth; y en consideracion á él dió gracias al cielo por no haber resultado efusion de sangre. Pero sepultó con cuidado sus reflexiones en su pecho, reconociendo tenian conexion con asuntos, en que no permitia el caballero del Pico ni que se pudiese en cuestion su sa-

gacidad, ni que se contrariara su voluntad.

Hasta la presente no ha hecho todavía mas que muy lentos progresos nuestra historia; pero despues de la época donde nos hallamos, pasaron en Martindale sucesos tan poco dignos de nota, que no hablaremos sino muy poco sobre lo que sucedió en muchos años.



CAPITULO X.

CLEOPATRA.

¿Qué busco? me preguntas, ¿qué me falta?
— Mandragora que acorte el tiempo odioso
Que de fastidio me devora.

SHAKSPEARE. *Antonio y Cleopatra.*

Al acabar el capítulo anterior, hemos dejado
divisar que durante cuatro ó cinco años, desde
la época en que tanto nos hemos detenido, lo
que sucedió en el castillo no necesita mas que
algunas líneas para la inteligencia de nuestra
historia. El caballero y su esposa residieron

constantemente en Martindale. Milady Peveril procuraba reparar la pérdida que la guerra civil había causado en su fortuna, y se incomodaba un poco cuando tenían mal éxito sus planes económicos por la galante hospitalidad de su marido, objeto principal de su gasto. Estaba el caballero Peveril decidido en favor de esta hospitalidad, no solo á causa de adaptarse con su genio, sino con el intento de conservar la dignidad de su nacimiento; pues que sus antepasados no se hicieron menos famosos, segun las tradiciones conservadas, en el oficio, la cocina y la cueva, por los gordos bueyes asados en aquella y la rica cerveza que distribuyan, que por la extension de sus dominios y lo numeroso de sus vasallos.

Sin embargo estos dignos esposos vivian felices y lo pasaban bien. Es verdad que no se habia pagado la deuda en favor de Bridgenorth; pero él solo era el acreedor á los dominios de Martindale. Como todos los otros estaban pagados, se deseaba tambien mucho echar esta deuda cuanto antes, y á esto se dirigian todas las economias de lady Peveril; porque

aun cuando se pagaban regularmente los intereses al procurador Chesterfield Win-the-Fight podria de un instante á otro exigir el capital en ocasion que fuera difícil el pago. Por otra parte este fautor de Temis estaba siempre de humor sombrío, importante, misterioso, y al parecer no podia olvidar el coscorron que le habian dado en el cementerio del lugar de Moultrassie.

Lady Peveril trataba directamente algunas veces con él de este negocio; y cuando se presentaba en el castillo con este intento le parecia notar en su semblante y modales una expresion de desagrado y malignidad. Sin embargo era justo é indulgente en su porte, porque concedia facilidades y dilaciones en el pago, cuando algunas circunstancias ponian al deudor en la imposibilidad de verificarle al tiempo estipulado. Parecia, pues, á lady Peveril debia obrar en este punto, segun las órdenes terminantes de su mandatario ausente, y ella, por consecuencia, no podia menos de tomarse siempre un cierto interés por su vecino antiguo.

Poco tiempo despues que sir Geoffrey habia salido mal en su extraño proyecto de reconciliacion con el mayor Bridgenorth, este ultimo se habia ido de Moultrassie-Hall, dejando alli su anciana casera, y nadie sabia para donde habia ido. Habia llevado consigo al reverendo señor Solsgrace, su hija Adelaida y á mistress Debora, Debbitch, instalada en el empleo de aya. Corrió algun tiempo el rumor de que no se habia retirado el mayor Bridgenorth á cierta parte lejana de Inglaterra sino para casarse con mistress Debora, y que cuando los bufones hubiesen apurado sus gracias sobre esto, volveria para hacerla dueña de su antigua morada. Sin embargo dentro de poco ya no se habló nada del negocio, y se aseguró despues que habia pasado á un pais extrangero con el objeto de asegurar la salud de su hija, cuya constitucion era siempre delicada. Pero cuando se consideraba el odio del mayor contra los papistas, y el odio aun mas encarnizado de Solsgrace, se convino por unanimidad, que para exponerse él á poner los pies en un pais católico, no le hubiera sido necesario menos

que la esperanza de convertir al papa. La opinion mas general era que se habian ido á la Nueva Inglaterra, entonces el refugio de muchos que se habian decidido demasiado á favor de los negocios pasados, ó que el deseo de gozar de una libertad de conciencia ilimitada los obligaba á salir de Inglaterra.

No podia menos lady Peveril de formar una idea vaga sobre que Bridgenorth no podia estar tan lejos. El orden que se notaba en Moultrassie-Hall, y que hacia honor á mistress Dickens la casera, así como los criados á sus órdenes, indicaba que la vista del amo no estaba muy distante, para persuadirse que de un momento al otro esperaban se inspeccionase la casa. Era indudable que ni el procurador, ni los criados, respondian á las preguntas relativas al paradero del señor Bridgenorth, pero se expresaban, cuando se les dirigia, con una especie de misterio que decia mas de lo que ellos querian.

Casi cinco años despues de haber salido el señor Bridgenorth del pais, ocurrió un lance singular. Habia ido sir Geoffrey á las carreras

de Chesterfield, y lady Peveril que acostumbraba pasearse por las cercanías, sola ó acompañada de Ellesmere, ó de Julian, había salido por la tarde para ir á visitar en caridad á una muger que padecía una fiebre, reputada contagiosa y que vivía en una cabaña bastante retirada. Nunca permitía lady Peveril se apoderasen de ella temores de esta especie y que la impidiesen hacer obras de caridad; pero cuidaba de no exponer á su hijo, ni su criada antigua al peligro á que se arriesgaba, porque tenía toda la confianza posible en las precauciones que usaba para evitarle.

Había salido del castillo por la tarde á una hora bastante avanzada; la cabaña que debía visitar estaba mas lejos de lo que creía, y ciertas ocurrencias la detuvieron bastante tiempo en casa de la enferma. Era una hermosa tarde del otoño, era luna llena y brillaba este astro con todo vigor cuando se disponía para regresar, atravesando los claros y subiendo las montañas que había. No tenía recelo alguno en un sitio tan quieto y retirado, y mucho menos porque el camino atravesaba sus

tierras, y porque la escoltaba el hijo de la enferma, joven como de quince años. La distancia pasaba de dos millas; pero se adelantaba mucho terreno pasando por un paseo de Moultrassie-Hall. No había tomado á la ida este camino, no porque diese crédito al rumor absurdo que corría de visiones en él aparecidas, sino porque su marido no gustaba de que los de su castillo pasaran por las tierras de su antiguo vecino, sino cuando los de Moultrassie-Hall entraban en los dominios de Martindale. La buena señora, en consideración á lo mucho que se le concedía en materias de mayor importancia, se había impuesto como ley no contrariar jamás las fantasías ni aun las preocupaciones de su marido, especie de compromiso que recomendamos mucho á todas las buenas casadas que conocemos, porque sorprende ciertamente lo muy dispuestos que se hallan los hombres á resignar el verdadero poder en manos del bello sexo, con tal que no se los perturbe en la posesion de algun capricho que tienen por juguete. Con todo, lady Peveril en esta ocasion, aunque el paseo de Dobby era

parte de los dominios prohibidos de Moultrassie-Hall, resolvió pasarlos por acortar el camino, y en consecuencia echó por estelado. Pero cuando el aldeanito que iba en su compañía, y que hasta entonces habia venido con ella con un palo de espino en la mano silbando alegremente y con el sombrero á lo majo, advirtió que la señora se adelantaba hácia el parage formidable, se manifestó con síntomas de miedo muy grande y acercándose á ella le dijo con voz entrecortada: — ¡No vaya vm. por ahí mi lady, no vaya vm.!

Lady Peveril al verle tiritar de miedo, y que todo su exterior indicaba pavor, se acordó de que el primer propietario de Moultrassie-Hall, el fabricante de cerveza de Chesterfield, que habia comprado este dominio, y que habia muerto en él de melancolía, por no tener otra cosa que hacer, y no sin ciertas sospechas de haber atentado él mismo contra su vida, se aparecía en este lugar solitario, según se decía generalmente, acompañado de un perro de presa, que cuando el fabricante vivía y estaba en su juicio le tenia como su favorito. Contar

con que el muchacho su compañero podría protegerla, reducido al estado en que le habia puesto su miedo supersticioso, hubiera sido formar una esperanza infundada, y lady Peveril que no hallaba motivo porque temer, creyó que podría ser un acto de crueldad el obligar al muchacho cobarde que fuese mas lejos. Dióle, pues, una moneda de plata y licencia para volver á casa de su madre. Parecióle este permiso de mucho mas precio que la gratificación que se le dió, porque aun no habia guardado lady Peveril su bolsillo cuando ya el ruido de las almagreñas de su valeroso escudero le dió á conocer estaba ya bien lejos. Pasó la barrera sonriéndose de un temor que calificaba de ridiculo, y bien pronto se interceptó la claridad de la luna por las ramas espesas de los olmos frondosos que la rodeaban formando una especie de bóveda que la cubria. Este sitio era el mas á propósito para ocuparse en meditaciones graves y magestuosas, y una luz aislada que á lo lejos se veía en la ventana de Moultrassie-Hall al parecer añadia un color melancólico. Pensó en el destino de esta

familia, y en mistress Bridgenorth, con quien ella se habia paseado tantas veces por aquella misma calle de árboles, y quien sin estar dotada de un talento superior, le habia siempre mostrado tanto respeto como gratitud. Se acordó de las pesadumbres que habia tenido esta muger por la pérdida de sus hijos, de su muerte inesperada, del disgusto y desesperacion de su marido, de la suerte dudosa de la niña Adelaida que aun amaba casi como hija despues de muchos años.

Estaba del todo poseida de estas ideas tristes, cuando, á la mitad de la calle andada, creyó ver á la luz escasa que penetraba por entre el follage algo parecido á un hombre. Paróse un poco por el pronto pero al instante siguió su camino. Tal vez la hizo estremecerse sin querer la idea supersticiosa de aquel tiempo, pero desechó luego todo pensamiento de aparicion sobrenatural; y, ¿qué tenia ella que temer de los hombres? un cazador de contrabando hubiera sido lo mas temible con que podria encontrarse, y en caso de serlo este no trataria sino de huir para que no le vieran.

Avanzó pues con paso firme, y tuvo la satisfaccion de ver al mismo tiempo, que el hombre á quien habia visto la dejaba el paso libre, y que se internaba en lo espeso de los árboles á la izquierda del paseo. Redobló el paso al cruzar por donde le habia visto esconderse pensando que este paseante nocturno estaba probablemente á corta distancia, y lo hizo con tan poco cuidado, que tropezando contra una gruesa rama rota por el viento, y que habia quedado al paso, cayó y dió un gran grito. Una mano vigorosa aumentó sus temores ayudándola á levantarse, al mismo instante, y una voz cuyo eco no le era desconocido, aunque no le hubiese oído mucho tiempo habia, le preguntó:

— ¿Es vm., lady Peveril?

— Yo soy, dijo, expresando su sorpresa y temor; y si no me engaño, yo hablo con el señor Bridgenorth

— Asi me llamaba yo, respondió él, cuando la opresion me lo permitia.

No dijo mas, y siguió andando al lado de ella sin hablar uno ó dos minutos. Sintióse ella turbada, y para salir del paso, como tambien por

el interés verdadero que le inspiraba esta pregunta, ella trató de informarse como estaba su ahijada, Adelaida.

— No sé que quiere decir eso de ahijada, señora, respondió el mayor; es una de aquellas palabras inventadas en el tiempo de la corrupción, y de la profanación de la ley de Dios. En cuanto á la niña que debe la vida y salud al esmero de vuestra señoría, pues que este es el título mundano que tiene vm., sigue pasándolo bastante bien, según me dicen los que ahora están encargados de ella, porque hace ya tiempo que no la he visto. El recuerdo de sus bondades para con ella, y la inquietud que me ha causado su caída de vm., es lo que me ha determinado á darme á conocer, aunque sea una imprudencia que debía prohibirme el cuidado por mi seguridad.

— ¡El cuidado de su seguridad, señor Bridgenorth! Jamas he creído estuviere vm. en el caso de correr algun riesgo.

— Tiene vm. algo de nuevo que saber, señora. Pero mañana quedará vm. enterada de las razones que no me permiten mostrarme abier-

tamente aun en mis propias tierras, y que deben decidirme á no dar á conocer á alguno de los habitantes del castillo de Martindale, que me hallo ahora en estas cercanías.

— En otro tiempo, señor Bridgenorth, era vm. prudente y circunspecto; creo no se habrá vm. dejado extraviar por proyectos temerarios, concebidos con demasiada precipitación; creo que...

— Perdone vm. que la interrumpa, señora. Es verdad que ya no soy el mismo; mi corazón se me ha mudado. En el tiempo á que vm. gusta referirse, yo era un hombre de este mundo, yo le concedía todos mis pensamientos, mis acciones, excepto algunos de culto exterior y de mera forma; conocía muy poco cuales eran los deberes del cristiano; no sabía el punto hasta donde debía extenderse la abnegación de sí mismo; mis pensamientos no se ocupaban sino en objetos carnales; en añadir campos á campos, riqueza á riqueza; en la igualdad del peso en que se deben mantener los partidos; en el modo de asegurarse por un lado un amigo, sin perder el que se tiene por el otro. El cielo

me ha castigado por esta apostasia, tanto mas culpable que, bajo el nombre de religion, buscaba mi propio interés como adorador ciego y carnal; pero doy gracias al que me ha sacado de tierra de Egipto.

En nuestros días, aunque tenemos bastantes ejemplos de entusiasmo, sospecharíamos hipocresía ó locura en el que lo confesara de un modo tan franco y repentino. Pero en el tiempo de que hablamos, habia gentes que confesaban altamente los mismos sentimientos. El sabio Vane, el esforzado y atrevido Harrison obraban bajo el influjo declarado de tales opiniones. Lady Peveril mas sentida que admirada, al oír las palabras que acababa el mayor de decirle, concluyó de ello, con razon bastante, que la sociedad que él habia tenido desde cierto tiempo, junto con otras circunstancias, mudaron en un llama viva la chispa que siempre se habia escondido en su corazon: esto era muy probable porque heredaba de su padre un genio melancólico, y la debilidad de su constitucion le habia dado mas acrimonia; experimentó ademas varias desgracias, y

no hay una pasion que se descubra con mas facilidad, cuando alguno se deja dominar por aquella especie de entusiasmo, cuyas pruebas acababa de dar. Limitóse pues ella á responderle con sosiego que creia no haber estado expuesto á peligro alguno por la expresion de sus pensamientos, y que no se habia hecho sospechoso.

— ¡Sospechoso, milady! exclamó el mayor; porque no puedo menos, tal es la fuerza del hábito, de darle uno de aquellos vanos titulos que nuestro orgullo nos obliga á darnos mutuamente, miserables cascotes de barro. No solo soy sospechoso, sino que me hallo expuesto á un gran peligro: si su marido de vm. me hallase ahora, á mi de nacion inglesa y en mis propios dominios, no dudo que hiciese todo el esfuerzo posible para ofrecerme en sacrificio al Moloc de la supersticion romana, que rabia por hallar victimas entre los hijos de Dios.

— Me sorprende este lenguaje, señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, que teniendo ya deseos de dejar su compañía, tomó un paso mas apre-

surado. Pero Bridgenorth aumentó el suyo, é insistió en seguirla.

— ¿No sabe vm., la dijo él, que Satanás ha venido á la tierra, muy airado, porque su reinado es corto? El heredero presuntivo de la corona es un papista declarado; y ¿quién sería capaz de asegurar, no siendo un adulator y un delator, que quien hoy la ciñe no está dispuesto á someterse al yugo de Roma si no le contuviera el respeto de algunas almas nobles de la Cámara de los Comunes? No me creará vm., y sin embargo es muy cierto que, en mis oraciones solitarias y nocturnas, pensando en las bondades que vm. ha tenido con los miembros muertos y vivos de mi familia, suplicaba al cielo me proporcionase los medios de dar á vm. un aviso saludable; y me ha concedido mi súplica.

— Señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, vm. era, por costumbre, moderado en sus ideas, á lo menos hablando comparativamente; y apreciaba vm. su religion, sin aborrecer la de otros.

— No viene al caso hacer memoria de lo que yo era cuando estaba sumergido en lo amargo de la hiel, y trabado con los lazos de la iniquidad. Era yo entonces semejante á Gallio que no se inquietaba por nada de esto. Estaba adherido á los bienes del mundo, gustaba del honor y reputacion que da el mundo; todos mis pensamientos estaban fijos en la tierra, y si alguna vez se levantaban hácia el cielo, era con frialdad, por pura forma, como las meditaciones de los Fariseos. En una palabra, no presentaba yo en el altar por ofrenda sino paja y bálago. El cielo me ha dado una prueba de su benevolencia castigándome. Me ha retirado todo lo que me tenia unido á la tierra. Me ha privado de lo que llama el mundo honor. Envióme á un destierro lejos de la morada de mis padres, solo, afligido, escarnecido, batido, deshonrado. Pero, ¿quién puede saber los designios de la Providencia? Por este medio ha formado ella de mi un campeón de la verdad, un hombre que tiene la vida en nada, cuando se trata de asegurar el reinado de ella. Pero no trataba yo de hablar á vm. sobre esta mate-

ria, vm. ha salvado la vida temporal de mi hija, yo quiero salvar la eterna de su alma de vm.

Lady Peveril no respondió palabra, llegaban entonces al punto en que el paseo remataba saliendo al camino real, ó por mejor decir á un camino de travesía abierto en un campo, el mismo que ella tenia que seguir hasta que hallara otro á la izquierda con direccion al parque de Martindale. Deseaba mas que nunca verse alumbrada por la luna, y tomó el partido de guardar silencio para caminar con mas presteza. Pero cuando llegaban á la union del paseo con el camino público, Bridgenorth le puso la mano en el brazo suplicándola, ó mas bien mandándola se detuviese. Lady Peveril obedeció. Mostróla él una encina vieja y la mas alta, que se levantaba en un alto de la llanura, y que parecia se plantó allí con el intento de que formase perspectiva. Esparcia la luna sus luces con tanta fuerza mas allá del paseo, que gracias á los resplandores que difundia en este arbol venerable, se podía distinguir qué parte de sus ramas habia sufrido la accion del rayo.

— Se acuerda vm., la dijo él, de la última vez en que vimos este arbol? fué cuando yo llegué en posta desde Londres y traia de la comision una carta de proteccion en favor de su marido. Cuando pasaba por debajo de este arbol vi á vm. aqui mismo donde ahora estamos: vm. estaba con mi pobre Adelaida. Los dos últimos de mis queridos hijos jugaban junto á su madre. Salté del caballo: yo era entonces para ella un esposo, para ellos un padre y para vm. un protector bien recibido y reverenciado. ¿Qué soy ahora? — Pusose la mano en la frente y parecia todo absorto en su dolor. Era imposible para lady Peveril oir la pesadumbre de otro sin tratar de suavizarla. — Bridgenorth, le dijo ella, creyendo y siguiendo como creo y sigo mi religion, no culpo la de nadie, me alegro que haya vm. buscado en la suya el consuelo de sus aflicciones temporales. ¿Pero no debian enseñar á vm. los principios de todo cristiano que la afliccion debe suavizar el corazon?

— Sí, muger, respondió Bridgenorth, como ablandó el rayo el tronco de esa encina vieja

cuyas ramas ha despedazado. No, la madera mas dura es la que mas fácilmente trabaja el jornalero. El corazon endurecido y reseco es el que mejor puede soportar la carga que nos imponen estos desgraciados tiempos. Ni Dios ni los hombres pueden sufrir ya por mas tiempo la desolacion sin límites causada por los malvados, el desprecio de las leyes divinas, y la infraccion de todas las humanas. El tiempo presente reclama vengadores justos y ellos se dejarán ver.

— No niego la existencia del mal, dijo lady Peveril haciendo un esfuerzo violento para hablar, y echando á andar al mismo tiempo; según lo que tengo oído, aunque, bendito Dios, yo no la he presenciado, me hallo convencida de la corrupcion del siglo. Pero confiemos en que se pondrá remedio sin echar mano de los medios tan violentos á que vm. parece hacer alusion. Sin duda que los desastres de una guerra civil (y yo no creo llegue vm. á pensar en esta extremidad espantosa), serian una alternativa que solo podria escogerse en el último grado de la desesperacion.

— Terrible, pero seguro remedio, exclamó el mayor. La sangre del cordero pascual alejó al ángel exterminador; los sacrificios ofrecidos en la era de la granja de Araunah contuvieron la peste. El acero y el fuego son remedios violentos, pero aprovechan.

— ¡ Ah! señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, ¿ es posible que habiendo vm. sido tan bueno y moderado en su juventud, haya adoptado en la edad avanzada los principios y lenguaje de los que vm. ha visto llevaron la nacion y á sí mismos al borde de un precipicio?

— No sé lo que yo era entonces, y vm. no sabe tampoco lo que soy ahora, replicó él; y de repente calló, porque se hallaban á este tiempo perfectamente alumbrados por la luna, y se hubiera dicho que Bridgenorth, viéndose á presencia de lady Peveril, estaba pronto á moderar su tono y lenguaje.

Esto era el instante en que le veia ella claramente, y notó traia por armas un cuchillo de monte y un puñal, con pistolas al cinto; precauciones bien extraordinarias para un hombre que no llevaba en otro tiempo ni estoque, no

siendo en los día de ceremonia, aunque fuese esta la costumbre y uso de las personas de su rango. Es verdad que siempre su aspecto había sido mas bien sombrío que afable; pero entonces manifestaba una resolucion mas firme que de ordinario; y lady Peveril no pudo menos de exclamar diciendo lo que pasaba: — Si, ciertamente, señor Bridgenorth, está vm. muy mudado.

— Vm. no ve mas que el hombre exterior, replicó él; el cambio interno es todavía mas grande. Pero no pensaba yo hablar á vm. de mí. Como ya dije, vm. ha librado á mi hija de lo tenebroso de la tumba, y yo también quisiera librar á vuestro hijo de las tinieblas aun mas profundas que cubren, segun pienso, todos los caminos por donde va su padre.

— Yo no debo oír hablar así de sir Geoffrey, señor Bridgenorth. Me despido de vm. por ahora, y cuando nos veamos en ocasion mas oportuna, oíré con mucho gusto su parecer acerca de Julian, aunque sea posible que no le siga.

— Puede que esa ocasion oportuna no llegue

jamás. El tiempo se pasa, la eternidad se acerca; oígame vm. Se asegura que tiene vm. ánimo de enviar á Julianito á la isla de la sangre; de confiar el cuidado de su educacion á su parienta, á esa bárbara homicida, que mató á un hombre de memoria mucho mas grata que la de alguno de los antepasados con que ella se envanece. Esta nueva corre por todas partes. ¿Es verdad?

— Se expresa vm. con alguna dureza respecto á mi prima, la condesa de Derby, señor Bridgenorth; y con todo no haré á vm. ningun cargo, porque yo misma no puedo excusarla del crimen que ha cometido. Sin embargo mi marido y yo pensamos que Julian podrá recibir en su casa, mejor que en cualquier otra parte, con el condecito de Derby, las instrucciones correspondientes á su rango.

— ¡Con la maldicion de Dios y la bendicion del papa de Roma! exclamó Bridgenorth. Vm., señora, vm., que penetra tanto en todos los negocios concernientes á la prudencia humana, ¿está vm. tan ciega que no ve los pasos agigantados de Roma, para establecer su autori-

dad en este país, en otro tiempo la joya mas rica de su tiara? La vejez se deja seducir por el oro, la juventud por los placeres, el debil por la adulacion, el cobarde por el temor, el valiente por la ambicion. Mil cebos se ofrecen á todas las pasiones, y todo cebo tiene un anzuelo mortal.

— Yo sé, señor Bridgenorth, que mi parienta es católica; pero su hijo está educado en los principios de la Iglesia anglicana, segun las órdenes de su difunto padre?

— ¿Es verosimil, señora, que quien no ha temido derramar la sangre del justo en el campo de batalla, como en el patibulo, ponga mucho cuidado en cumplir órdenes que su religion le mandará violar? Supongamos que las cumpla con fidelidad, ¿estaria su hijo de vmas adelantado, si se quedase en el cenagal donde su padre está sumergido? ¿Qué son sus obispados de vms.? Cosas del papa hechas y derechas. ¿No han tomado vms. por papa un tirano temporal? ¿No se ha sustituido una misa bastarda en inglés á la que sus antepasados celebraban en latin? ¿Por qué hablaré yo así á

una muger que tiene ojos, oidos y entendimiento, sin duda, pero que no puede oír, ver ni comprender la única cosa que debe mirarse, oirse y comprenderse? ¿Qué lástima tengo, al ver que un ser dotado por el Cielo con formas tan bellas, un corazon tan excelente, esté sordo, ciego é ignorante, como todo lo perecedero!

— No podemos ponernos de acuerdo en esta materia, señor Bridgenorth, dijo lady Peveril, deseando cada vez mas acabar esta conferencia, aunque no vió lo que tenia que temer; lo repito, quede vm. con Dios.

— Espere vm. un momento, exclamó él poniéndole otra vez la mano al brazo, yo deberia detener á vm. si la viese al borde de un precipicio; déjeme vm. prevenirla contra un peligro todavía mayor. ¿Pero cómo es posible hacer impresion alguna en su espíritu incrédulo? ¿Diré á vm. que la deuda de la sangre derramada por la casa de Derby está todavía por pagar? ¿Querrá vm. enviar á su hijo entre aquellos á quienes ha de pedirse el pago?

— En vano trata vm. de infundirme temor, señor Bridgenorth, ¿qué pena pueden imponer

á la condesa por una accion que no trato de justificar, y por la que ya se la castigó tiempo hace?

—Vm. se engaña. ¿Cree vm. que una miserable suma, entregada para fomentar los desórdenes de Carlos, sea una compensacion por la muerte de un hombre como Christian, de un hombre tan apreciable al Cielo, como á la tierra? No se puede derramar la sangre del justo bajo tales condiciones. Cada dia de tardanza se cuenta con intereses aumentando la deuda, cuyo pago debe reclamarse algun dia de una muger cubierta de sangre.

Oyóse á este tiempo un ruido de caballos á lo lejos y por el camino en que acababan de entrar. Bridgenorth escuchó un poco, y dijo apresurado:

—Olvide vm. que me ha visto; no me nombre vm. al que tenga mas cariño ni á su pariente mas inmediato; guarde mis consejos en su pecho, aprovéchelos vm., y le irá bien. Diciendo esto, se despidió de ella, pasando por una abertura del vallado que costebá el bosque inmediato al camino, y desapareció entre un

tallar espeso. Aumentábase á cada instante el ruido de los caballos que venian al trote, y bien pronto pudo ver lady Peveril, aunque no muy bien, algunos caballeros que, á cierta distancia, bajaban una altura. Viéronla ellos, y dos de los mismos, galopando, dijeron en voz alta:—¡Alto! ¿Quién va allá? Pero uno la conoció al momento, y dijo:—¡Dios mio! ¡es nuestra ama! Lady Peveril le conoció como uno de sus criados; y viniendo su marido casi al mismo tiempo, dijo:—¡Cómo! ¡eres tú, Margarita! ¿Por qué casualidad estás fuera del castillo, y á estas horas?

Lady Peveril le dió parte de la visita que venia de hacer á una enferma; pero no juzgó necesario hablarle de su encuentro con el mayor Bridgenorth, acaso porque pensó le disgustaría este incidente.

—La caridad es bella y excelente cosa, respondió sir Geoffrey; pero conviene que yo te diga, Margarita, haces mal en andar por los campos como un curandero, cuando lo necesita una vieja que tiene cólico, sobre todo á

esta hora, y cuando las cercanías están poco seguras.

—Siento mucho saber esto. No lo habia oido decir.

— Hay una nueva conspiracion tramada por los Cabezas-Morondas, peor todavia que la de Venner. ¿Pero quién es el principal? Nuestro vecino antiguo Bridgenorth. Se le busca por todas partes; y te aseguro que como se le halle se le ajustarán las cuentas antiguas.

—Pues entonces me alegraré que no le hallen.

—¿Te alegrarás tú? pero yo no, y no quedará por mí el hallarle. Por esto me vuelvo á Moultrassie-Hall, donde haré una visita minuciosa, como me lo impone mi deber. No se escapará traidor alguno ni rebelde á su madriguera tan cerca del castillo de Martindale, yo lo aseguro. Por lo que hace á tí, milady, hoy te pasarás sin silla de señora, y montarás á la grupa con Saunders, como lo hiciste otra vez. El te llevará al castillo para que no te suceda ningun lance.

Lady Peveril obedeció y calló. Tampoco hubiera tratado de responder por lo mucho que

recelaba se descubriera, en el temblor de la voz, lo mucho que se habia turbado con la noticia que acababa de recibir.

Montó á caballo, volvió al castillo, y esperó con impaciencia la vuelta de su marido. Volvió por fin; pero con gran gusto suyo vió que no traia preso alguno. El explicó entonces mas por menor lo que la precipitacion de su encuentro le habia obligado pasar por alto, que un expreso llegado de la corte á Chesterfield habia traído la nueva de que los antiguos partidarios de la república, y principalmente los que habian servido en el ejército, tenian preparado un plan de insurreccion, y que Bridgenorth, que se decia oculto en algun rincón del condado de Derby, era uno de los principales conspiradores.

Poco tiempo despues, no se habló nada de esta conspiracion, y lo mismo sucedió con muchas otras, de que se trató en aquella época. Se revocaron las órdenes de arresto, pero no se oyó hablar mas del mayor Bridgenorth, aunque era muy probable se hubiera podido presentar en público como algunos y no pocos que se ha-

bian hecho tan sospechosos. Entonces fué tambien cuando lady Peveril se separó por algun tiempo, á costa de no pocas lágrimas, de su hijo Julian; á quien se mandó ir á la isla de Man, con arreglo al proyecto formado para que se le instruyese como al condecito de Derby: Aunque el discurso de mal agüero pronunciado por Bridgenorth se representase alguna vez á su imaginacion, no tenia tanta influencia en ella para exceder á las ventajas que aseguraba la condesa en pro de su hijo.

Salió este plan perfectamente, bajo todo aspecto, y cuando Julian venia de vez en cuando á casa de su padre, lady Peveril tenia la satisfaccion de ver que se desplegaban las calidades de su espíritu asi como las exteriores con que le habia favorecido la naturaleza, y que tenia vivos deseos de instruirse. Vino á ser, con el tiempo, un mozo completo, é hizo un viage por el continente con el joven conde. Habiase juzgado necesaria esta medida para darles algun conocimiento del mundo, no habiéndose mostrado la condesa ni en Londres ni en la corte desde que huyó á la isla de Man en 1660, y habiendo

residido siempre en su Estadillo aristocrático, visitando solo alguna vez sus dominios de Inglaterra. Esta circunstancia hizo algo limitada la educacion de los dos jóvenes, á pesar de que tuvieron los mejores maestros. Pero aunque el genio del joven conde fuese mas ligero y mas versatil que el de Julian, ambos se aprovecharon de este viage. Lady Derby advirtió eficazmente á su hijo, cuando volvió del continente, que no se presentara en la corte de Carlos II; pero cuando ya fué mayor, no creyó necesario tener á su madre una obediencia absoluta con respecto á esto. Fué pues á pasar algun tiempo á Londres, y disfrutó de todos los placeres de una corte, morada del contento, con el ardor de un joven educado poco menos que en un retiro.

Con el fin de mover á la condesa para que le perdonase la trasgresion de sus órdenes, el joven conde, que siempre la tenia el respeto profundo que se le habia inspirado en su educacion, consintió en vivir con ella en su isla favorita, y casi le dejó la administracion de ella.

Julian Peveril habia pasado en el castillo

de Martindale una gran parte del tiempo en que su amigo habia estado en Londres; y en la época donde ha llegado nuestra historia, *quasi per saltum*, pasando por encima muchos años, habitaban ambos con la condesa en el castillo de Rushin del antiguo reino de Man.



FIN DEL TOMO PRIMERO.

CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de las

de Martindale una gran parte del tiempo en que su amigo habia estado en Londres; y en la época donde ha llegado nuestra historia, *quasi per saltum*, pasando por encima muchos años, habitaban ambos con la condesa en el castillo de Rushin del antiguo reino de Man.



FIN DEL TOMO PRIMERO.

CURSO DE HISTORIA,

DESTINADO A LOS NIÑOS,

POR

M. LAMÉ FLEURY.

Al publicar este *Curso de Historia, Destinado á los Niños* nos proponemos cubrir la necesidad de la época, facilitando á la juventud los estudios históricos, tan precisos de algunos años á esta parte segun todos los sabios.

No puede revocarse en duda la utilidad de tal estudio, con respecto á la enseñanza elemental, no puede menos de tener aceptación entre los padres de familia, como medio de interesar á los niños el relato de hechos positivos, sustituido al de las

fábulas. Profesores y maestros de ambos sexos y métodos distintos han adoptado nuestras obras, y se han introducido en muchos colejos para las clases elementales, advirtiéndose los mas felices resultados.

HISTORIA SANTA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ANTIGUA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA GRIEGA ;	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA , 1ª parte <i>la República ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA ROMANA , 2ª parte <i>El Imperio ;</i>	1 vol. en-18.
HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA MODERNA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE FRANCIA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DE INGLATERRA ;	2 vol. en-18.
HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA ;	1 vol. en-18.

Imprenta de ÉVERAT, calle del Cuadrante, 46.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
LIOTE